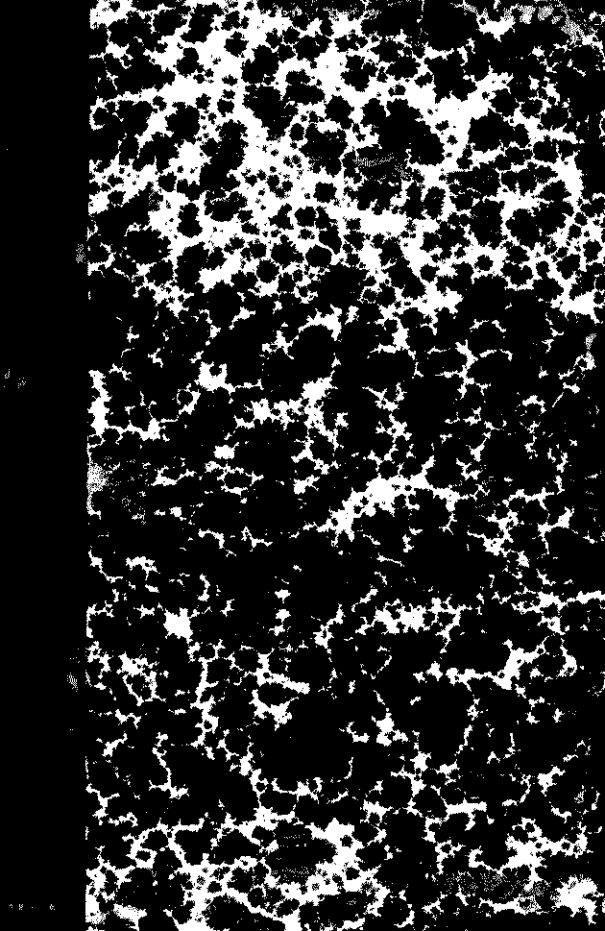


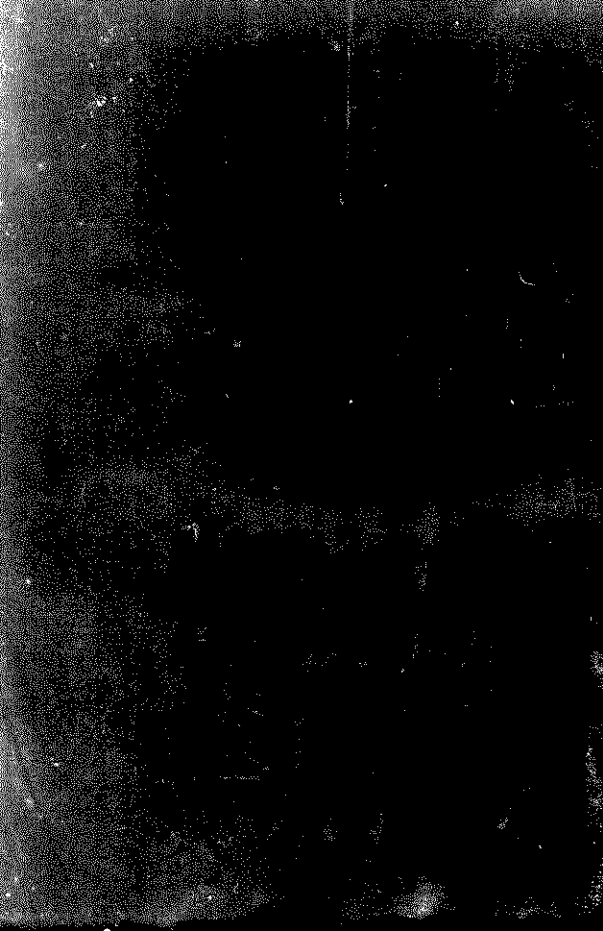




XNT

XIV

ZI



1461. R43.541



LOS MOROS DE ESPAÑA

(COMPENDIO DE SU HISTORIA.)



POR

EL CABALLERO FLORIAN.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCES.

MADRID.

Imprenta de J. M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, núm. 6.

1834.

212

TABLA CRONOLÓGICA

de los Soberanos árabes ó moros que reinaron
en España.

EPOCA PRIMERA.

CALIFAS DE ORIENTE.

Años de
Jesucristo.

Ulit I, onceno Califa Ommiada.....	705
Zuleiman.	746
Homar II.....	748
Hizid II.....	721
Hizcan.	728
Ulit II.....	742
Hizid III.....	743
Ibraim ó Abraham.....	744
Maroan II, último Califa Ommiada.....	744
Abul-Abbas-Saffah, primer Califa Abasida...	752
Abul-Giaffar-Almanzor, segundo id.....	754

GOBERNADORES Ó VIREYES DE ESPAÑA.

Muza, conquistador de España.....	711
Abdalazis, hijo de Muza.....	717

VI

Hazam ó Hizem.....	4078
Jahiah ó Hiaya Aldirvil.....	4079
Toma de Toledo por D. Alfonso VI, Rey de Castilla.	
Hiaya va á reinar á Valencia.....	4085

Valencia.

Muceit.....	4026
Varios usurpadores.	
Hiaya, último Rey de Toledo.....	4085
Aben-Jaf.....	4093
El Cid toma á Valencia.....	4094
Los Almoravides, reyes de Marruecos, vuel- ven á tomar á Valencia.....	4102
Varios gobernadores ó usurpadores.	
Aben-Zeid.....	4224
Zean, último Rey.....	4230
Toma de Valencia por D. Jaime I, Rey de Aragon.....	4238

Zaragoza.

Almundir.....	4044
Almudafar Abenhut I.....	4023
Zulema Abenhut II.....	4025
Almutadar Billah.....	4073
Almutacen.....	4095

Toma de Zaragoza por D. Alfonso I, rey de Aragon, llamado el Batallador.....	4118
---	------

Sevilla.

Idris	4027
Albucazin Benabad I	4028
Abi Omar Benabad II.....	4041
Mahomad Benabad III.....	4088
Benabad III se entrega prisionero á Juzef el Almoravide.....	4097
Varios gobernadores ó usurpadores.	
Sevilla se erige República.....	4236
Toma de Sevilla por S. Fernando, rey de Castilla.....	4244

EPOCA CUARTA.

REYES DE GRANADA.

Mahomad I. Abusaid <i>Alhamar</i>	4236
Mahomad II, al Fakir, <i>Emir al Mumenin</i> ...	4273
Mahomad III, el Hama ó el Ciego.....	4302
Mahomad IV, Aben-Azar.....	4310
Ismael I, <i>Farady</i>	4313
Mahomad V	4322
Juzef I.	4343
Mahomad VI el Viejo.....	4354

NOTICIAS HISTÓRICAS

DE

LOS MOROS DE ESPAÑA.

Célebres son los Moros de España aunque su historia poco conocida. Su nombre recuerda el galanteo , la urbanidad y las bellas artes , á pesar de que los fragmentos de sus anales, esparcidos en las historias de los escritores árabes y españoles, solo presentan el espantoso cuadro de Reyes decapitados, guerras civiles, y combates perpétuos con los monarcas de los estados vecinos. A la par de estas melancólicas narraciones se hallan á veces ciertos rasgos de bondad , de justicia y de generosidad , los cuales causan mas novedad y sorpresa que los demas que leemos en nuestra historia ; ya porque descubren y conservan cierto carácter original, nacido del genio oriental , ya porque entre tantos ejemplos de barbarie les dan mayor realce los crímenes que rodean á las buenas acciones , á

los discursos nobles, ó á una palabra que escita nuestra sensibilidad y sentimiento.

No es mi propósito escribir la Historia completa de los Moros, y sí únicamente referir en resúmen sus principales revoluciones, hacer un bosquejo fiel del carácter y costumbres del pueblo que me he propuesto dar á conocer en esta obra, y facilitar al lector la via para distinguir de las ficciones las verdades en que ella se funda. Tal es, á mi juicio, el medio mas seguro, y acaso el único, de que un libro lleve consigo el recreo á la vez que llame la atencion, y sea mas provechoso y menos frívolo.

De poco me han servido los historiadores españoles que con harta diligencia he consultado (1). Siempre atentos á llevar á la par la historia complicadísima de los diferentes reyes de Asturias, Navarra, Aragon y Castilla, solo hacen mencion de los Moros, quando sus guerras con los Cristianos, confundiendo los intereses de ambos pueblos, sin hablar casi nunca del

(1) Las notas se encontrarán al fin del tomo, por el orden numérico de las citas, con distincion de *Epocas*.

gobierno, las leyes y los usos de los enemigos de la Fé.

No dan mas luces los escritores árabes que tenemos traducidos (2); porque siempre dominados del fanatismo, cegados siempre por un orgullo ridículo, se estienden con complacencia en contar las victorias de su nacion, y sin hacer mencion alguna de sus derrotas pasan así en silencio dinastías enteras. En obras sumamente apreciables han compilado algunos de nuestros hombres doctos lo que tales historiadores dijeron y lo que ellos mismos observaron.

De todos ellos me he aprovechado, buscando ademas las costumbres de los moros de Andalucía, no solo en las novelas españolas (3), y en los antiguos romances españoles, sino tambien en los manuscritos y memorias que he adquirido. Al cabo de tan largo y penoso estudio, voy á ver si consigo dar á conocer un pueblo en nada parecido á ningun otro; pueblo que tuvo sus vicios, sus virtudes, su fisionomía y su carácter peculiar, y que supo hermanar, en fin, por largo tiempo el valor, la generosidad y corte-

sía de los caballeros de Europa con la impetuosidad, los furores y las pasiones ardientes de los orientales.

A fin de guardar mas órden en los tiempos, y poner mas en claro los hechos, dividiré este compendio en cuatro *Épocas* principales. La primera comprenderá desde las conquistas de los Árabes hasta el restablecimiento de los príncipes Omniadas en Córdoba; la segunda contendrá los reinados de los Califas de Oriente; en la tercera diré lo poco que se sabe de los varios y reducidos reinos levantados sobre las ruinas del Califato de Córdoba; y la cuarta tratará de la Historia de los soberanos de Granada, hasta la total espulsion de los moros.

ÉPOCA PRIMERA.

CONQUISTA DE LOS ÁRABES Ó MOROS, DESDE EL FIN DEL SIGLO VI HASTA MEDIADOS DEL VIII.

Los Moros son los habitantes de aquella vasta region del África limitada al Oriente por el Egipto, al Norte por el Mediterráneo, al Occidente por el Océano, y al Mediodía por los desiertos de Berbería. Su origen, como el de todas las naciones, es oscuro, lleno de fábulas, y solo puede ser cierto que en aquellos primeros tiempos algunos emigrados del Asia pasaron al África, y así parece indicarlo el mismo nombre de Moros (a). Todos los historiadores (b) hablan de un Melek-Yafrik, rey de la Arabia feliz, que

(a) *Moros*, segun Bochart, viene de la palabra hebrea *Mahurin*, que significa Occidentales.

(b) Ibnialrabie, Procopio, Leon el Africano, Mármol etc.

seguido de multitud de Sabeos, vino á apoderarse de la Libia, y la dió el nombre de África. De esos mismos sabeos suponen descender las principales tribus de los moros; pero sin detenernos á averiguar hechos tan antiguos, nos basta saber, con mas ó menos diferencia, que los primeros Moros fueron Árabes. Asi pues, no causará admiracion verlos en todos tiempos separados en tribus, habitando en tiendas, vagando por los desiertos, y amando como sus padres la vida libre y pastoral.

En la historia antigua se conocen con el nombre de Numidas, de Gétulos y Masilianos. Unas veces vasallos, otras enemigos, otras aliados de la famosa Cartago, cayeron con ella bajo el dominio de los Romanos. Al cabo de varias é inútiles rebeliones, nacidas del espíritu inquieto, inconstante y fogoso de aquellos pueblos, los sojuzgaron los Vándalos (Año de J. C. 427). Un siglo despues volvió á conquistarlos Belisario; pero los Árabes vencedores de los Griegos, sometieron la Mauritania, y como desde aquel tiempo los Moros, hechos musulmanes, han estado digámoslo asi confundidos con los Árabes,

preciso es decir algo de esta nacion extraordinaria , desconocida por tantos siglos, y de improviso señora de la mayor parte de la tierra.

Los Árabes son sin duda uno de los pueblos mas antiguos del Universo , y acaso el que mas ha conservado su carácter, sus costumbres é independencia. Desde los siglos mas remotos, divididos en tribus errantes por los campos ó reunidos en las ciudades, obedeciendo á unos caudillos á la vez guerreros y magistrados, nunca fueron vasallos de Potencia alguna estrangera. En vano intentaron sojuzgarlos los Persas, Macedonios y Romanos: los cetros de estos conquistadores se rompieron contra los peñascos de los Navateos; nombre antiguo de los Árabes. Orgulloso con su origen que retrocede hasta los Patriarcas, envanecido por haber sabido defender su libertad, desde lo interno de sus desiertos mira el Árabe á las demas naciones como otros tantos rebaños de esclavos, juntos por acaso para mudar de dueño. Valeroso, sóbrio, infatigable, acostumbrado desde la infancia á las mas penosas fatigas, sin temer ni el hambre ni la sed, ni la muerte, no necesi-

taba este pueblo mas que un hombre para ser soberano de la tierra.

Mahoma vino al mundo, y la naturaleza le concedió valor, sabiduría, elocuencia y gracia: todos cuantos dones imponen y cautivan las voluntades, otros tantos poseia. En las demas naciones hubiera sido Mahoma un varon ilustre; en un pueblo ignorante y fanático debia ser y fué un impostor (J. C. 569). Hasta su tiempo las tribus árabes, rodeadas de Judíos, Cristianos é idólatras, habian hecho una mezcla supersticiosa de estas diferentes religiones, con las de los antiguos sabeos. Creian en los genios, en los demonios y sortilegios, daban adoracion á las estrellas y hacian sacrificios á los ídolos.

Mahoma, despues de haber meditado hasta la edad de cuarenta y cuatro años en el retiro y el silencio los nuevos dogmas que queria establecer; despues de haber seducido ó persuadido á los principales de su familia (a), que era la primera entre los árabes, predicó una religion nueva, enemiga de todas las conocidas,

(a) Los Cohegíritas, que custodiaban el templo de la Kaaba.

muy propia para inflamar el ánimo ardiente de aquellos pueblos.

« Hijos de Ismael, les dijo, vengo á traeros el
 » culto que profesaban vuestro padre Abraham,
 » Noé y todos los Patriarcas. No hay mas que
 » un Dios, soberano del mundo, que se llama
 » el Misericordioso. No adoreis sino á él: sed
 » benéficos con los huérfanos, con los pobres,
 » con los esclavos y los cautivos: sed justos
 » con todos los hombres; la justicia es herma-
 » na de la piedad; orad y dad limosna. Vues-
 » tra recompensa será habitar en el cielo en
 » deliciosos jardines, por donde corren rios
 » cristalinos, en donde hallareis esposas siem-
 » pre jóvenes, siempre hermosas, que cada dia
 » os amarán mas. Pelead valerosamente contra
 » los incrédulos y los impíos, pelead hasta la
 » victoria; hasta que abracen el islamismo (4)
 » ó que os paguen tributo. El soldado que muera
 » en la batalla, irá á gozar de los tesoros de
 » Dios. Los cobardes no podrán alargar su vida:
 » el instante en que el Ángel exterminador ha de
 » descargar su brazo, está señalado en el libro
 » del Eterno. »

Estos preceptos anunciados en una lengua rica, figurada y magestuosa, adornados con los encantos de la poesía, presentados de parte de un ángel, por un profeta guerrero, poeta y legislador, al pueblo mas fogoso del universo, mas inclinado á lo maravilloso, á la voluptuosidad, al valor, á la poesía, debian al instante encontrar discípulos. Mahoma los tuvo en número crecido y la persecucion los aumentó. Sus discípulos obligaron al impostor á huir de la Meca, su patria, y refugiarse en Medina: fuga que fué la época de su gloria, y la egira de los musulmanes (J. C. 622. Egira I).

Desde este instante se difundió el islamismo, al modo de un torrente, por las Arabias y la Etiopia. En vano algunas tribus idólatras ó judías quisieron defender su antiguo culto: en vano la Meca armó sus soldados contra el destructor de sus Dioses: Mahoma, con espada en mano, dispersó sus ejércitos, se apoderó de sus ciudades, perdonando muchas veces á los vencidos, ganando con su clemencia, su ascendiente y su ingenio, el amor de los pueblos que habia sometido. Legislador, pontífice, gefe de todas

las tribus árabes, dueño de un ejército invencible, respetado de los soberanos del Asia, adorado de una nacion poderosa, ayudado de capitanes que á sus órdenes eran ya héroes, iba á marchar contra Heraclio, cuando murió en Medina, de resultas del veneno que le dió una judía del Khaiban (5) (J. C. 632. Eg. 11).

Su muerte no impidió ni los progresos de su religion, ni las conquistas de los árabes. Abubakar, suegro del Profeta, fué nombrado su sucesor, y tomó el título de *Califa*, que quiere decir *Vicario*. En su reinado penetran los Musulmanes en la Siria, dispersan las tropas de Heraclio, toman la ciudad de Damasco, sitio célebre para siempre, por las hazañas, mas que humanas, del famoso Kaled, apellidado la *Espada de Dios* (6). En medio de tantas victorias Abubakar, á quien le enviaban el botín inmenso ganado á los enemigos, solo tomaba para su gasto particular la suma equivalente á ocho reales por dia. Omar, sucesor de Abubakar, envió á Kaled contra Jerusalem; los Árabes la toman; la Siria y la Palestina se someten; los Turcos y los Persas piden la paz; Heraclio

huye de Antioquía; el Asia tiembla delante de Omar, y los terribles Musulmanes, modestos en la victoria, atribuyéndola solo á Dios, conservan en medio de los paizes mas hermosos, mas ricos, mas deliciosos de la tierra, en el seno de los pueblos mas corrompidos, sus costumbres austeras y frugales, la severa disciplina y el respeto á su pobreza. Allí se vió el último de los soldados, en el saqueo de una ciudad, detenerse á la primera orden de su gefe, y entregarle fielmente el oro y plata que habia tomado, para depositarlo en el tesoro público. Viéronse aquellos valerosos capitanes, tan soberbios con los reyes, dejar y volver á tomar el mando, á la vista de un billete del Califa, y ser alternativamente Generales, soldados, Embajadores, segun su voluntad. Vióse, en fin, á Omar mismo, Omar, el mas poderoso de los Soberanos, el mayor y mas opulento Rey del Asia, presentarse en Jerusalem, montado en un camello bermejó, cargado con un saco de cebada y arroz, un odre lleno de agua y un vaso de madera. De esta manera marchaba por entre los pueblos vencidos, que

salían presurosos á su encuentro, pidiéndole su bendición, y que juzgase sus querellas. Llega á su ejército, predica la sencillez, el valor y la modestia; entra en Jerusalem, perdona á los cristianos, conserva sus iglesias, y montado en su camello vuelve el Califa á Medina para orar con su pueblo.

Los musulmanes marchan, el Egipto queda sojuzgado, y Amrú, uno de los mayores Generales de Omar, toma á Alejandría. Entonces pereció aquella célebre biblioteca, que tanto lamentan los sábios. Los Árabes, aunque tan apasionados á la poesía, despreciaban los libros de las demas naciones. Amrú mandó quemar la biblioteca de los *Tolomeos*; no obstante que él mismo habia adquirido renombre por sus versos, y que estimaba y respetaba al célebre Juan el *Gramático*, á quien sin la orden del Califa, quiere regalar esta biblioteca. Amrú llevó á ejecucion un proyecto digno de los dias del esplendor de Roma. Tal fué el de unir el mar Bermejo con el Mediterráneo por medio de un canal de navegacion, formado con las aguas del Nilo. Este canal tan útil al ejército,

tan importante para el comercio de Europa y Asia, se acabó en pocos meses; pero los Turcos lo han dejado arruinarse.

Amrú penetró en el Africa, en tanto que otros capitanes árabes pasaban el Eufratres, y se apoderaban de la Persia; pero Omar faltaba ya, y Othman ocupaba su lugar (J. C. 647. Eg. 27).

En el reinado de este Califa conquistaron los Árabes las Mauritánias, y echaron de ellas para siempre á los Griegos, ya débiles, sin encontrar resistencia, sino en las tribus belicosas de los Bereberes (7). Estos pueblos, libres y pastores, antiguos habitantes de la Numidia, que aun en nuestros dias, retirados en los montes del Atlas, conservan cierta especie de independencia, se defendieron por largo tiempo de los vencedores de los Moros. Un General musulman llamado Akbé, los sujetó en fin, les dió su ley, su creencia, y penetrando hasta los confines del África occidental, se detuvo en las orillas del Océano, en donde lleno del entusiasmo, del heroismo y la religion, se mete con su caballo en el mar, saca el alfange y esclama:

«¡Dios de Mahoma, ya lo ves: sin este elemento que me detiene, iria á buscar nuevas naciones para hacerles adorar tu nombre!»

Hasta entonces los Moros, vasallos de los Cartagineses, de los Romanos, de los Vándalos y de los Griegos, habian mirado con indiferencia los intereses de estos diferentes Soberanos. Vagando por los desiertos, se ocupaban en apacentar sus ganados, pagaban impuestos arbitrarios, sufrían las vejaciones de sus Gobernadores, y procurando á veces romper las cadenas, refugiábanse despues de sus derrotas en los montes del Atlas, ó en lo interior del pais. Su religion era una mezcla de cristianismo é idolatría, sus costumbres las de los Nomadas. Esclavos, groseros, ignorantes, infelices, embrutecidos por el despotismo, eran casi lo mismo que son hoy bajo los tiranos de Marruecos.

La llegada de los Árabes produjo en ellos gran mudanza. El origen comun con los nuevos conquistadores, la misma lengua, las mismas pasiones, todo contribuia á unir los vencidos con los vencedores. La religion predicada por un descendiente de Ismael, á quien creen

los Moros su padre, las rápidas victorias de los Musulmanes, quienes dueños ya de la mitad del Asia y del Africa amenazaban á todo el mundo, hicieron viva impresion en los Moros y volvieron á su carácter toda su ardiente energía. Abrazan, pues, con sumo gozo, los dogmas de Mahoma, y uniéndose á los Árabes quieren pelear con ellos, reinando en todos el islamismo y la gloria.

Esta reunion, que dobló las fuerzas de ambas naciones, fué turbada algunos instantes por la religion de los Bereberes, siempre amantes de su libertad (J. C. 708. Eg. 89). El Califa Ulit I, que reinaba entonces, envió de Egipto á Muzuben-Nazir, general esperto y valeroso, al frente de cien mil hombres. Muza derrotó á los Bereberes, pacificó las Mauritancias, se apoderó de Tanger, que pertenecía á los Godos de España, y dueño de un terreno inmenso, de un ejército poderoso, de un pueblo á quien la guerra era ya necesaria, Muza medita volver las armas contra la España.

Este Reino, despues de haber sido sujetado sucesivamente por los Cartagineses y los Ro-

manos, se hallaba en poder de los Bárbaros. Los Alanos, los Suevos y los Vándalos, conocidos con el nombre genérico de Godos, se habían repartido sus provincias; pero Eurico uno de sus Reyes, hácia fines del siglo V, reunió toda la España y la transmitió á sus descendientes.

La dulzura del clima y la prosperidad y riquezas corrompieron aquellos conquistadores, dándoles vicios que no tenían cuando bárbaros, y quitándoles aquel valor guerrero que les habían dado las victorias. Los sucesores de Eurico, ya arrianos, ya católicos, reinaron entre muchas turbulencias. Rodrigo, el último de ellos, mancilló el trono con sus vicios. Nadie ignora la historia apócrifa ó verdadera de la hija del Conde D. Julian, á la cual se dice haber violado Rodrigo. Este hecho es dudoso, pero no lo es que casi siempre los vicios de los tiranos han sido la causa ó el pretesto de su ruina.

Es cierto que el Conde D. Julian, y su hermano D. Oppas, Arzobispo de Toledo, ambos poderosos entre los Godos, llamaron los Moros

á España. Tarif (8), uno de los mayores Capitanes de aquel tiempo, fué enviado por Muza, primero con corto número de tropas, sin que por eso dejase de derrotar á un ejército numeroso, con que le salió al encuentro Rodrigo; despues, habiendo recibido refuerzo del África, venció á Rodrigo en la batalla de Jerez, de la que el Rey Godo salió huyendo y pereció (J. C. 714. Eg. 96). Tarif, aprovechándose de la victoria, entró por la Estremadura, por la Andalucía y las Castillas, tomó á Toledo, y á poco tiempo que se le reunió Muza, émulo de la gloria de su subalterno, estos dos hombres extraordinarios, dividiendo sus tropas en varios cuerpos, acabaron en pocos meses la conquista de España.

Es de notar que estos Moros, que muchos historiadores pintan como bárbaros, sedientos de sangre, dejaron á los pueblos vencidos su culto, sus Iglesias y sus Jueces, sin exigir mas que el tributo que los Españoles pagaban á sus Reyes. Sin duda no era temida su ferocidad, cuando la mayor parte de las ciudades, se entregaban á partido, cuando los

Cristianos se unieron tanto con ellos que los de Toledo tomaron el nombre de Muzárabes, y la Reina Egilona, viuda del último Rey Rodrigo, con el consentimiento de ambas naciones, casó públicamente con Abdalazis, hijo de Muza.

Este último, á quien aquejaba la envidia de las victorias de Tarif, quiso alejar un General que le inquietaba, y le acusó al Califa Ulit, quien llamó á entrambos, y sin sentenciar sus querellas los dejó morir en su Corte del pesar de verse olvidados.

Abdalazis, esposo de Egilona, quedó Gobernador de España por algunos instantes (J. C. 718. Eg. 100). Alahor, su sucesor, entró por fuerza de armas en las Galias y sujetó á la Narbonense, preparándose á dilatar sus conquistas al tiempo que supo que Pelayo, príncipe de la sangre real de los Godos, refugiado en los montes de Asturias con un puñado de soldados valerosos, se atrevia á acometer á los vencedores de España, formando el noble designio de sacudir su yugo. Alahor envió tropas contra él; pero Pelayo, guarnecido en los estrechos, batió dos veces á los musulmanes, aumentó su

corto ejército, se apoderó de algunos castillos, y animando el valor de los cristianos abatidos con tantas desgracias, enseñó á los Españoles que los Moros no eran invencibles.

La insurreccion de Pelayo dió motivo á que el Califa Omar II retirase á Alahor. Elzemagh, su sucesor, pensó que el medio mas seguro de reprimir á los rebeldes era el de hacer felices á los pueblos, y fijando su atencion en la policia de la España, arregló los impuestos, hasta entonces arbitrarios, y contuvo los soldados dándoles paga fija. Amante de las bellas artes, que en aquel tiempo cultivaban los Árabes, Elzemagh, hermoseó á Córdoba, que eligió para su capital: atrajo los sábios á la Certe, y él mismo compuso un libro que contenia la descripción de las ciudades, rios, provincias y puertos de España; de los metales, mármoles y minas que en ella habia; en fin, de todos los objetos que podian interesar á las ciencias y la economía. Poco inquieto de los movimientos de Pelayo, cuyo poder se limitaba á la posesion de algunas fortalezas en montes inaccesibles, Elzemagh no intentó acometerle, antes bien guiado por el

deseo funesto que dominó siempre á los Gobernadores moros de España, de estender sus conquistas en Francia, pasó los Pirineos, y murió en una batalla que Eudon Duque de Aquitania le presentó (J. C. 722. Eg. 104).

Muerto Elzemagh, en el Califato de Hizid II (9), se sucedieron rápidamente en España, en el espacio de pocos años, varios Gobernadores, de los cuales no hay hechos que merezcan referirse. En este tiempo el animoso Pelayo, ensanchando sus dominios, se internó en los montes de Leon, se apoderó de algunas plazas; y este héroe, cuyo valor escitaba á los Asturianos y Cántabros á la libertad, echó los primeros cimientos de aquella poderosa monarquía, cuyos guerreros habian de perseguir despues á los Africanos hasta los peñascos del Atlas.

Los Moros, sin pensar mas que en conquistar nuevos paises, no hicieron notables esfuerzos contra Pelayo, creyéndose ciertos de sujetarle luego que hubieren tomado la Francia. Este deseo era el único que llenaba el alma del nuevo Gobernador Abdalrahman, á quien lla-

mamos Abderrahman : su gloria , su valor , su talento, su ambicion desmesurada, le hacian mirar esta conquista como fácil , cuando en ella habia de encontrar quien le venciera (J. C. 731. Eg. 113).

El hijo de Pipino de Heristal, abuelo de Carlomagno , Carlos Martel , cuyas hazañas obscurecieron las de su padre , sin que las borrara las de su nieto , era entonces Mayordomo mayor de Palacio , en tiempo de los últimos Príncipes de la primera raza , ó mejor dicho, Carlos era el verdadero Rey de los Franceses y Germanos. El Duque de Aquitania , Eudon , dueño de la Guiana y de la Gascuña , habia tenido largas disputas con el héroe frances , y hallándose demasiado débil para resistirle , solicitó la alianza de un Moro , llamado Munuza , Gobernador de la Cataluña y enemigo secreto de Abderrahman. Los dos vasallos , descontentos de sus Soberanos , á quienes temian , se unieron con lazos estrechos , dando el duque cristiano al aliado Musulman su hija por esposa , no obstante la diferencia de cultos : y la Princesa Numerancia casó con el moro Munuza , como la Reina

Egilona habia casado con el moro Abdalazis.

Instruido Abderrahman de esta alianza, penetró los motivos de ella. Al punto junta su ejército, vuela á Cataluña, y sitia á Munuza, que intenta en vano la fuga, pues perseguido y ya alcanzado se dió él mismo la muerte. Su esposa quedó cautiva, la llevaron al vencedor, y Abderrahman admirado de su belleza, la envió al Califa Hizen, de quien ella se granjeó el amor. ¡Destino singular que coloca una Princesa de Gascuña en el serrallo del Soberano de Damasco!

No contento Abderrahman con haber castigado á Munuza, pasó los montes, atravesó la Navarra, entró en la Guiana, y sitió y tomó la ciudad de Burdeos. Eudon, al frente de un ejército procuró detenerle, pero quedó vencido en un combate, y todo cedió á las armas musulmanas. Abderrahman continuó su camino, asoló el Perigod, la Santonia, y el Poitú, llegó triunfante á la Turena, y no paró hasta ver los estandartes de Carlos Martel.

Carlos salia á encontrarle, seguido de las fuerzas de la Francia, de la Austrasia, de la

Borgoña, y sobre todo de aquellas antiguas tropas acostumbradas á vencer con él. El Duque de Aquitania se hallaba en su campo, y Carlos olvidaba sus injurias sin pensar mas que en el riesgo comun que cada dia crecia, hallándose la suerte de la Francia, de la Germania y de todos los pueblos cristianos pendiente de una batalla. Abderrahman era un rival digno del hijo de Pipino, ensoberbecido como él con tantas victorias, seguido de un ejército innumerable, rodeado de Capitanes veteranos que le habian visto triunfar repetidas veces, y acosado mucho tiempo hacia del deseo de acabar de sujetar los únicos paises del antiguo Imperio romano, que faltaban rendirse á los Árabes.

La accion fué larga y sangrienta, y en ella quedó muerto Abderrahman, cuya pérdida decidió sin duda la derrota del ejército. Los Historiadores aseguran que perecieron mas de trescientos mil hombres, cuyo número es exagerado sin duda; pero es verosímil que unos enemigos que llegaron hasta el medio de la Francia, y fueron perseguidos despues de derrotados, se librarian con dificultad de la espada de

los vencedores ó de la venganza de los pueblos (J. C. 733. Eg. 114).

Esta batalla memorable, cuyas circunstancias ignoramos, libró á la Francia del yugo de los Árabes, y puso término á su engrandecimiento. Despues de ella intentaron de nuevo penetrar en la Francia y aun se apoderaron de Aviñon; pero Carlos Martel los derrotó otra vez, volvió á tomar aquella ciudad, los echó de Narbona, y les quitó para siempre la esperanza que tanto tiempo les habia lisonjeado.

Muerto Abderrahman, encendieron en España el fuego de la discordia dos Gobernadores nombrados sucesivamente por los Califas (a). Otro nuevo pretendiente llegó del África, y otro tambien se levantó (b). Multiplicáronse las facciones, y los diferentes partidos vinieron varias veces á las manos, viéndose los gefes asesinados, las ciudades asaltadas, y las provincias asoladas. Estos sucesos, referidos con variedad

(a) Abdulmelek, Akbé.

(b) Abulatar, Tevabé.

por los Historiadores, no tienen interés alguno. Lo único que hay de verdadero es, que al paso que la dulzura del clima y el trato de los Moros con los Españoles suavizaba el carácter de aquellos, las emigraciones de los mismos Africanos venian á destruir la obra del tiempo; y volvian á sus antiguos hermanos aquella ferocidad salvaje que parece privativa del África.

Cerca de veinte años duraron estas guerras civiles. Los Cristianos refugiados en las Asturias, se aprovecharon de ellas, y Alfonso I, yerno y sucesor de Pelayo, siguiendo las huellas de este héroe, se apoderó de parte de la Galicia y de Leon, batió las tropas que se le oponian, tomó algunas plazas y empezó á formar una especie de Potencia.

Los Moros, ocupados en sus disensiones, no detuvieron los progresos de Alfonso. En pos de muchos crímenes y repetidos combates, un tal Juzef habia prevalecido contra sus varios rivales, y reinaba en fin en Córdoba, cuando un suceso memorable acaecido en Oriente tuvo influencia señalada en España.

Aquí empieza la segunda época del Imperio de los Moros, para lo cual es necesario volver por algunos instantes á la Historia de los Califas (J. C. 749. Eg. 134).



ÉPOCA II.

CALIFAS DE OCCIDENTE, REYES DE CÓRDOBA
DESDE LA MITAD DEL SIGLO VIII HASTA EL XI.

Hemos visto, aunque de paso, en tiempo de los tres primeros Califas, Abubakar, Omar y Othman, que los Árabes conquistadores de la Siria, de la Persia y del África, conservaron sus antiguas costumbres, su sencillez, la obediencia al sucesor del Profeta, y el menosprecio del lujo y de las riquezas. ¿Pero qué pueblo pudiera resistir á tanta prosperidad? Los vencedores volvieron sus armas contra sí mismos, y olvidando las virtudes que les hicieron invencibles, destrozaron con sus manos el Imperio que habian fundado.

Estas desdichas tuvieron principio con el asesinato de Othman. Para sucederle nombraron á Alí, amigo, compañero é hijo adoptivo del Profeta, amado de los musulmanes por sus hazañas, por su mansedumbre y por su esposa

Fátima, hija única de Mahoma. Moavias, Gobernador de Siria, se negó á reconocer á Alí, y guiado de los consejos de Amrú, conquistador del Egipto, hizo que le proclamasen Califa en Damasco. Los Árabes se dividieron, sosteniendo los de Medina á Alí y los de Siria á Moavias. Los primeros tomaron el nombre de Alides; los otros se llamaron Ommiadas, del nombre de un abuelo de Moavias, llamado Om-miah. Tal fué el origen del famoso cisma que divide hasta ahora los Turcos y los Persas (J. C. 655. Eg. 35).

Alí venció á Moavias y no supo aprovecharse de la victoria. Asesinado poco despues (1), empezó á debilitarse su partido, y á pesar de los esfuerzos de sus hijos para reanimarlo, los Om-miadas, en medio de mil huracanés, de rebeliones y guerras civiles, quedaron en Damasco poseedores del Califato. En el reinado de uno de estos Príncipes, Ulit I, vimos á los Árabes estendiendo sus conquistas por el Oriente hasta el Ganges, y por el Occidente hasta el Océano atlántico. Esto no obstante fueron los Ommiadas en general príncipes débiles, bien

que tenían Generales espertos, y en los soldados musulmanes no se habia corrompido todavía el valor antiguo.

Noventa y tres años hacia que Marwan II (2), último Califa Omniada ocupaba el trono, cuando fué vencido por Abdalla, de la estirpe de los Abasidas, próximos parientes de Mahoma, igualmente que los Omniadas. Marwan perdió el imperio y la vida. Abul-Abbas, sobrino de Abdalla, fué electo Califa y dió principio á la dinastía de los Abbasidas, tan célebre en el Oriente por su amor á las ciencias, por los nombres de Harun-al-Rachid, de Almamon y de los Barmecidas (3). Los Abbasidas conservaron el Califato por espacio de cinco siglos, hasta que les despojaron de él los tártaros, hijos de Gengis-Kan, despues de haber visto establecerse en Egipto otros Califas llamados *Fatimitas*, porque pretendian descender de Fátima, hijo de Mahoma. Asi se acabó el Imperio de los Arabes, y estos pueblos, vueltos á las Arabias, son en el día casi lo mismo que eran antes de Mahoma. He anticipado estos sucesos, porque en adelante la España nada tendrá que

ver con el Oriente (Jesucristo, 752. Eg. 134).

Luego que el cruel Abdalla puso á su sobrino Abul-Abbas en el trono de los Califas, concibió el horrible designio de esterminar á todos los príncipes Ommiadas; príncipes numerosísimos, porque entre los Árabes, en donde se permite la poligamia, y se mira el crecido número de hijos como particular favor del cielo, no es raro contar muchos millares de individuos de una misma familia. Abdalla, sin esperanza de extinguir el linago de sus enemigos, dispersos por el terror, ofreció amnistía general á todos los Ommiadas que se le presentasen. Los infelices, creídos en sus juramentos, vienen en busca del perdon, á los pies de Abdalla, pero este monstruo, viéndolos juntos, manda á sus soldados que les cerquen, y hace que en su presencia los asesinen. A continuacion de tan atroz escena, mandó juntar los cuerpos sangrientos de las víctimas, y cubiertos de tablas y tapices, sobre esta horrible mesa sirvieron á los oficiales del bárbaro y sanguinario monarca un magnífico banquete. El corazon se estremece al leer estas atrocidades; pero ellas pintan el carácter y las cos-

tumbres de tales conquistadores. Solo un Ommiada se libró, y este fué el príncipe Abderrahman, quien errante y fugitivo llegó por fin á Egipto, y se ocultó en sus desiertos.

Los Moros de España, fieles á los Ommiadas, aunque su Gobernador Juzef reconoció á los Abasidas, apenas supieron que habia en África un descendiente de aquella ilustre estirpe, enviaron secretamente diputados ofreciéndole la corona. Abderrahman previó las luchas que le esperaban; pero nacido con un alma grande, que se habia elevado mas en la escuela de la adversidad, no vaciló un instante, y pasando el mar llegó á España, ganó los corazones de sus nuevos vasallos, juntó un ejército, entró en Sevilla y luego marchó hácia Córdoba, capital de los estados musulmanes (J. C. 755. Eg. 438).

Juzef, en nombre de los Abbasidas, intentó en vano resistirle, y quedando vencido perdió á Córdoba y otras muchas ciudades. Abderrahman quedó reconocido no solo Rey de España, sino proclamado Califa de Occidente, y desde este momento la España, desmembrada del

vasto imperio de los Árabes, formó un estado solo y poderoso (J. C. 759. Eg. 442).

Abderrahman I estableció en Córdoba la silla de su nueva grandeza; pero no permaneció en paz por largo tiempo. Rebeliones fomentadas por los Abbasidas, guerras con los Reyes de Leon, irrupciones de los Franceses en Cataluña (4), ocuparon incesantemente á Abderrahman; mas su valor y actividad triunfaron de tantos enemigos. Se mantuvo sobre el trono con gloria, mereció el renombre de *Justo*, y amó y cultivó las artes en medio de las turbulencias y los peligros. Fué el primero que estableció escuelas en Córdoba, donde se estudiaba la Astronomía, las Matemáticas, la Medicina y la Gramática; componia versos y estaba reputado por el hombre mas elocuente de su siglo: hermoseó y fortificó su capital: edificó un suntuoso Palacio con magníficos jardines, y empezó la famosa mezquita que todavía es la admiracion de los viajeros, y cuyo monumento de magnificencia no se acabó hasta el reinado del Califa Hizen, hijo y sucesor de Abderrahman. Dícese que los españoles no han conservado mas que

la mitad de este edificio, y no obstante tiene seiscientos pies de largo, sobre doscientos cincuenta de ancho. Cuéntanse veinte y nueve naves en su longitud y diez y nueve en su ancho, y mas de trescientas columnas de alabastro, de jaspe y de mármol. Entrábase en otro tiempo por veinte y cuatro puertas de bronce, cubiertas de esculturas de oro, y todas las noches alumbraban este magnífico edificio cuatro mil y setecientas lámparas (a).

Allí era adonde los Califas de Córdoba iban á orar los viernes, dia que consagraban á la religion los preceptos de Mahoma; y allí venian peregrinando todos los musulmanes de España, á la manera que los de Oriente van al templo de la Meca. Tambien se celebraba con gran solemnidad la fiesta del Beiram mayor y menor que corresponde á la Pascua de los Judíos; la de año nuevo, y la del *Milud*, ó cumpleaños de Mahoma; cada una de las cuales

(a) Cardona, Historia de África y de España. Colmenar, Delicias de España. Duperron, Voyage d'Espagne. Swinburne, Cartas sobre España etc.

duraba ocho dias. Durante este tiempo se suspendia todo trabajo, se enviaban regalos mutuamente, se visitaban unos á otros, inmolaban víctimas, y reunidas las familias, olvidando sus resentimientos, y prometiéndose eterna concordia, se daban á todas las diversiones permitidas por la ley. Por las noches estaba iluminada la ciudad, las calles cubiertas de flores, y los paseos y plazas públicas resonaban con el son de los cistros, tiorbas y chirimías. Finalmente, en tales dias daban los ricos abundantes limosnas, y las bendiciones de los pobres se confundian con los cánticos de alegría.

Abderrahman, criado en Oriente, fué el que introdujo en España la afición á estas fiestas magníficas. Reuniendo en su persona como Califa el Imperio y el Sacerdocio, arregló el ceremonial de aquellas mismas fiestas, y se celebraron con toda la pompa y magnificencia de los soberanos de Damasco. Aunque enemigo del cristianismo, no persiguió á los muchos cristianos que se contaban en el número de sus vasallos; mas sí privó á las ciudades de sus Obispos, y á las Iglesias de sus Pastores; fa-

voreció los casamientos entre moros y españoles; y con su prudente tolerancia hizo mas daño á la religion, que con el rigor mas cruel hacer pudiera. En su reinado los sucesores de Pelayo (Aurelio y Mauregato), retirados siempre en Asturias, se vieron precisados á dar en parias cien doncellas, siendo este el precio á que Abderrahman les otorgó la paz. Dueño de toda la España, desde Cataluña hasta los dos mares, murió al cabo de treinta años de gloria, dejando la corona á su hijo Hizen, el tercero de once que tenia (J. C. 788. Eg. 172).

Muerto Abderrahman, el Imperio de los Moros ardió en rebeliones y guerras entre el nuevo Califa, sus hermanos, sus tios y otros príncipes de la régia estirpe; guerras inevitables en un gobierno despótico, donde no habia ley que arreglase ni aun el orden de sucesion al trono. Para pretenderlo, para aspirar á él, bastaba ser de sangre régia; y como casi siempre los Califas dejaban considerable número de hijos, cada uno de estos se allegaba un partido, se establecía en una ciudad, se declaraba Soberano, y tomaba las armas contra el Califa.

De esto nacia la multitud de Estados pequeños que se elevaban, se aniquilaban y renacian en cada mudanza de Rey; y aquella multitud de Reyes vencidos, depuestos, degollados, que hicieran esta historia tan difícil de ordenar, y tan fastidiosa su lectura.

Hizen, y despues su hijo Abdalazis-el-Hakhan, se mantuvieron en el Califato, no obstante estas eternas disensiones. El primero concluyó la hermosa mezquita, comenzada por Abderrahman, y llevó sus armas á Francia, penetrando sus Generales hasta Narbona. Menos afortunado el segundo, despues de pelear contra los españoles y contra sus vasallos rebeldes, con trances variables, murió entre los disturbios, y le sucedió su hijo Abderrahman (J. C. 822. Eg. 206).

Fué Abderrahman un gran Príncipe, aunque su reinado en la época en que los cristianos aprovechándose de las largas disensiones de los Moros, empezaron á medir su poderío con ellos. Alfonso el Casto, Rey de Asturias, monarca político y valiente, habia aumentado sus estados, y negádose á pagar el tributo de las cien

doncellas; cuya independencia mantuvo Ramiro, sucesor de Alfonso, y repetidas veces venció á los Moros. Hízose Reino la Navarra, y el Aragon tuvo sus Soberanos particulares. Los Gobernadores de Cataluña, que estaban sujetos á los Reyes de Francia, apróvechándose de la flaqueza de Ludovico Pio, se declararon independientes. Todo el Norte de España se pronunció enemigo de los Moros, y el Mediodia fué el teatro de las irrupciones de los Normandos.

Defendióse Abderrahman de tantos adversarios, y mereció por sus triunfos el epíteto de *Elmuzaffar*, que quiere decir el victorioso. En medio de las guerras y las atenciones del gobierno, protegió las ciencias y las bellas artes, hermoseó la capital con una nueva mezquita, y construyó un soberbio acueducto, en que por encañados de plomo venian abundantísimas aguas á derramarse por toda la ciudad. Solícito en traer á su Corte los poetas y los filósofos, conversaba á menudo con ellos, y se ejercitaba en las artes que fomentaba en los demas. Todos los gustos se habian reunido en su alma sensible. Del Oriente hizo venir al famoso mú-

sico Ali-Zeriab, que se estableció en España, y colmado de beneficios formó en ella la célebre escuela, cuyos discípulos fueron luego las delicias de toda el Asia (5). Finalmente, en el reinado de Abderrahman fué Córdoba la morada de las artes, de las ciencias y de los placeres, y la ferocidad musulmana cedió el lugar á la cortesanía de que el mismo Califa daba ejemplo.

Cuéntase que una de sus esclavas favoritas riñó un día con su amo, y retirada á su aposento juró que vería tapiar la puerta antes que abrir al Califa. Atónito al oír estas palabras el gefe de los Eunucos, que le parecieron otras tantas blasfemias, fué solícito á prosternarse ante el Príncipe de los creyentes, y le refirió las horribles palabras de aquella esclava rebelde. Abderrahman se sonrió, y le mandó que delante de la puerta de la favorita levantara una pared de monedas de plata, prometiendo no pasar aquella valla hasta que la esclava la demoliera. La historia añade que en aquella misma noche estuvo libre la entrada y la favorita contenta (a).

(a) Cardona, Historia de África y de España, tomo I.

Este príncipe dejó, de las varias mujeres que tuvo, cuarenta y cinco hijos y cuarenta y una hijas. Mahomed, el mayor de ellos, le sucedió (J. C. 852. Eg. 238).

Los reinados de Mahomed y de sus sucesores Almozir y Abdalla, no ofrecen en el discurso de sesenta años mas que una continuacion de turbulencias, guerras civiles y rebeliones de las principales ciudades, cuyos Gobernadores intentaban hacerse independientes. Alfonso el Grande, Rey de Asturias, se aprovechó de estas disensiones para consolidar su poder. Por otro lado los Normandos vinieron nuevamente á talar la Andalucía. Toledo, muchas veces castigada y siempre rebelde, tuvo sus Reyes particulares, cuyo ejemplo imitó Zaragoza. Envilecida la autoridad del Califa, y conmovido por todas partes su imperio, parecia cerca de su ruina, cuando Abderrahman III, sobrino de Abdalla, subió al trono de Córdoba y le volvió por algun tiempo su antiguo lustre y magestad (J. C. 812. Eg. 300).

Este Príncipe, cuyo nombre grato á los Musulmanes les parecia un presagio feliz, tomó

el título de *Emir-al-mumenim* que significa *Príncipe de los verdaderos creyentes* (a). Las victorias fueron el principio de su reinado. Los rebeldes que sus predecesores no pudieron domar, fueron derrotados, las facciones disipadas, el orden y el sosiego restablecidos. Acometido en breve de los Cristianos, imploró Abderrahman el auxilio de los Moros de África, y mantuvo largas guerras contra los Reyes de Leon y los Condes de Castilla que le tomaron la Villa de Madrid, de poca importancia en aquel tiempo (J. C. 931. Eg. 319).

A veces vencido, á veces vencedor, pero siempre grande y temido, supo reparar sus pérdidas y aprovecharse de su fortuna. Político profundo y hábil capitan, mantenía las divisiones entre los Príncipes españoles; llevó doce veces sus armas hasta el centro de sus Estados, y con la marina que él mismo creó, se apoderó de las costas de África, de Seldjemesse y de Ceuta.

A pesar de las guerras eternas que le ocu-

(a) Nosotros lo hemos mudado en el nombre ridiculo de *Miramolin* ó *Miramámolin*.

paron todo su reinado, y no obstante los gastos enormes que debian costarle sus ejércitos, sus escuadras y los socorros que compró al África, ostentaba Abderrahman en su corte el lujo y la magnificencia, que nos parecerian fábulas si todos los Historiadores no lo atestiguasen. El emperador griego Constantino IX, hijo de Leon, con el designio de oponer á los Califas Abasidas de Bagdad un enemigo capaz de resistirles, envió embajadores á Córdoba, para ajustar alianza con Abderrahman, quien lisonjeándose al ver venir de tierras tan lejanas los Cristianos á implorar su apoyo, ostentó en tal ocasion toda la pompa asiática, y así envió hasta Jaen, á que recibiesen á los embajadores, numerosos cuerpos de caballería, magníficamente vestidos, apostados en el camino de Córdoba, y la infantería todavia mas lucida, se hallaba tendida en la carrera hasta el Palacio. Los patios estaban cubiertos con hermosos tapices de Persia y de Egipto, y las paredes colgadas de tejidos de oro. El Califa sentado en un trono espléndido, rodeado de su familia, de sus visires y de multitud de cortesanos, los recibió en una galería,

donde lucian todas sus riquezas. El *Hadjeb*, especie de Gobernador de Palacio, fué quien introdujo á los Embajadores; los que maravillados de tanta magnificencia se prosternaron ante Abderrahman, y le entregaron la carta de Constantino, escrita en pergamino azul, y metida en una caja de oro. El Califa firmó el tratado, dió muchos presentes á los enviados del Emperador, y mandó acompañarles de un séquito numeroso, hasta las murallas de Constantinopla.

Este Abderrahman, siempre ocupado en la guerra y en la política, estuvo enamorado toda su vida de una de sus esclavas, llamada *Zehra*, que significa *flor, ornamento del mundo*. Para ella edificó una ciudad, á dos millas de Córdoba; y le dió el nombre de su esclava, la cual ciudad, ahora destruida, estaba al pié de los altos montes, de donde corrian arroyos de agua cristalina, que venian á serpentear por las calles, refrescando el aire por todas partes, y formando en las plazas públicas fuentes copiosas y perennes. Las casas edificadas bajo un plan uniforme, y coronadas de terrados, tenían

jardines con bosques de naranjos. La estatua de la hermosa esclava se veia sobre la puerta principal de aquella ciudad del amor (6).

Peró el palacio de la favorita eclipsaba á todas las demas casas. Abderrahman, aliado de los Emperadores griegos, les habia pedido los mas distinguidos arquitectos; y el Soberano de Constantinopla, mansion entonces de las bellas artes, se los envió con suma presteza, añadiendo cuarenta columnas de granito, las mas hermosas que encontrar pudo. Ademas de estas magníficas columnas, pasaban de mil y doscientas las de mármoles de España y de Italia que se contaban en aquel palacio. Las paredes del salon, llamado del *Califato*, estaban cubiertas de ornamentos de oro: varios animales del mismo metal arrojaban agua en una pila de alabastro, y encima de ella colgaba la famosa perla que el emperador Leon habia enviado al Califa, como un tesoro inapreciable. Los Historiadores añaden que el pabellon donde la favorita y Abderrahman se sentaban por la noche, tenia el artesonado revestido de oro y acero, sembrado de piedras preciosas; y que

en medio del resplandor que las luces despedían de cien arañas de cristal, saltaba un chorro de azogue en un pilon de alabastro.

Tales relaciones son difíciles de creer, y parecen cuentos orientales; pero todos estos hechos y particularidades están atestiguados por los escritores árabes, citados por Cardona, que los ha leído; comparados con atención, y confirmados por M. Swinburne, inglés nada crédulo y buen observador. Bien veo que estos monumentos, tal fausto y pompa, no se parecen á nada de lo que conocemos, y no ignoro que la mayor parte de los hombres, midiendo siempre su creencia por los conocimientos que han adquirido, la niegan á muchas cosas; pero ello es cierto que no son menos maravillosas las descripciones que leemos en autores auténticos (a), acerca del lujo y magnificencia de los Soberanos de Asia; y ciertamente, si un terremoto hubiese destruido las pirámides de Egipto, ¿quién es el que daría crédito á los Historiadores que de ellas nos dan las dimensiones?

(a) Bernier, Thomas Bhoé, Marco Pablo, Dubalde, etc.

Los escritores refieren tambien lo que costó edificar el palacio de la ciudad de Zehra, y fué trescientos mil dinaros de oro cada año, habiéndose empleado en estas obras mas de veinte y cinco años (a).

A estos gastos exorbitantes se ha de añadir el de un serrallo, en que las mujeres, las concubinas, las esclavas, los eunucos negros y blancos, ascendian á seis mil y trescientas personas. Los empleados de la casa del Califa, los caballos de su servidumbre, eran en proporcion. Solo su guardia se componia de doce mil caballos; y si se atiende á que Abderrahman, siempre en guerra con los españoles, hubo de tener constantemente un pié de ejército numeroso, buena marina, comprar muchas veces soldados de África, y fortificar plazas en fronteras siempre amenazadas, será difícil comprender cómo podian bastarle sus rentas. Sin embargo, los recursos que tenia eran inmensos; y el Soberano de Córdoba era acaso el Rey de Europa mas rico y poderoso (7).

(a) Suponiendo que el *dinar* valiese no mas que cuarenta reales, costaria todo trescientos millones de reales.

Poseia el Portugal, la Andalucía, los reinos de Granada, Murcia, Valencia, la mayor parte de Castilla la Nueva, que es decir, lo mejor de España. En aquel tiempo estaban estas provincias sumamente pobladas, y los Moros habian llevado la agricultura al mas alto grado de perfeccion. Los historiadores aseguran que en las riberas del Guadalquivir habia doce mil lugares, y que el viajero no andaba un cuarto de hora por el campo sin encontrar alguna aldea. Ochenta ciudades principales se contaban en los estados del Califa, trescientas de segundo orden y un gran número de lugares. La Capital de Córdoba contenia dentro de sus muros doscientas mil casas (a), y novecientos baños públicos.

Las rentas de los Califas de Córdoba ascendian á doce millones y cuarenta y cinco mil *dineros* de oro; suma que equivale á mas de quinientos millones de reales; ademas de otros impuestos que se pagaban en frutos, cuya riqueza en un pueblo agricultor, laborioso y po-

(a) En cada casa solo vivia una familia.

seedor del pais mas fértil del mundo, es incalculable. Las minas de oro y plata comunes en todos tiempos en España, eran otro manantial de tesoros. El comercio enriquecia al pueblo y al Soberano: las sedas, los aceites, la cochinilla, el hierro, la lana, muy estimada ya en aquella época, el ambar gris, el karabe, el iman, el antimonio, el talco, la marquesita, el cristal de roca, el azufre, el azafran, el gengibre, el coral pescado en las costas de Andalucía, las perlas en las de Cataluña, los rubíes de que habia descubiertas dos minas, la una en Málaga y la otra en Beja; todas estas producciones del pais, antes ó despues de manufacturadas, se llevaban al África, al Egipto y al Oriente. Los emperadores de Constantinopla, aliados necesarios de los Califas de Córdoba, favorecian este comercio, y la vasta estension de las costas, la cercanía del África, de la Francia y la Italia, contribuian á hacerle mas floreciente.

Las artes, hijas del comercio, y que alimentan á su padre, añadieron nuevo esplendor al reinado brillante de Abderrahman. Los pala-

cios y jardines que costeó, las magníficas fiestas de su corte, llamaban de todas partes á los arquitectos y artesanos. Córdoba era el centro de la industria, el asilo de las ciencias: la Geometría, la Astronomía, la Química y la Medicina tenían escuelas célebres, de donde un siglo despues salieron Averroes y Abicena. Los poetas, los filósofos, los médicos árabes eran tan afamados, que Alfonso el Grande, Rey de Asturias, queriendo confiar su hijo Ordoño á hombres capaces de instruir á un príncipe, se vió obligado, no obstante el ódio que los cristianos tenían á los musulmanes, á traer á su lado dos maestros moros, y uno de los sucesores del mismo Alfonso, Sancho el Gordo, rey de Leon, adoleciendo de una hidropesía que habían declarado mortal, no tuvo reparo en ir á Córdoba, á casa de Abderrahman, su enemigo, y ponerse en manos de sus médicos. Sancho sanó, y esta accion singular honra igualmente á los doctos árabes, á la generosidad del Califa, y á la confianza del Rey cristiano.

Tal fué el estado de Córdoba en el reinado de Abderrahman III, quien por mas de cin-

cuenta años ocupó el trono con la gloria que hemos visto; pero la mayor prueba de que este Príncipe era superior á los demas, es un papel que entre los suyos se encontró despues de su muerte, y que escrito de su puño asi decia: «Cincuenta años han pasado desde que soy »Califa: riquezas, honores, placeres, de todo »he gozado hasta saciarme, los Reyes mis rivales me estiman, me temen y me envidian. »El Cielo me ha prodigado cuanto los hombres »desean, y en este largo espacio de aparente »felicidad, he contado el número de dias en »que he sido feliz, y no he encontrado mas de »catorce. ¡Mortales, conoced lo que vale la »grandeza, el mundo y la vida!» (J. C. 961. Eg. 330).

Sucedió á este monarca su primogénito Abul-Abbas el Kakkam, que á imitacion de su padre tomó el título de *Emir-al-mumenim*. La coronacion del nuevo Soberano de Córdoba se celebró con gran pompa en la ciudad de Zehra; y asi que el Califa recibió el juramento de su guardia, cuerpo de extranjeros temible y numeroso, que Abderrahman habia creado, le

juraron obediencia sus hermanos y parientes, los Visires y su gefe el *Hadjed*, los eunucos blancos y negros, los flecheros y coraceros de la guardia, terminando esta ceremonia los funerales de Abderrahman, cuyo cuerpo fué conducido á Córdoba, y depositado en el sepulcro de sus antecesores.

Hakkam, menos guerrero que su padre, pero tan cuerdo y hábil como él, gozó de mas tranquilidad, y su reinado fué el de la justicia y la paz. Las hazañas y vigilancia de Abderrahman habian apagado las rebeliones. Divididos entre sí los Reyes cristianos no pensaron en inquietar á los moros, ni se rompió mas de una vez la trégua ajustada con Castilla y Leon. Al frente de su ejército hizo el Califa una campaña gloriosa y tomó á los españoles varias ciudades. Hakkam se dedicó en lo demas de su reinado á procurar la felicidad de sus vasallos y mas que todo á hacer respetar las leyes, que eran pocas y sencillas.

Segun parece no tuvieron los moros código civil distinto del religioso. La jurisprudencia se reducía á la aplicacion de los principios conte-

nidos en el Alcoran; y el Califa como Gefe supremo de la religion podia interpretarlos, sin que se atreviese á quebrantarlos nunca. Una vez á la semana, por lo menos, daba audiencia pública, en que oia las quejas de sus vasallos, interrogaba á los delincuentes, y ántes de salir de su tribunal hacia castigarlos. Los Gobernadores, nombrados por él, en las ciudades y provincias, tenian el mando militar, recaudaban las rentas públicas, cuidaban de la policía y eran responsables de los delitos que ocurrían en sus gobiernos. Varios hombres públicos, versados en las letras, hacian oficio de Notarios, dando cierta forma judicial á los instrumentos que aseguraban la propiedad, y cuando se suscitaba algun pleito, los Magistrados llamados *Cadís*, respetados del pueblo y del Soberano, eran los únicos que podian ser jueces. Nunca eran largos estos pleitos: no habia Abogados ni Procuradores, ni gastos ni enredos. Las partes mismas defendian su causa, y las sentencias del Cadí se ejecutaban al instante.

No era mas complicada la Jurisprudencia criminal, que casi siempre prescribia la pena del

Talion , ordenada por el Profeta. Es verdad que los ricos podian redimir con el dinero la sangre que habian derramado : mas para esto se requeria el consentimiento de los parientes del muerto , y el Califa mismo no se hubiera atrevido á negarles la cabeza de su propio hijo , culpado de homicidio , si se obstinaban en pedirla.

Este código tan sencillo podria no ser suficiente , pero á lo que faltaba de leyes suplia la suprema autoridad de los padres sobre los hijos y de los maridos sobre sus mujeres. Los Árabes habian conservado de sus antiguas y patriarcales costumbres el respeto, la sumision y la obediencia pasiva de la familia á su jefe. En su casa tenia cada padre casi los mismos derechos que el Califa: sentenciaba sin apelacion las desavenencias entre sus mujeres y entre sus hijos: castigaba severamente las mas leves faltas , y aun podia imponer la pena de muerte por algunos delitos. La vejez daba este imperio. El anciano era objeto sagrado : su presencia contenia todo desórden: el mancebo mas fogoso delante de él bajaba los ojos, oia dócilmente sus lecciones, y creia ver un Magistrado á la vista de las canas.

Este poderío de las costumbres, preferible al de las leyes, duró largo tiempo en Córdoba. El juicioso Hakkam no lo debilitó, como se puede juzgar por el hecho siguiente: Una mujer de Zehra poseía una tierrecilla, contigua á los jardines del Califa. Queriendo Hakkam edificar en ella un pabellon, mandó que la preguntasen si queria venderla, á lo que ella respondió, que nunca queria dejar la herencia paterna. Hakkam sin duda no supo nada de la oposicion de aquella mujer, y el Intendente de los jardines tomó por fuerza el terreno y en él se edificó el pabellon. La pobre mujer desconsolada se fué á Córdoba, á contar su desgracia al Cadí Bechir, y consultarle lo que debia hacer. El Cadí pensó que el Príncipe de los creyentes no tenia mas derecho que otro cualquiera para apropiarse los bienes agenos, y así se dió á buscar los medios de recordarle una verdad que los mejores Príncipes pueden olvidar alguna vez.

Un dia que Hakkam, rodeado de su Corte estaba en aquel hermoso pabellon, edificado en la tierra de la afligida mujer, vieron venir al Cadí Bechir, montado en su asno con un costal



vacío en las manos. El Califa admirado le preguntó ¿qué quieres? «Príncipe de los creyentes, le respondió Bechir, vengo á pedirte que me des licencia para llenar este saco con la tierra que ahora huellan tus piés.» Hakkam consintió en ello con alegría, y el Cadí llenó el costal: mas luego que lo tuvo lleno se acercó al Califa, y le suplicó que tuviese la bondad de ayudarle á cargar aquel saco en su asno. Hakkam se rie de tal proposicion, pero la admite y viene á levantar el henchido saco. No pudiendo con él, lo deja riendo y ponderando su enorme peso. «Príncipe de los creyentes, dice entonces Bechir con suma gravedad; este costal que te parece tan pesado, no contiene mas que una particilla mínima pequeña del terreno que has usurpado á una mujer vasalla tuya. ¿Cómo podrás sostener el peso de este campo, cuando te presentes al Juez Supremo cargado con tal iniquidad?» Hakkam maravillado y sorprendido abrazó al Cadí, le dió gracias por su aviso, reconoció su falta, y al instante entregó á la pobre mujer la tierra de que la había despojado, haciéndola ademas merced del pabellon y de

todas las riquezas que en él habia. Un déspota capaz de semejante accion no es comparable sino con el Cadí, que á ella le obligó.

Hakkam murió á los quince años de su reinado y le sucedió su hijo Hazan (J. C. 976. Eg. 366).

Este príncipe era niño cuando subió al trono, y su niñez duró toda su vida. En su menor edad y aun despues de ella, un Moro célebre, llamado Mahomad Almanzor que tenia el importante empleo de *Hadjet*, gobernó el estado con gloria. Este mismo Almanzor, que á los conocimientos del gobierno reunia las cualidades de gran capitán, el mas temible y fatal enemigo que hasta entonces habian tenido los cristianos, reinó veinte y seis años, bajo el nombre del indolente Hazan; llevó la guerra cincuenta y dos veces á la Castilla y Asturias: tomó y saqueó las ciudades de Barcelona y Leon; llegó hasta Compostela, destruyó su famosa Iglesia, cuyos despojos trajo á Córdoba, restituyó por algun tiempo á los Árabes su primitiva fuerza y antigua energía, é hizo respetar de toda la España al pusilánime Califa, su

amo, quien en todo tiempo dormia rodeado de mujeres y diversiones (8) (J. C. 997. Eg. 388).

Pero este resplandor fué el último con que brilló el Imperio de los Omniadas. Los Reyes de Leon y Navarra, y el Conde de Castilla se reunieron para resistir al terrible Almanzor. No lejos de Medinaceli se dió la batalla, que fué larga, sangrienta é indecisa, y los moros atemorizados huyeron desordenados despues de la pelea. Almanzor á quien cincuenta años de victorias le habian persuadido que era invencible, murió del pesar que le causó este primer contratiempo, y con este excelente varon acabó la fortuna de los Árabes, siendo aquel dia el principio del engrandecimiento de los españoles (J. C. 998. Eg. 389).

Los hijos de Almanzor ocuparon sucesivamente el lugar de su ilustre padre, heredando su poder y no sus talentos. Resucitaron los partidos y un pariente del Califa tomó las armas, se apoderó de la persona de Hazan, y no atreviéndose á darle muerte, le encerró en una mazmorra, y divulgó la noticia de su fallecimiento (J. C. 1005. Eg. 398). Llegadas estas

nuevas al África, acudió un príncipe Ommiada con tropas á pretesto de vengar á Hazan. A él se unió el Conde de Castilla: en Córdoba se encendió la guerra civil, ardió en ella toda la España, y los príncipes cristianos recobraron entonces las ciudades que Almanzor les habia tomado. El fátuo Hazan, pretesto de todos los partidos, volvió á sentarse en el trono, y poco despues tuvo que abdicar para salvar su vida. Muchos conjurados en tropel (a) fueron proclamados Califas alternativamente y del mismo modo depuestos, envenenados ó degollados. Al-mundir, último descendiente del linaje de los Ommiadas, se atrevió á revindicar sus derechos en medio de las turbulencias de los combates; sus amigos le hicieron presente los peligros á que se esponia, y él les replicó atrevido: *reine yo siquiera un dia y espire al siguiente, que no me quejaré de mi suerte*. No tuvieron cumplimiento sus deseos, pues fué asesinado sin ser Califa. Sucedióronle otros va-

(a) Mahadi, Zulema, Ali, Abderrahman IV, Cazind, Jahiah, Hazan III, Mahomad, Abderrahman V, Higa II, Hazan IV, Almar-ben-Mohamed.

rios usurpadores, reinando cada cual un breve rato, y el último fué Almar-ben-Mohamed, en quien acabó el Imperio de los Califas de Occidente, ocupado en tres siglos por la dinastía de los Omniadas (J. C. 1027. Eg. 419). Con ellos desapareció la fuerza y la gloria de Córdoba. Los Gobernadores de las ciudades dependientes de ella se valieron de aquel tiempo de anarquía para hacerse Soberanos, y ya no era Córdoba la capital de un reino, pues solo conservaba la supremacía religiosa que debía á su mezquita. Divididos en bandos, debilitados y sujetos á una multitud de monarcas, no pudieron los Moros resistir á los Españoles, y su historia no presenta en adelante mas que la decadencia de aquellos pueblos.



ÉPOCA III.

DE LOS PRINCIPALES REINOS FUNDADOS SOBRE LAS RUINAS DEL CALIFATO, DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XI HASTA LA MITAD DEL XIII.

Desde principios del siglo XI, teñido cada día el trono de Córdoba con sangre de nuevos usurpadores, se habían abrogado el título de Reyes los Gobernadores de las principales ciudades. Toledo, Zaragoza, Sevilla, Valencia, Lisboa, Huesca y otras varias plazas de menor cuantía, tuvieron cada una su soberano particular. La historia fatigosa y horrible de tantos Monarcas, no ofrece en doscientos años mas que continuos asesinatos, fortalezas perdidas y recobradas, saqueos, sediciones, pocas hazañas y muchos delitos. Pasemos rápidamente estos dos siglos de desdichas, contentándonos con dar una mirada á estas cortas Monarquias al tiempo de espirar.

En aquel tiempo la España cristiana no pre-

sentaba mas agradable aspecto. Los Reyes de Leon, de Navarra, de Castilla y de Aragon, aunque casi todos parientes y á veces hermanos, no dejaban por eso de ir unos contra otros, sin que la diferencia de religion les estorbase unirse á los Moros para oprimir á otros Reyes cristianos, ó á otros Moros sus enemigos. Así es que en una batalla de Musulmanes se cuentan entre los muertos un Conde de Urgel y tres Obispos de Cataluña (1). El Rey de Leon D. Alonso V dió en casamiento su hermana Teresa al Rey de Toledo Abdalla, para tenerle por aliado contra la Castilla. Los hijos de D. Sancho el Grande disputaban con las armas la herencia que su padre les habia señalado: los hijos del famoso D. Fernando (a) eran despojados por su hermano D. Sancho; y otro D. Sancho Rey de Navarra (b), murió á manos de su propio hermano. De esta manera crecian los delitos tanto entre los Moros como entre los Cristianos; de este modo afligian á la España las guerras civiles, las extranjeras y las domésticas; los pue-

(a) D. Fernando I de Castilla.

(b) D. Sancho IV de Navarra.

blos pagaban siempre con sus bienes y su sangre los atentados de sus soberanos (J. C. 1010 y siguientes hasta 1076).

En esta larga série de acaecimientos deplorables, descansa el corazon viendo un Rey de Toledo, llamado Almenon, y un Rey de Sevilla nombrado Benabad, dar asilo en su Corte, el uno al tierno D. Alonso, Rey de Leon; el otro al desgraciado D. García, Rey de Galicia, ambos echados de sus dominios por la violencia de su hermano D. Sancho de Castilla. D. Sancho perseguia á sus hermanos como á sus mas crueles enemigos; y los Monarcas moros, enemigos naturales de todos los Cristianos, recibieron aquellos dos príncipes como hermanos. Almenon, especialmente, no hallando bastantes medios para aliviar al desgraciado D. Alonso, dispuso que en Toledo disfrutase de todos los placeres que pudieran consolarle de la pérdida de su trono, señalándole además rentas y tratándole como á un hijo querido. Pronto la muerte de D. Sancho dejó á D. Alonso heredero de Leon y de Castilla; y el generoso Almenon, que tenia en sus manos al Rey de sus

enemigos, fué acompañándole hasta las fronteras, le colmó de regalos y caricias, y le ofreció sus tropas y su erario. Mientras vivió Almenon no olvidó D. Alonso VI estos beneficios; mantúvose siempre en paz con él, le socorrió contra el Rey de Sevilla, y de esta misma manera procedió con Hazam, hijo y sucesor del bondadoso Almenon.

El reinado de Hazam fué brevísimo, y el trono de Toledo pasó á su hermano Jahiah, jóven todavía. Este Príncipe disgustó á los muchos Cristianos que habia en la ciudad, quienes secretamente pidieron á D. Alonso que viniese contra Jahiah. La memoria de Almenon tuvo indeciso largo tiempo á D. Alonso; pero al fin vencido el reconocimiento, vino á campar delante de Toledo, y después de un largo y célebre sitio á que concurrieron muchos guerreros navarros y franceses, capituló Toledo. El vencedor permitió al hijo de Almenon que fuese á reinar á Valencia; prometió conservar á los Moros sus mezquitas, y no pudo impedir al celo de los Cristianos que violasen luego estas promesas (J. C. 1083. Eg. 478).

Así acabó el reino y reinado de los Reyes Moros de Toledo, dueños de esta antigua capital de los Godos por espacio de trescientos setenta y dos años. No tardaron en rendirse otras ciudades menos poderosas. Los Reyes de Aragon, de Navarra, y los condes de Barcelona, acosaban y sitiaban continuamente á los Príncipes musulmanes que aun quedaban en el Norte de España, mientras los reyes de Castilla y de Leon daban cuidado á los del Mediodia, y les impedían socorrer á sus hermanos. El Cid, mas que todos, el famoso Cid, seguido de tropas invencibles, llamadas únicamente por la fama de tan gran Capitan, discurría, volaba por la España, dando triunfos á los Cristianos, peleando á veces por los Moros, cuando disputaban entre sí, y quedando siempre la victoria en el partido que él se dignaba de elegir. Este héroe grande, el mas grande acaso de cuantos ha celebrado la historia; pues su alma elevada se mantuvo siempre sin mancilla, y á los dotes guerreros reunió las virtudes morales, este castellano siendo un caballero particular, juntó ejércitos con su fama, se vió dueño de muchas ciudades, ayudó

al Rey de Aragon en la toma de Huesca, y conquistó solo con sus gentes de armas el Reino de Valencia. Igual en poder á su soberano, de quien muchas veces tuvo motivos de queja, envidiado, perseguido por cortesanos celosos, no se olvidó nunca de que era vasallo del Rey de Castilla. Echado, desterrado de su Corte, y aun de sus Estados, iba con sus valerosas tropas á acometer y vencer á los Moros, y enviaba los vencidos á rendir homenaje al Rey que le habia desterrado. Llamado luego al lado de D. Alonso, por la necesidad que habia de su brazo invencible, dejaba el Cid sus conquistas, y sin pedir desagravio volvia á la defensa de sus perseguidores; siempre dispuesto en la desgracia á olvidar las ofensas por su Rey; siempre pronto en el favor para sacrificarlo á la verdad (2) (J. C. 1094. Eg. 487).

Mientras pudo el Cid pelear llevaron siempre la ventaja los Cristianos; mas pocos años antes de su muerte, acaecida en el de 1099, los Moros de Andalucia mudaron de Soberano, y se hicieron por algunos instantes mas terribles que nunca lo fueron.

Perdido Toledo se habia restaurado Sevilla, y sus Soberanos, poseedores de la antigua Córdoba, lo eran tambien de la Estremadura y una parte de Portugal. Benabad, Rey de Sevilla, y uno de los mejores Príncipes de aquel siglo, era entonces el único que pudiera dar recelo á los Castellanos. D. Alonso VI quiso aliarse con este Moro poderoso; le pidió á su hija en casamiento, se la dió y la dotó en muchas plazas fuertes. Este himeneo extraordinario, que parecia propio para asegurar la paz entre las dos naciones, fué la causa ó el pretesto de nuevos combates.

El África, despues de desmembrada del vasto Imperio de los Califas de Oriente por los Califas fatimitas, poseida sucesivamente, en tres siglos de guerras civiles, por unos vencedores mas feroces y sanguinarios que los leones de sus desiertos (3), acababa de someterse á la familia de los Almoravides, tribu poderosa, descendiente de Egipto. Juzef-ben-Tessefin, segundo Príncipe de esta dinastía, acababa de fundar el Imperio y ciudad de Marruecos. Dotado de algunas cualidades de guerrero, orgulloso con su poder,

y ardiendo por aumentarlo, veia Juzef con envidia los hermosos climas de España; conquistados en otro tiempo por los Africanos.

Algunos historiadores pretenden que el Rey de Castilla D. Alonso VI y su suegro Benabad, Rey de Sevilla, con el proyecto de repartirse la España, cayeron en el error de llamar á los Moros de África en su ayuda. Otros autores dicen que los reyezuelos musulmanes, vecinos ó tributarios de Benabad, inquietos y sobresaltados por la alianza de este con un Cristiano, buscaron el amparo del Almoravide. Sea de esto lo que fuese, el ambicioso Juzef, valiéndose de esta ocasion, pasó la mar con un ejército, acometió á Alfonso y le venció en una batalla. Desde allí volvió las armas contra Benabad, tomó á Córdoba, puso cerco á Sevilla, y ya estaba dispuesto para dar el asalto, cuando el virtuoso Benabad, sacrificando su corona y aun su libertad por librar á sus vasallos de los horrores del saqueo, salió á entregarse á la discrecion del Almoravide, con toda su familia que se componia de cien hijos. Aquel bárbaro atroz le mandó cargar de cadenas, y hacien-

dole sombra hasta las virtudes que le conciliaban el amor de su pueblo, le envió á que acabase sus dias en una mazmorra de África, donde sus hijas, con la labor de sus manos, tenian que alimentar á su padre y á sus hermanos. Seis años vivió en aquel encierro el desgraciado Benabad, sin lamentarse de la pérdida del trono, sino por el bien de su pueblo; resignándose á vivir por el amor de sus hijos, y empleando sus dias de ocio en componer varias poesías que se han conservado, en las cuales consuela á sus hijas, recuerda su pasada grandeza, y se ofrece por ejemplo á los Reyes que no desconfian de su felicidad (a) J. C. 1097. Eg. 490).

Dueño ya de Sevilla y de Córdoba, no tardó Juzef en apoderarse de los demas estados musulmanes, y reunidos los moros á un solo y tan poderoso monarca, daban temor de que volvieran á ser lo que fueron en tiempo de los Califas. No se les ocultó á los príncipes españoles, y dando tréguas á sus quejas particula-

(a) Cardona, Historia de África.

res se unieron á D. Alonso para hacer resistencia á los africanos. Era el tiempo en que el celo de la r ligion y de la gloria obligaba á los guerreros de Europa á dejarlo todo para ir á pelear contra infieles. Raimundo de Borgoña y su pariente Enrique, ambos príncipes de la sangre de Francia; Raimundo de San Gil, Conde de Tolosa, y otros caballeros vasallos suyos, pasaron los Pirineos y se alistaron en las banderas del Rey de Castilla. Juzef se vi  precisado á huir y pasar el mar. El agradecido D. Alfonso di  sus hijas por recompensa á los franceses que le habian ayudado. La mayor, Doña Urraca, cas  con Raimundo de Borgoña, de quien tuvo un hijo que despúes hered  la Castilla. Doña Teresa cas  con Enrique, llevando en dote las tierras que habia conquistado y pudiera conquistar en Portugal, y esto fué el origen de aquel Reino. Elvira cupo á Raimundo, Conde Tolosa, quien la llevó consigo á la Tierra santa, y alli fundó estados su valor.

Movidos de estos ejemplos vinieron otros franceses en ayuda del Rey de Aragon, D. Alonso el Batallador, al cerco de Zaragoza, deseo-

sos de acabar para siempre con aquel antiguo Reino de los Moros. El hijo de Enrique de Borgoña, Don Alonso I de Portugal, se aprovechó de una escuadra de ingleses, flamencos y germanos, que iban á la Tierra santa, para poner cerco á Lisboa, y habiendo tomado esta plaza por asalto, hizo de ella la capital de su Reino. Al mismo tiempo los Reyes de Castilla y de Navarra estendian sus conquistas en Andalucía: por todas partes eran derrotados los moros y se rendian sus ciudades, sin que los Almoravides hiciesen grandes esfuerzos por socorrerlos. Estos príncipes se hallaban entonces ocupados en perseguir nuevos sectarios, cuyo caudillo, llamado Tomrut, pretestando guiar á los pueblos á la doctrina pura de Mahoma, se abria el camino del trono, y despues de varios combates logró arrojar de él á los Almoravides. Los vencedores, dueños de Marruecos y de Fez, siguiendo la costumbre del África, esterminaron el linaje entero de los vencidos, y fundaron una nueva dinastía, conocida con el nombre de los Almohades (J. C. 1149. Eg. 544).

En medio de tales desavenencias, guerras y

combates, se estudiaban todavía en Córdoba las bellas artes. No eran á la verdad lo que fueron en tiempo de Abderrahman; pero aun se mantenian las escuelas de Filosofia, Poesía y Medicina, que en el siglo XII produjeron varios hombres célebres, distinguiéndose entre ellos Avenzoar y el famoso Averroes. El primero de estos, igualmente hábil en la Medicina que en la Farmacia y Cirugía, vivió, segun dicen, ciento treinta y cinco años, y de él quedan obras muy estimadas. El segundo, tambien médico, y ademas filósofo, poeta, jurisconsulto y comentador, se adquirió la gran reputacion que han confirmado los siglos. La distribucion que hizo de su vida da que reflexionar: en su juventud se dió á los placeres y se apasionó á la Poesía: en la edad madura quemó los versos que tenia compuestos, estudió la Legislacion y ejerció la judicatura: entrado en mas años dejó este ejercicio y se dedicó á la Medicina: finalmente la Filosofia dominó su inclinacion, y fué su ocupacion hasta el fin de sus dias. Averroes fué el primero que difundió entre los Moros el gusto de la literatura griega; tradujo al árabe

y comentó las obras de Aristóteles; escribió otros varios libros de Medicina, y tuvo la gloria de ilustrar y de servir á los hombres (4).

Mientras el África ardió en la larga guerra de Almoravides y Almohades, no pudo oponerse á los progresos de los Españoles, quienes aprovechándose de tales turbulencias, extendieron sus conquistas por la Andalucía. Si los Príncipes cristianos hubieran ido de comun acuerdo, hubieran logrado en aquel tiempo echar los Musulmanes de España; pero siempre querellosos, apenas habian ganado alguna ciudad, ya la disputaban entre sí. El nuevo Reino de Portugal, conquistado por el valor de D. Alonso, se vió en guerra con el de Leon. Aragon y Castilla, despues de disputas sangrientas, se ligaron contra Navarra, y D. Sancho VIII, Rey de este corto pais, se vió en la precision de ir al África á implorar el auxilio de los Almohades, quienes recién establecidos en el trono de Marruecos, tenian todavia que disipar los restos del partido de los Almoravides, y á pesar de sus deseos no podian hacer valer sus derechos á la España. Sin embargo, dos Reyes Almohades,

ambos llamados Jacob, pasaron varias veces la mar con ejércitos poderosos: uno de ellos derrotado por los Portugueses, acabó la vida con su infortunio; el otro vencedor de los Castellanos, aceptó al punto una tregua y volvió precipitadamente á Marruecos, donde le llamaban nuevos alborotos. Tales victorias inútiles, tales esfuerzos interrumpidos, no abatían ni á los Musulmanes ni á los Cristianos: los vencidos volvían á poco al campo de batalla, se olvidaban los tratados, y los Monarcas de Marruecos, aunque reputados Soberanos de Andalucía, no tenían realmente en ella mas que una autoridad precaria, que se ponía en duda cuando estaban lejos, y se reconocía cuando la necesidad obligaba á los Moros andaluces á pedir proteccion (J. C. 1178 á 1195).

En fin, Mahomad el *Nazir*, el cuarto Príncipe de la dinastía de los Almohades, á quien los Españoles llamaban el *Verde*, del color de su turbante, viéndose en pacífica posesion del Imperio de los Moros en África, resolvió juntar todas sus fuerzas, venir sobre España, y renovar la antigua conquista de Tarif y de Muza.

Proclamada pues la guerra santa, un tropel numeroso de guerreros, alistados en las banderas de Mahomad, salieron con él de las playas del África y desembarcaron en Andalucía, donde se aumentó casi al doble este ejército con los muchos Moros españoles, á quienes el odio del nombre cristiano y la memoria de sus afrentas hicieron allegarse á sus hermanos. Mahomad, lleno de confianza, les aseguró la victoria, les prometió hacerles dueños de todos los países que en otro tiempo poseian, y ardiendo por venir á las manos, se adelantó hácia Castilla, al frente de aquel formidable ejército, que dicen pasaba de seiscientos mil soldados (J. C. 1211. Eg. 608).

El Rey de Castilla, D. Alonso el Noble, sabedor de los preparativos del Rey de Marruecos, habia implorado el socorro de los Príncipes cristianos de Europa. El Papa Inocencio III, publicó la cruzada y concedió muchas indulgencias, y D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, que habia ido en persona á Roma á pedir esta gracia al Sumo Pontífice, á la vuelta por Francia predicó á los pueblos por donde pasaba, y

muchos caballeros vinieron á pelear contra los Musulmanes. Toledo era el punto señalado para la reunion; y á poco se vieron llegar mas de sesenta mil Cruzados de Italia, y en particular de Francia, que se unieron á los Castellanos. El Rey de Aragon D. Pedro II, el mismo que despues pereció en la guerra de los Albigenses, vino acaudillando aquel poderoso ejército. Don Sancho VIII, Rey de Navarra no tardó en presentarse con sus animosos navarros: los Portugueses que acababan de perder su Príncipe, enviaron sus mejores guerreros; toda la España, en fin, tomó las armas, como que se trataba de la decision de su suerte, y jamás desde el Rey D. Rodrigo se habian visto los Cristianos en riesgo tan inminente (J. C. 1212. Eg. 609).

Los tres Príncipes españoles avistaron los Moros al pié de Sierra-Morena, en el parage llamado las Navas de Tolosa. Mahomad se habia apoderado de las gargantas por donde tenían que pasar los Cristianos, con intento de obligarlos á volver atrás, lo que les esponia á faltarles las vituallas, ó á derrotarlos en aquel paso si se atrevian á presentarse. En tal con-

flicto tuvieron consejo los Reyes; D. Alonso queria embestir á los Moros; D. Pedro y Don Sancho fueron de dictámen de retirarse. En esto vino un pastor á indicarles un desfiladero que él conocia y esta noticia salvó al ejército. El pastor guió á los Reyes, y por sendas ásperas, entre rocas, fraguras y torrentes, llegaron por fin los Españoles á la cima de los montes. Allí se presentaron de improviso á los Moros, quienes quedaron maravillados, y por dos dias se prepararon para la batalla, orando, confesando y comulgando. Los Reyes dieron el ejemplo de este fervor, y los Prelados y muchos eclesiásticos que allí se hallaban, despues de haber dado la absolucion á aquellos piadosos guerreros, se dispusieron á seguirlos en la pelea.

El tercer dia, el 16 de Julio de 1212, se formó en batalla el ejército dividiéndose en tres cuerpos mandados cada uno por su Rey. D. Alonso y sus Castellanos estaban en el centro con los caballeros de Santiago y Calatrava, órdenes instituidas recientemente, D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, testigo de vista é historiador de aquella memorable jornada, estaba al lado

del Rey, precedido de la cruz, principal estandarte del ejército. D. Sancho y sus navarros formaron la derecha, y D. Pedro con sus aragoneses la izquierda. Los Cruzados franceses, reducidos á corto número por la desercion de sus compañeros, que no podían sufrir el calor ardiente del clima, marchaban al frente de las tropas, acaudillados por Arnaldo, Arzobispo de Narbona, y por Thibaldo Blazon, señor poitevino. En este órden bajaron los Cristianos al valle que los separaba de sus enemigos.

Los Moros, sin órden ninguno, segun su costumbre, esparecieron por todos lados sus innumerables soldados. Cien mil escelentes caballos eran su principal fuerza; lo demás se reducía á un tropel de infantes mal armados y poco aguerridos. Mahomad estaba en lo alto de una colina, desde donde dominaba todo su ejército, rodeado de una empalizada con cadenas de hierro, guardándole la flor de su infantería. Puesto en medio de aquel recinto, en una mano el alcoran y en la otra el alfange, era visto de todas sus tropas, defendiendo la colina por cuatro partes sus mas valerosos escuadrones;

Los Castellanos dirigieron contra esta altura su primer ímpetu é hicieron retirar á los Moros; pero rechazados luego, se retiraban con desórden y volvian ya la espalda. D. Alonso corriendo á todos lados para reunirlos, decia al Arzobispo de Toledo, que precedido de la Cruz le acompañaba siempre: *Arzobispo, aquí hemos de morir. No, Señor*, respondió el Prelado, *aquí hemos de vivir y vencer*. En este instante el valeroso canónigo que llevaba la cruz se arroja con ella en medio de los Musulmanes. Siguenle el Arzobispo y el Rey, y los castellanos se precipitan por salvar á su príncipe y su estandarte. A este tiempo los Reyes de Aragon y de Navarra, vencedores ya en las alas, venian á reunirse contra la colina, y el aragonés, el navarro y el castellano, queriendo cada uno sobresalir, embisten á los Moros que todavía resistian, cuando he que el valiente Rey de Navarra, abriéndose paso, llega al recinto, rompe las cadenas de hieerro que cercaban al Rey moro, y Mahomad huye (5). Sus soldados que no le veian desmayan, huyen todos delante de los Cristianos, caen á millares los Musulmanes á

los golpes de los Españoles, y el Arzobispo de Toledo con los demás prelados, alrededor de los Reyes victoriosos, cantó el *Te Deum* en el campo de batalla (a).

De esta manera se ganó la famosa batalla de las *Navas* de Tolosa, en que me he detenido, así por su importancia, como por formar juicio de la táctica de los Moros, quienes en realidad no entendían mas que de mezclarse con el enemigo y pelear cuerpo á cuerpo, hasta que los mas fuertes ó mas valientes quedaban dueños del campo de batalla. Los Españoles no sabían mucho mas; pero á lo menos su infantería podía acometer y resistir en orden, mientras que la de los Musulmanes no era casi de ningun provecho. Su caballería, por el contrario, compuesta de gente escogida de las principales familias, montada en arrogantes caballos y ejercitada á manejarlos desde sus primeros años, se lanzaba con la velocidad del relámpago, los

(a) *Roderici Toletani*, de rebus Hispan. lib. 8, cap. 9, et. 10. *Mariana*, Hist. de España, lib. 11, cap. 24. *Garibay*, Lib. 42 cap. 53. *Cardona*, Hist. de África, lib. 4. *Ferreras*, Hist. de España, part. 4, pág. 33, etc.

ginetes descargaban el golpe del alfange ó la lanza, huían con igual presteza, y revolviéndose al punto llevaban las mas veces la victoria. Los Cristianos, vestidos de hierro, aventajaban á esta caballería, que no traía otra defensa en el pecho que un peto y una chapa de acero en la cabeza. La infantería iba casi desnuda y sus armas eran una mala pica. Fácil es ver que en la refriega debían perecer muchos, y esto hace menos inverosímiles las relaciones de los historiadores, quienes aseguran, por ejemplo, que en la batalla de las *Navas de Tolosa*, los Cristianos mataron doscientos mil Moros y solo perdieron ciento y quince hombres. Aun cuando se crea exagerada esta relacion, siempre es cierto que los Musulmanes tuvieron pérdida considerable, y que aquella importante jornada, que todos los años se celebra todavía en Toledo con solemne fiesta, quitó á los Reyes de Marruecos por largo tiempo la esperanza de sojuzgar á los Españoles.

La victoria de las *Navas de Tolosa* produjo consecuencias mas funestas para el desgraciado Mahomad, que para los Moros de Andalucía.

Retirados estos en sus ciudades defendidas por los restos del ejército africano, resistieron á los Reyes españoles, quienes tomaron pocas plazas y á poco se separaron. Mahomad, despreciado de sus vasallos desde su derrota, abandonado de sus mas cercanos parientes, se halló sin ningun poder en España, y vió á los principales Moros formar de nuevo cortos estados y declararlos independientes. El desdichado Rey de Marruecos, precisado á volver al África, murió allí muy pronto de pesar, y con él acabó la fortuna de los Almohades. Los príncipes de esta casa que sucedieron rápidamente á Mahomad, vivieron cercados de turbulencias y fueron al fin precipitados del trono. El Imperio de Marruecos se dividió, formándose tres nuevas dinastías en Fez, Tunez y Tremecen, y estas tres potencias rivales, multiplicaron los combates, los crímenes y atrocidades, que es lo único que forma la historia de África (J. C. 1213. Eg. 610).

En este tiempo algunas disensiones suscitadas en Castilla, y la parte que tomó el Rey de Aragon en la guerra de los Albigenses en Fran-

cia, dejaron respirar á los Moros, todavía dueños de los reinos de Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, y parte de los Algarbes, y de las Islas Baleares, entonces poco conocidas de los Cristianos del Continente. Hallábanse tales estados divididos entre muchos Soberanos: el principal de ellos era Benhud, príncipe hábil y gran capitan, descendiente de los antiguos Monarcas de Zaragoza, y cuyos talentos y valor habian sometido á su obediencia casi todo el mediodia oriental de la España. Los mas poderosos despues de él eran el Rey de Sevilla y de Valencia. El bárbaro que reinaba en Mallorca no era mas que un Capitan de piratas, que solo incomodaba á los Catalanes.

Tal era el estado de la España morisca, quando dos héroes en la flor de la juventud subieron casi á un mismo tiempo á los dos primeros tronos de los Cristianos, y despues de haber apaciguado los alborotos que se suscitaron durante su menor edad, dirigieron sus fuerzas contra los Musulmanes, declarándose émulos de la gloria, sin ser nunca rivales en los intereses, y consagrando su vida á combatir y perseguir

á aquellos eternos enemigos. El uno de estos príncipes era D. Jaime I, Rey de Aragon, hijo de D. Pedro, que fué muerto en Murello, y que al valor, á la gloria y á la actividad de su padre, reunia mayores talentos y mejor fortuna. El otro era D. Fernando III, Rey de Castilla y de Leon, monarca prudente, valeroso y hábil, á quien la Iglesia ha colocado entre sus santos y la historia entre los varones esclarecidos (J. C. 1224. Eg. 621).

D. Fernando fué el que primero entró con su gente en Andalucía. Este Rey, sobrino de Blanca de Castilla, Reina de Francia, primo hermano de San Luis (6), tan parecido al héroe francés en su piedad, su valor, y las buenas leyes que dió á sus pueblos, recibió el homenaje de varios Príncipes Musulmanes que vinieron á tributarle vasallage; y se apoderó de muchas plazas, entre ellas la de Alhambra, cuyos habitantes amedrentados se retiraron á Granada, domiciliándose en un barrio de aquella ciudad, el cual tomó el nombre célebre del pais de su antigua patria.

Al mismo tiempo D. Jaime de Aragon se em-

barcaba con un ejército para ir á la conquista de las Islas Baleares. Los vientos contrarios no pudieron impedirle que abordara á Mallorca: derrota á los Moros en la playa, marcha hácia la capital, la pone cerco, y subiendo el primero al asalto, este Rey soldado, que en los peligros iba siempre delante de sus mas valientes Capitanes y de sus mas temerarios soldados, toma aquella fortaleza, echa de ella al Rey Musulman y somete para siempre á la corona de Aragon aquella nueva corona (J. C. 1229. Eg. 627).

D. Jaime meditaba largo tiempo hacia otra conquista mas importante. Despues de la muerte del Cid habia caido Valencia en manos de los Moros. Este hermosísimo y fértil reino, en que la naturaleza parece complacerse en cubrir con frutos y flores la tierra que los hombres han regado con sangre, pertenecia entonces á Zeid, hermano de Mahomad el Almohade, vencido por los Cristianos en las *Navas* de Tolosa. Una poderosa faccion, enemiga de Zeid, quiso poner sobre el trono á un príncipe llamado Zeán. Los dos competidores se declararon la guerra y D. Jaime tomó el partido del mas débil. Con

el pretesto de ir en socorro de Zeid, el Rey de Aragon entró en el reino de Valencia, batió varias veces á Zean, le tomó sus plazas fuertes, y aprovechándose de sus ventajas con la intrepidez que hacia á D. Jaime tan terrible, estrechó por todas partes la capital de sus enemigos (J. C. 1234. Eg. 632).

Acosado Zean de los Aragoneses, imploró el socorro de Benhud, el mas poderoso de los Reyes de Andalucía; pero Benhud tenía que atender á las fuerzas de D. Fernando, porque los Castellanos mandados por este valeroso príncipe habian hecho nuevos progresos, apoderándose de muchas ciudades, y acababan por fin de poner cerco á la antigua Córdoba. Benhud, á veces batido, pero siempre temido y adorado de un pueblo que le miraba como su último apoyo, habia juntado nuevo ejército y con el deseo de socorrer tanto á Córdoba como á Valencia, iba á marchar contra el Aragonés por parecerle el mas fácil de vencer, cuando uno de sus generales le dió muerte á traicion, y libró á los Reyes españoles del único hombre capaz de detenerlos.

La muerte de Benhud acabó con el valor y la esperanza de los Cordobeses; que hasta entonces se habian defendido con tanta constancia como valor, y pidieron capitular. Los Cristianos, usando con dureza de la victoria, no dejaron á los infieles Musulmanes mas que la vida con la libertad de huir. Innumerables familias despojadas de sus bienes salieron de aquella soberbia ciudad, que por quinientos veinte y dos años habia sido el centro de su grandeza, de su magnificencia, de su religion y de sus bellas artes. Aquellos desventurados, poseidos de tristeza y despecho, huían volviendo los abatidos ojos hácia aquellos edificios, aquellos templos, aquellos magníficos jardines, hermo-seados durante cinco siglos á fuerza de gastos y de trabajo. Los soldados que allí quedaban tenian mas placer en destruirlos que en habitarlos; y D. Fernando poseedor de una ciudad desierta se vió obligado, por atraer gente, á ofrecer privilegios á los Españoles, que llevaban á mal abandonar los áridos peñascos de Leon para venir á establecerse en el pais mas hermoso de la naturaleza, y en los palacios de

los Califas. La famosa mezquita de Abderrahman quedó por Catedral, pero Córdoba no recobró la mas ligera sombra de su antiguo esplendor (J. C. 1236. Eg. 634).

Poco despues se rindió Valencia. Zean sitiado en ella por el intrépido D. Jaime, tenia que pelear dentro de los muros con la faccion de Zeid, á quien habia destronado. El Rey de Tunez intentó enviar una flota para socorrer á Valencia, pero esta fuerza naval huyó á la vista de los navíos de D. Jaime. Abandonado de toda la tierra, desanimado con la suerte de Córdoba, vendido por el partido de su competidor, propuso Zean al Aragonés que le recibiera por vasallo suyo, pagándole algun tributo. El Rey se mostró inflexible y fué preciso entregarle Valencia. Cincuenta mil Musulmanes salieron con su Rey, llevando consigo sus riquezas, y Don Jaime, fiel á su palabra, los protegió y defendió de la codicia de sus soldados, que sentian no apoderarse de aquel rico botin (J. C. 1238. Eg. 636).

Despues de la destruccion de los dos poderosos reinos, Córdoba y Valencia, parecia que

nada pudiera ya detener á los Españoles. Sevilla, que era la única que quedaba, se hallaba amenazada por el victorioso D. Fernando; pero en aquel mismo tiempo se levantó de improviso otro nuevo imperio que retardó la ruina de los Moros, y se adquirió por doscientos años celebridad.



ÉPOCA IV.

DE LOS REYES DE GRANADA, DESDE LA MITAD
DEL SIGLO XIII, HASTA LA ESPULSION TOTAL DE
LOS MOROS EN EL SIGLO XVII.

Las victorias de los Españoles y en especial la toma de Córdoba, traian consternados á los Moros. Aquel pueblo ardiente y supersticioso, tan fácil en desmayar como en acalorarse con varias esperanzas, miraba su imperio como acabado, desde que la cruz triunfante coronaba la famosa mezquita. Sevilla, Granada, Murcia, el Reino de los Algarves, estaban todavía en poder de los Moros, quienes poseian todos los puertos y playas del mediodia de la España: su prodigiosa poblacion, sus riquezas y su industria, les aseguraban inmensos recursos; pero Córdoba, la ciudad santa, rival de la Meca en el occidente, habia caido en manos de los Cristianos, y los Moros se creian ya sin estados.

Un solo hombre les volvió la esperanza; Ma-

homad-Abusaid, de la tribu de Alhamar, natural de Cuffa, ciudad célebre de las orillas del mar Bermejo. Varios historiadores que le dan el nombre de Mahomad-Alhamar, aseguran que sus principios fueron el ejercicio pastoril, y que habiendo despues servido en la guerra, llegó hasta ocupar el trono por sus hazañas: hecho que no seria nada extraordinario entre los Árabes, donde todos los que no descendian de la familia del Profeta ó de prosapia real, no gozaban privilegio alguno de nacimiento ni eran estimados sino por lo que valian.

Como quiera que sea, Mahomad-Alhamar, nacido con ánimo grande, vivificó el de los moros vencidos, juntó algunas tropas en la ciudad de Arjona, y conociendo el carácter de la nacion á quien intentaba mandar, se valió de un *Santon*, especie de Sacerdotes muy venerados de los Moros, el cual fué á profetizarle públicamente que no tardaria en ser Rey. Al punto le proclamó el pueblo, y este ejemplo siguieron varias ciudades. Mahomad sucedió á Benhud, cuyos talentos poseía, y conociendo la importancia de dar á los Árabes una ciudad

que ocupase el lugar de Córdoba, que fuese el centro de sus fuerzas y el último asilo de su Religión, fundó un nuevo Reino y eligió á Granada por su capital (J. C. 1236. Eg. 634).

Esta ciudad en todos tiempos poderosa, y que se cree que fué la antigua *Illiberis* de los Romanos, está situada entre dos colinas poco distantes de la *Sierra-Nevada*, la cual se ve siempre cubierta de nieve. El río Darro la atraviesa y el Jenil baña sus muros. En las cimas de estas colinas se levantan dos fortalezas, el *Albayzin* y la *Alhambra*, suficientemente capaces para recibir cada una cuarenta mil hombres. Los fugitivos de la ciudad de Alhambra, segun queda dicho, dieron el nombre de su patria al nuevo barrio que vinieron á poblar. Los Moros echados de Baeza cuando Fernando III se apoderó de ella, habian tambien venido á establecerse en el barrio del Albayzin, é igualmente habia recogido Granada muchos fugitivos de Valencia, de Córdoba, y de otras plazas abandonadas por los Musulmanes. De esta manera, engrandeciéndose cada día, formaba entonces una ciudad de mas de tres leguas de circuito, y sus muros

inexpugnables defendidos por mil y treinta torreones, y por un pueblo valiente y numeroso, parecían asegurar su independencia (a).

Otras ventajas daban á Granada la primacía á que aspiraba. Su situacion, la mas hermosa y risueña del universo, la da el imperio sobre un terreno en que la naturaleza prodiga sus dones. Las llanuras que la rodean y forman su famosa Vega, tienen treinta leguas de circuito sobre unas ocho de ancho; términanse por el Norte en la Sierra Elvira y Sierra-Nevada, y las limita por los otros lados un anfiteatro plantado de olivos, morerales, viñas y limonares. Lo interior de estas llanuras está regado por cinco ríos (b), y por una infinidad de arroyuelos que van serpenteando por los prados siempre verdes, por las selvas de encinas, los bosques

(a) *Garibay*, Comp. hist. lib. 36, cap. 3. *Duperron*, Viage á España, tom. 4, pág. 457 y sig. *Enrique Swinburne*, Cartas sobre España, Carta 20. *Colmenar*, Delicias de España, tom. 3, pág. 31 y siguientes.

(b) El Darro, el Jenil, el Dilar, el Veito y el Monachil.

de naranjos, los campos de trigo, de lino, y los plantíos de cañas dulces.

Todos estos frutos tan varios, tan hermosos y ricos piden poco cultivo: la tierra en continua vegetacion no conoce el descanso del invierno; y en los estíos ardientes, los vientos que soplan de la parte de las montañas, refrescan el aire que se respira, y dan vida á las flores que se reproducen continuamente al lado de los frutos.

En estas llanuras célebres, que ninguna descripción puede hermosear, en aquel campo encantado en que parece que la naturaleza despliega todo su poder para dar al hombre cuanto puede desear; allí es donde se ha derramado mas sangre que en ningún país del mundo. En dos siglos de una guerra interminable de pueblo á pueblo, de ciudad á ciudad, de hombre á hombre, puede asegurarse que no hay allí un palmo de terreno en que las mieses no hayan sido quemadas, los árboles cortados, los lugares incendiados y los campos cubiertos de Moros ó Cristianos degollados.

Además de esta vega, tesoro inagotable de Granada, eran dependientes de aquel reino ca-

torce ciudades populosas, mas de cien ciudades menores (a) y un prodigioso número de lugares. Estendíase su territorio desde Gibraltar, que no cayó en poder de los Cristianos sino mucho despues, hasta la ciudad de Lorca, en distancia de mas de ochenta leguas, y su ancho desde Cambil hasta el mar, era de unas treinta leguas. Sus montes daban oro, plata, granates, amatistas y muchas variedades de mármol. Entre estos montes, los que llaman las Alpujarras formaban solos una provincia, y suministraban á los Reyes de Granada otros tesoros mas preciosos que las minas, cuales son hombres activos y laboriosos, labradores inteligentes y soldados infatigables. Finalmente, los puertos de Almería, de Málaga y Algeciras, recibían las naves de Europa y de África y eran el centro del comercio de ambos mares.

Tal fué el principio del Reino de Granada y tal subsistió por largo tiempo. Su fundador, Mahomad-Alhamar, hizo inútiles esfuerzos para reunir bajo un mismo cetro todo lo que aun quedaba á los Musulmanes en España,

(a) Las nombra Garibay lib. 59, cap. 2.

único medio de resistir á los Cristianos; pero el reducido pais de Murcia y el de los Argarves, gobernados por Príncipes particulares, y la gran ciudad de Sevilla, se negaron á reconocer á Alhamar y continuaron formando estados independientes, lo cual fué causa de su perdicion, cayendo en manos de los Españoles.

Alhamar señaló con grandes victorias los principios de su reinado; y logró algunos triunfos de las tropas de D. Fernando, pero las rebeliones de Granada, las turbulencias nacidas por todas partes en un imperio nuevo, obligaron á Mahomad á firmar la paz poco honrosa con el Rey de Castilla, á quien dió en homenaje su corona, y le entregó la fortaleza de Jaen, obligándose á ser su tributario, y suministrarle tropas auxiliares en las guerras que emprendiese. Con estas condiciones D. Fernando le reconoció Rey de Granada y aun le ayudó á sujetar los rebeldes de sus estados.

La sagacidad de D. Fernando dejaba en paz á Granada para volver sus armas contra Sevilla, cuya conquista meditaba de largo tiempo. Aquella importante ciudad no tenia entonces

Reyes, sino que formaba una especie de república, gobernada por Magistrados guerreros. Su situación, cerca de la desembocadura del Guadalquivir, su comercio, su población, la amenidad de su clima, la fertilidad de sus campos, la daban lugar entre las ciudades mas florecientes de España. D. Fernando que preveía una larga resistencia, se apoderó primero de todas las plazas circunvecinas, y luego puso sitio á Sevilla, colocando su flota en la desembocadura del rio para cerrar el paso á los socorros que pudiera enviar el África.

El sitio fué largo y mortífero; los Sevillanos eran numerosos y aguerridos: su aliado el Rey de los Algarves inquietaba con continuas correrías á los sitiadores. A pesar del estremado valor de los Españoles en los asaltos, y del hambre que empezaba á afligir á Sevilla, esta ciudad, despues de un año de sitio, se negaba todavia á rendirse, cuando D. Fernando compelió al Rey de Granada á que, en fuerza de los tratados, viniese á pelear bajo sus banderas. Alhamar tuvo que obedecer y llegó con un florido ejército. Sevilla, perdidas todas sus es-

peranzas, se rindió al Rey de Castilla, y el monarca granadino volvió á sus estados con la gloria vergonzosa de haber contribuido con sus hazañas á la perdición de sus hermanos (J. C. 1248. Eg. 646).

D. Fernando, mas piadoso que político, echó los Moros de Sevilla: cien mil infantes salieron para refugiarse en el África ó en los estados de Granada, cuyo reino era entonces el único y último asilo de los Musulmanes españoles. El reducido país de los Algarves recibió muy pronto el yugo de los Portugueses; y Murcia, que no debió separarse de Granada, fué en breve conquistada por los Castellanos.

Mientras vivió D. Fernando III nada alteró la buena armonía que reinaba entre aquel monarca y Mahomad-Alhamar. Este aprovechó el tiempo de la paz para afirnar su corona y prevenirse contra los Cristianos, previendo que no podían ser largo tiempo sus amigos. Hallábase en estado de hacer una larga resistencia: dueño de un país estenso, poseía considerables rentas que en el dia seria difícil valuar, por razon de no ser conocido el valor de las monedas

árabes y no menos los diferentes ramos del erario público. Todas las tierras pagaban al soberano el sétimo de todo género de productos, á cuya imposicion estaban igualmente sujetos los ganados. Muchos y magníficos cotos constituian el patrimonio real, y la agricultura en tan alto grado de perfeccion en un pais tan abundante, haria sin duda subir estas rentas á una suma prodigiosa. A esto se agregaban varios derechos que percibia el Soberano sobre la venta, marca, y el paso de todo género de ganados. Una ley daba al Monarca el derecho de heredar á todo Musulman que muriese sin hijos, y le concedia parte en las demas herencias. Poseia minas de oro, de plata y de piedras preciosas; y aunque los Moros no conocian bien el arte de beneficiar las minas, Granada era sin embargo, el pais de Europa donde mas abundaba el oro y la plata. El comercio de sus buenas sedas, la variedad de sus demas productos, la cercanía de los dos mares, la actividad, la industria, la asombrosa poblacion de los Moros, su profunda ciencia de la agricultura, la sobriedad natural en los habitantes de España, aquella propiedad de los

países cálidos que hace producir mucho á la tierra y mantiene con poco al poseedor, tantas ventajas reunidas deben darnos la idea mas grande de los recursos y el poder de aquella singular nacion (a).

Sus fuerzas, no en tiempo de paz, porque nunca la tuvieron, eran unos cien mil hombres, cuyo ejército podia duplicarse fácilmente en caso de necesidad. La ciudad de Granada daba por sí sola cincuenta mil guerreros, ademas de que todo Moro era soldado para pelear contra los Españoles, pues la diferencia de religion hacia mirar estas guerras como sagradas, y el ódio de las dos naciones, igualmente inflamadas, forzaba siempre á armarse por ambas partes hasta á los niños y los ancianos.

Fuera de estas numerosas tropas valientes, pero mal disciplinadas, que se reunian para una campaña, se volvian despues á sus casas y no costaban nada al Estado, mantenia el Mo-

(a) *Garibay, Compendio histórico: lib. 39, cap. 4. Abi-Abdallah-ben-Alkabilbi Abseneni, etc. Manuscrito del Escorial. Swinburne, Cartas sobre España, carta 22.*

marca un considerable cuerpo de caballería, dispersa por las fronteras, y en particular hacia Murcia y Jaen, países espuestos continuamente á las correrías de los Españoles. Cada uno de estos soldados tenia una habitacion pequeña y un pedazo de tierra que el Rey le daba por vida, y que bastaba para mantener su persona, su familia y su caballo. Este medio de mantener los soldados no era oneroso al Erario, y criando en ellos el amor á la patria, les estimulaba sobre todo á defender su patrimonio, el cual era siempre el primero que recibia el daño si no contenian al enemigo. En aquel tiempo en que el arte de la guerra no exigia como ahora ejercitar continuamente numerosos cuerpos de tropas, era excelente esta caballería. Compuesta de caballos andaluces ó africanos, cuyas cualidades son bien conocidas, montada de ginetes acostumbrados desde su infancia á gobernar aquellos veloces animales, á cuidarlos, á quererlos y tratarlos como á unos compañeros de su vida, tenia ya entonces la superioridad que todavia reconocemos en la caballería mora.

Estos escuadrones formidables, incomparables en la velocidad, que en un mismo instante embestían en orden, se separaban, se juntaban, huían y volvían en hilera; estos soldados, cuya voz, cuya menor señal, cuyo pensamiento, si así puede decirse, era entendido de sus admirables caballos, y que á galope recogían la lanza ó el sable caído en tierra, constituían la principal fuerza de los Moros. Su infantería no era de ningún valor, y sus plazas mal fortificadas, rodeadas simplemente de muros y fosos, defendidas por esta infantería poco estimada, no podían resistir largo tiempo á la de los Españoles que empezaba ya á ser lo que después fué en Italia, mandada por el gran Capitan Gonzalo.

Muerto San Fernando subió al trono su hijo D. Alonso el Sabio (1). El primer cuidado de Alhamar fué de ir en persona á Toledo, acompañado de una comitiva brillantísima, á renovar con D. Alonso el tratado de alianza, ó por mejor decir de dependencia, que tuvo con Don Fernando. El nuevo Rey hizo merced al Moro de una parte del tributo á que se había sujeta-

do; pero esta paz no fué durable, y las dos naciones volvieron á pelear con trances casi iguales por ambas partes. Solamente referiré un hecho que honra tanto la generosidad de los Moros como el valor de los Españoles. Garci Gomez, Gobernador de la ciudad de Jerez, hallándose sitiado por los granadinos y su guarnicion casi destruida, se negaba á rendirse; y puesto sobre el muro, cubierto de sangre, rodeado de las flechas mantenía solo el combate de los sitiadores. Los Moros, de comun acuerdo, convinieron en no dar muerte á aquel héroe, y echándole unos ganchos de hierro le arrebataron bien á pesar suyo, y despues de haberle tratado respetuosamente y curado sus heridas, le pusieron en libertad con muchas dádivas (J. C. 1252. Eg. 650).

Alhamar no pudo impedir á D. Alonso que se apoderase del Reino de Murcia, y para alcanzar la paz tuvo que sujetarse de nuevo al tributo. Las desavenencias que en breve nacieron entre el monarca castellano y algunos Grandes de su Reino, dieron al Granadino la esperanza de remediar sus pérdidas. El hermano

de D. Alonso y varios señores de las primeras casas de Castilla (a), descontentos de su Soberano, se retiraron á Granada y sirvieron útilmente á Alhamar contra dos rebeldes de sus estados, protegidos por los Españoles (J. C. 1273. Eg. 672). En aquel tiempo murió Alhamar, dejando el trono que adquirió y conservó por sus talentos, á su hijo Mahomad II el Fakir.

El nuevo Rey, que tomó el título de *Emir-al-Mumenim*, siguió las huellas de su padre. Aprovechándose de la discordia que reinaba en la corte de Castilla y de los viajes inútiles que emprendió D. Alonso el Sabio con la esperanza de ser electo emperador (2), ajustó Mahomad durante su ausencia una liga ofensiva con el Rey de Marruecos Jacob, del linage de los *Merinis*, vencedores y sucesores de los Almohades. Para obligarle á venir á España le cedió las dos fortalezas de Tarifa y Algeciras. Jacob vino en efecto con su ejército (J. C. 1275. Eg. 674); y los dos Moros obrando de concierto

(a) Los Laras, los Haros, los Mendozas, etc.

consiguieron algunas ventajas; pero la criminal rebelion del Infante de Castilla D. Sancho contra su padre D. Alonso el Sabio, desunió los monarcas musulmanes. El Rey de Granada Mahomad tomó el partido del hijo rebelde. Don Alonso, abandonado de sus vasallos, imploró el auxilio del Rey de Marruecos. Jacob volvió á pasar el mar con sus tropas y vió á D. Alonso en Zehra. En esta célebre visita el desgraciado Rey de Castilla quiso ceder el lugar preeminente al que venia á defenderle. No, le respondió Jacob; este lugar os pertenece mientras seais desgraciado; vengo á vengar la causa de un padre; vengo á daros ayuda para castigar á ese ingrato que os debe la vida y quiere quitarnos la corona; luego que yo haya cumplido este deber y seais dichoso y poderoso, entonces os lo disputaré todo y volveré á ser vuestro enemigo.

D. Alonso no usó de la grandeza de fiarse de un Monarca que se le esplicó en tan noble lenguaje; antes bien huyó del campo, y á poco tiempo murió (J. C. 1284. Eg. 683), desheredando al delincuente D. Sancho, quien no

por eso dejó de reinar despues de su padre (3). Los nuevos alborotos que agitaron la Castilla, dieron ocasion á Mahomad para entrar en Andalucía; ganó varias batallas, se apoderó de algunas plazas y acabó con estas victorias un reinado largo y glorioso (J. C. 1302. Eg. 703). Su hijo Mahomad III fué su sucesor.

Este Mahomad *Emir-al-Mumenim*, es aquel de quien antes hemos visto los principales hechos políticos. Fué este Príncipe amigo de las bellas artes; les dió grande acogida en su corte, á la que dieron celebridad los poetas, los filósofos y los astrónomos. En aquel tiempo eran los Moros tan superiores á los Españoles en las ciencias, que D. Alonso el Sabio, Rey de Castilla, de quien tenemos las tablas astronómicas, llamadas *Alfonsinas*, hizo venir á su corte, para ayudarle á formarlas, varios sabios árabes. Granada empezaba ya á ocupar el lugar de Córdoba; la arquitectura en particular hacia rápidos progresos. En el reinado de Mahomad II se empezó el famoso palacio de la Alhambra, cuya mayor parte se mantiene todavía para admiracion de los viajeros, y nos prue-

bá hasta qué punto supieron los Moros llevar el arte, tan poco conocido de los europeos, de hermanar siempre la magnificencia con las miras del placer. No parecerá fuera de propósito que me detenga algo en hablar de este singular monumento, tanto mas, cuanto esto puede contribuir á conocer las costumbres y los usos particulares de los Moros.

La Alhambra, como se sabe, era una vasta fortaleza edificada sobre una de las dos colinas que estaban dentro de Granada. Esta colina, cercada por todas partes de las aguas del Darro y del Genil, estaba ademas defendida por dos cercas de muros. En la cima de este monte, que domina toda la ciudad, y de donde se descubre á lo lejos la vista mas hermosa del orbe, en medio de un llano cubierto de árboles y fuentes, escogió Mahomad el sitio de su palacio.

Nada de cuanto conocemos de la arquitectura puede representarnos la de los Moros. Amon-tonando los edificios sin órden ni simetria, sin atender de modo alguno al aspecto exterior, todo su cuidado era el interior. Allí apuraban los recursos del gusto y de la magnificencia,

para reunir en sus aposentos las comodidades del lujo y los placeres de la naturaleza campes-
tre; en los salones revestidos de mármol, y el
piso de tersa loza, al lado de los lechos cu-
biertos de tegidos de oro y plata, saltaban
hasta el techo los chorros de agua, exhalaban
mil perfumes los preciosos pebeteros, y los mir-
tos, el azahar y las flores embalsamaban los
aposentos.

El soberbio palacio de la Alhambra que aun
permanece en Granada, no presenta ninguna
fachada. Llégase á él por un paseo amenísimo,
cortado continuamente por los arroyuelos que
serpentean entre los grupos de árboles. La en-
trada es una torre cuadrada y voluminosa que
en otro tiempo se llamaba *la Puerta del Juicio*.
Una inscripcion religiosa anuncia que allí es
donde el Rey administraba justicia, segun el
uso antiguo de los Hebreos y de los pueblos
del Oriente. Varios edificios que allí habia fue-
ron destruidos para edificar el magnífico palacio
de Carlos V, cuya descripcion no es de nuestro
propósito. El primer patio es un cuadrilongo
rodeado de una galería, cuyas paredes y techo

están cubiertos de mosaicos, de festones, de arabescos pintados, dorados, cincelados en estuco de admirable trabajo. Vense muchos textos del Alcoran, ó inscripciones semejantes á la siguiente, que bastará para dar idea del estilo figurado de los Moros.

«Oh Nazar, tú naciste sobre el trono, y semejante á la estrella que nos anuncia el día
 »brillas en tu propio resplandor. Tu brazo es
 »nuestro muro, tu justicia nuestra luz. Tú sabes
 »domar con tu valor á los que dan á Dios compañeros. Tú haces felices con tu bondad los
 »numerosos hijos de tu pueblo. Los astros del
 »firmamento te alumbran con respeto; el sol
 »con amor; y el cedro, rey de las selvas, que
 »inclina delante de tí su frente orgullosa, lo
 »vuelve á levantar tu brazo omnipotente.»

En el medio de este patio, enlosado de mármol blanco, hay un espacioso estanque lleno de agua corriente, bastante profundo para bañarse en él; está cercado de acirates de flores y de calles de cipreses. Este lugar se llamaba el *Mesuar*, y servía de baño para las personas empleadas en el servicio del palacio.

De aquí se entra al patio de los Leones, que tiene cien piés de largo sobre cincuenta de ancho; una columna de mármol blanco sostiene la galeria que corre alrededor. Las columnas colocadas de dos en dos, y algunas de tres en tres, son delgadas y de gusto extraño, pero su ligereza y gracia agradan y admiran. Las paredes, y en particular los techos de la galeria, están revestidos de oro, azul y estuco, que forman arabescos, trabajados con tal cuidado y delicadeza, que nuestros mas hábiles artistas imitarían con dificultad. Entre los florones y la variedad de ornatos se leen varios textos de Alcoran, que los Musulmanes deben repetir continuamente: *Dios es grande. Solo Dios es vencedor. No hay mas Dios que Dios. Alegria celestial, desahogo del corazon, delicias del alma á los que creen.*

En los dos extremos del cuadrilongo, salen en lo interior dos hermosas cúpulas de unos diez y seis piés de ancho que descansan igualmente sobre columnas de mármol; y debajo de ellas brotan chorros de agua.

Finalmente en el centro del edificio y de un

espacioso estanque se eleva una soberbia taza de alabastro, de seis piés de diámetro, que descansa sobre doce leones de mármol blanco: de esta taza, que se cree hecha por el modelo del mar de bronce del templo de Salomon, sale otra mas pequeña, de donde se levanta una palma de agua que cayendo de una taza á otra y de esta en el estanque, formaba una cascada continua, aumentada por los torrentes de agua cristalina que los leones arrojaban por las narices.

Esta fuente, como todo lo demás, está adornada de inscripciones, pues los Árabes gustaban de mezclar la poesía con la escultura. Sus ideas nos parecen poco naturales, y sus espresiones tienen aire de gigantescas; pero nos hallamos tan distantes de sus costumbres y conocemos tan poco la indole de su lengua, que parece no tenemos derechos á juzgarlos con severidad. Fuera de que los versos que se hacian en España y Francia en los siglos XIII y XIV, no valian mucho mas que los que están grabados en la fuente de los Leones, cuya traduccion literal es la siguiente:

«¡Oh tú, que examinas estos leones, considera que solo les falta la vida!» «¡Oh Mahomad, nuestro Rey! que Dios te salve por la obra nueva que has hecho para hermosearme. Tu alma está adornada de las mas amables virtudes, y este sitio alhagüeno es la imagen de tus bellas cualidades; nuestro Rey en los combates es terrible como estos leones. Nada puede compararse con el agua pura que salta de mi seno y se eleva abundantemente en los aires sino la mano liberal de Mahomad.»

No me detendré á describir las demas salas que todavía subsisten en la Alhambra. Unas eran salas de audiencia; otras contenian los baños del Rey, de la Reina, y de sus hijos; en los cuales se ven todavía las alcobas, donde sobre zócalos de azulejos se colocaban los lechos. En el salon de la música habia cuatro tribunas arriba, donde estaban los músicos, mientras la Corte permanecia sentada en tapices cerca de un estanque de alabastro. En el gabinete de la Reina, cuyas vistas son hermosísimas, hay un pedestal de mármol, lleno de agujeros por donde se exhalaban los perfumes que quemaban

debajo de la bóveda. Todas las ventanas, puertas y claraboyas estan dispuestas de manera que los ojos hallan siempre las vistas mas risueñas y los mas suaves efectos de luz; y la corriente del aire está de tal manera dirigida que viene continuamente á renovar la deliciosa frescura que se respira en aquel edificio.

Al salir de la Alhambra se descubre sobre un monte el famoso jardin del *Generalife*, palabra que significa *casa del amor*. Habia en él un palacio donde les Reyes de Granada pasaban la primavera. Estaba edificado por el mismo gusto que el de la Alhambra, y se advertia en él la misma magnificencia. En el dia está arruinado; pero todavia no se puede dejar de admirar en el *Generalife* su situacion pintoresca, y sus puntos de vista tan varios como agradables. Las fuentes, los surtidores y las cascadas saltan y caen por todas partes. Los paseos forman anfiteatros y enlosados de azulejos á la sombra de frondosos cipreses, de antiguos mirtos, que en otro tiempo la dieron á los Reyes y Reinas de Granada. Entonces las enramadas floridas, las arboledas de frutales se encontraban entre los

bosques sombríos y los pabellones, y aunque en el día no está bien conservado, todavía es el jardín mas vistoso y agradable de la tierra (a).

Causa ciertamente pesadumbre dejar la Alhambra y el Generalife para volver á las asolaciones, á las correrías y sangrientas querellas de los Moros y los Castellanos. Mahomad III, llamado *el Ciego*, tuvo que lidiar á un tiempo con sus vasallos y con los Españoles (J. C. 1302. Eg. 703). Obligándole su enfermedad á elegir un primer ministro, dió este primero é importante empleo á Farady, esposo de su hermana, hombre de Estado y capitan esperto, quien continuó felizmente la guerra contra los Cristianos hasta que se ajustó una paz honrosa. Los cortesanos, envidiando la gloria, y en particular el favor de Farady, conspiraron contra el soberano; moviendo alborotos, y para colmo de la calamidad el Rey de Castilla D. Fernando IV, llamado *el Emplazado* (4), se unió al Rey de Aragon para acometer á los Grana-

(2) Colmenar, Delicias de España, tom. 3. Sevinburne, Cartas, etc.

dinos. El Castellano tomó á Gibraltar y echó de allí los Moros. Entre los desdichados que salian de aquella ciudad, un anciano que vió á Fernando se acercó á él, y apoyado en un palo le dijo: « Rey de Castilla, ¿qué te he hecho »yo á tí ó á los tuyos? Tu bisabuelo Fernando »me echó de Sévilla mi patria: fui á buscar asilo »en Jerez y tu abuelo Alonso me hizo salir de »allí. Retirado dentro de los muros de Tari- »fa (5), tu padre Sancho me desterró de ellos. »Al fin vine á buscar sepultura á este extremo »de España en la playa de Gibraltar, y tu fu- »ror viene tambien á perseguirme. Señálame, »pues, un sitio de la tierra, donde pueda mo- »rir lejos de los Españoles.» Pasa la mar, le respondió el Rey; y mandó llevarle al África.

El Rey de Granada y su ministro Farady, vencidos por los Aragoneses, acosados de los Castellanos, y ostigados de la morisma sublevada por los Grandes de su corte, tuvieron que hacer una paz vergonzosa. La conjuración se declaró, y Mahomad Abenazar, hermano de Mahomad el Ciego y cabeza de los conjurados, se apoderó del desgraciado Príncipe y dándole

muerte ocupó su lugar (J. C. 1310. Eg. 710). Al poco tiempo fué echado del mando por Farady el antiguo Ministro, quien no atreviéndose á tomar para sí la corona, la puso en las sienes de su hijo Ismael, sobrino de Mahomad el Ciego, por su madre hermana de este Monarca.

Este fué el punto en que la familia real de Granada quedó dividida en dos ramas que nunca dejaron de ser enemigas: la una llamada de los *Alhamares*, que descendia del primer Rey por línea de varon, y la otra llamada de los *Faradies*, que descendia del mismo por línea femenina.

Los Castellanos, teniendo siempre interés en mantener las discordias entre los Moros, abrazaron el partido de Abenazar que estaba refugiado en Guadix. El Infante D. Pedro, tio de D. Alonso el Vengador, Rey todavia jóven, acometió á Ismael y derrotó varias veces á los Moros. Reunido con otro Infante llamado Don Juan, los dos Príncipes lo llevaron todo á sangre y fuego hasta los muros de Granada. Los Musulmanes no se atrevieron á salir para pelear con los Cristianos; pero luego que estos,

cargados del botin, iban ya camino de Castilla, mandó Ismael que su ejército fuese al alcance, el que llegando acometió de improviso á la retaguardia (J. C. 1319. Eg. 719). Pasaba esto el 26 de Julio á la hora de mayor calor. Los dos Infantes hicieron tales esfuerzos, y trabajaron tanto para poner sus tropas en orden de batalla, que al fin, sin haber lesion alguna, cayeron muertos de sed y cansancio. Los españoles sin fuerzas para defenderse, huyeron, perdieron sus bagajes, y ademas dejaron tendido en el campo el cuerpo de uno de los desgraciados Infantes. Mandó Ismael llevarle á Granada, y depositarlo en un féretro, cubierto de rica tela de oro, y de esta manera lo envió á los Castellanos, haciendo al cadáver todos los honores fúnebres (a).

El fruto de esta victoria fué la toma de algunos pueblos y una trégua honrosa; mas no gozó Ismael de estas ventajas, porque enamorado de una cautiva española que le había to-

(a) Los montes donde esto sucedió, se llaman desde entonces la *Sierra de los Infantes*.

cado á uno de sus oficiales, tuvo el atrevimiento de quitársela, ultraje que entre los musulmanes se lava con sangre. El Rey fué asesinado por aquel oficial, y su hijo Mahomad V subió al trono (J. C. 1322. Eg. 722).

El reinado del nuevo monarca, como el de Juzef I su sucesor, ambos asesinados en sus palacios, no ofrecen en el espacio de treinta años mas que continuos destrozos, bandos y peleas. Abil-Hazan, Rey de Marruecos, de la dinastía de los *Merinis*, vino á España, llamado por los de Granada, con tropas numerosas que se unieron á las de Juzef. Los Reyes de Castilla y Portugal reunidos pelearon con aquel numeroso ejército en las riberas del rio Salado, no lejos de la ciudad de Tarifa (J. C. 1340, Eg. 741), y esta batalla, tan célebre en los anales de España como la victoria de las *Navas* de Tolosa, costó la vida á muchos miles de Moros. Abil Hazan fué á ocultar su vergüenza en sus estados de Marruecos, y Algeciras, plaza fuerte, el baluarte de Granada, y depósito de los socorros que recibia de África, fué cercada por los Castellanos (J. C. 1342. Eg. 743). Gran

número de caballeros franceses, ingleses y navarros, vinieron á este cerco en que los moros usaron cañones de artillería, siendo esta vez la primera que en las historias se hace mencion de tal arma, pues la batalla de Creci, en que dicen los usaron los ingleses, fué cuatro años despues.

Débase, pues, á los Moros, no la invencion de la pólvora, que unos atribuyen á los chinos, otros al fraile franciscano aleman Schwarts, y otros al inglés Roger Bacon, pero sí la invencion terrible de la artillería; y por lo menos es cierto que los Moros fundieron los primeros cañones (J. C. 1344. Eg. 745). A pesar de auxilio tan poderoso tomaron los Cristianos la plaza de Algeciras, y el desdichado rey de Granada, Juzef, vencido siempre por los Cristianos, perdió al fin la vida á manos de sus propios vasallos (J. C. 1344. Eg. 755).

Ya se puede haber notado que entre los Moros no habia ley alguna que determinase la sucesion á la corona. Sin embargo, en medio de las conjuraciones que se renovaban cada dia, siempre elegian un Príncipe que fuese de la ré-

gia estirpe, y se ha visto la de Granada, desde la de Ismael, dividida entre los Alhamares y los Faradies. Los primeros, despojados por los segundos, tuvieron siempre á estos por usurpadores. Tal fué el origen de tantas turbulencias, conspiraciones y asesinatos.

A Juzef I sucedió un príncipe Farady, tio suyo, llamado Mahomad VI, á quien apodaban el *Viejo*, porque en edad muy avanzada subió al trono. Un príncipe Alhamar, su primo, llamado Mahomad el *Bermejo*, arrojó del trono al Farady (J. C. 1360. Eg. 762), y lo ocupó por algunos años con la proteccion del Rey de Aragon. Era á la sazón Rey de Castilla Don Pedro el *Cruel*, quien abrazó la causa del Farady destronado, la defendió con un ejército, y de tal manera acosó á Mahomad el *Bermejo* ó el Alhamar, que este no tuvo ya mas recurso que ir en persona á Sevilla á entregarse á discrecion del Rey D. Pedro. Llegó pues, acompañado de sus mas fieles amigos, llevando consigo muchas riquezas, y presentándose ante el Rey, con noble confianza le dijo: «Rey de Castilla, hace bastante tiempo que corre la sangre

de Moros y Cristianos por mi discordia con el Farady. Tú protejes á mi competidor y yo te elijo por juez. Examina sus derechos y los míos, y pronuncia cuál de los dos debe ser Rey. Si debe serlo el Farady, únicamente te pido que mandes llevarme al África; y si yo debo serlo, recibe el homenaje que desde ahora te hago de mis estados.»

D. Pedro el *Cruel*, maravillado, colmó de honras al Rey Moro: le hizo sentar á su lado en un magnífico festin; pero al levantarse de la mesa le pusieron preso, le sacaron luego por las calles montado en un asno, y desnudo de medio cuerpo arriba le llevaron á un campo llamado la Tablada, donde vió cortar la cabeza á treinta personas de su comitiva. El cruel Don Pedro, envidiando á los verdugos el placer de derramar sangre, con su propia lanza traspasó al infeliz rey de Granada, quien al espirar no le dijo mas que estas palabras: «Pedro, Pedro, ¡qué hazaña para un caballero!» (a).

Fué extraordinaria fatalidad que en aquel

(a) Crónicas de los Reyes de Castilla.

tiempo estuviesen todos los tronos de España ocupados por unos Príncipes en quienes sus ornamentos eran los crímenes. D. Pedro el *Cruel*, el Neron de la Castilla, asesinaba á los Reyes que se fiaban de él, mandaba matar á su esposa Doña Blanca de Borbon, y todos los dias se bañaba en la sangre de sus parientes ó de sus vasallos: D. Pedro IV, el Tiberio de Aragon, menos violento, pero tan bárbaro y mas pérfido que el Castellano, despojaba á uno de sus hermanos (D. Jaime, Rey de Mallorca); ordenaba dar muerte al otro (Don Jaime, Conde de Urgel); y entregaba á los verdugos á su antiguo preceptor Bernardo de Cabrera. D. Pedro I Rey de Portugal, el amante de la célebre Doña Inés de Castro (6), enfurecido sin duda por la crueldad con que trataron á su amada, arrancaba el corazon á los matadores de Inés, y castigaba con el veneno las liviandades de su hermana Maria. Finalmente, el Rey de Navarra era aquel D. Carlos el Malo, cuyo nombre hace todavia estremecerse. La España, inundada de sangre, gemia con el yugo de estos cuatro Monarcas, y si se reflexio-

na que por el mismo tiempo la Francia estaba entregada á todos los horrores que se siguieron á la prision del Rey Juan; que la Inglaterra veia empezarse las turbulencias del reinado de Ricardo II; que la Italia, víctima de las facciones de los Güelfos y Gibelinos, contaba dos Papas á la vez, Urbano VI y Clemente VII; que dos Emperadores (Luis de Baviera y Federico el Hermoso) disputaban la corona imperial, y que Tamerlan desolaba el Asia, desde el pais de los Usbesks hasta la Península de la India, no podrá negarse que ha habido pocas épocas en que el mundo fuese tan infeliz.

Granada permaneció tranquila despues del atentado de D. Pedro el *Cruel*. Mahomad el Viejo ó el Farady, libre ya de su competidor, volvió sin dificultad al trono, y fué hasta la muerte del Rey de Castilla el único aliado que permaneciese fiel á aquel mónstruo. Sin embargo, D. Pedro pereció, porque su hermano bastardo Enrique de Trastamara le quitó la corona y la vida (J. C. 1369. Eg. 771). Mahomad hizo la paz con el vencedor, la conservó muchos años, y dejó sus estados florecientes á su hijo Maho-

mad VIII; Abuhadjad, á quien los historiadores españoles llaman Mahomad Guadix (J. C. 1379. Eg. 782).

Este príncipe fué el mejor y el mas sabio de los Reyes que gobernaron á los Moros. Pensando únicamente en el bien de sus vasallos, quiso mantenerlos en la paz de que rara vez gozaron antes. Para asegurarla, fortificó sus plazas, levantó un poderoso ejército, é hizo alianza con el Rey de Tunez, cuya hija Cadíga tomó por esposa. Dispuesto así para la guerra envió embajadores al Rey de Castilla, pidiéndole su amistad. D. Juan, hijo y sucesor de D. Enrique de Trastámara, ocupado en sus disensiones con el Portugal y la Inglaterra, firmó gustoso el tratado, á que nunca faltó Abuhadjad. Tranquilo pues por parte de los Cristianos, puso su atencion en que floreciesen la agricultura y el comercio, con cuyo objeto disminuyó los impuestos, haciéndose de esta manera mas rico. Adorado de un pueblo á que él hacia feliz, respetado de los Cristianos á quienes no temia, dueño de una esposa amable, quien sola reinó en su corazon, empleaba en las bellas artes, la

poesía, la arquitectura, y en hermostear su capital el tiempo y las riquezas que le quedaban: levantó varios monumentos en Granada y en Guadix, ciudad á que mostró siempre cierta predilección, é hizo de su corte el albergue de los talentos y de la urbanidad.

Los Moros poseían todavía Universidades, Academias, poetas, médicos, pintores y escultores. Abuhadjad los fomentó y los recompensó liberalmente. La mayor parte de las obras de aquellos autores granadinos pereció en el tiempo de la conquista (7); pero algunas se salvaron y existen en la Biblioteca del Escorial. Las mas tratan de la Gramática, la Astrología, entonces muy conocida y respetada, y en especial de la Teología, en cuya ciencia sobresalieron los Árabes (a). Aquel pueblo, dotado de ingenio sutil y de imaginacion ardiente, debia producir grandes disputadores, y por eso pienso que sus escuelas son las que introdujeron en Europa el gusto escolástico, de

(a) Véase la Biblioteca arábigo-hispánica del señor Caziri.

disputas y cuestiones sutiles , que en otro tiempo hizo tan célebres á muchos hombres. Los secretos de la cábala, de la alquimia, de la astrología judiciaria, de la varilla adivinatoria, todos aquellos cuentos tan comunes en otros tiempos, de brujas, de mágicos, de encantadores, nos han venido de los Árabes, quienes siempre fueron supersticiosos, y yo creeria que su estancia en España, su mucho trato con los Españoles, imprimieron en estos aquella afición á lo maravilloso, aquel carácter de piedad crédula que se parece á la supersticion, y que el filósofo nota en aquella nacion viva y sencilla, á quien la naturaleza ha dado el gérmen de todas las grandes cualidades.

Las novelas y los romances fueron un género de literatura muy comun entre los Moros, de quienes los tomaron los Españoles. Los Árabes han sido siempre y son todavia muy amigos de cuentos. En medio de los desiertos del Asia y del África, en las tiendas de los beduinos, se juntan por la noche para escuchar una historia amorosa; óyenla con silencio é interés, y lloran por los dos amantes cuyos sucesos se

refieren. A este gusto natural de los cuentos se juntaba en Granada la afición á la música y al canto. Los poetas ponían en verso varios hechos de guerra ó amor; los músicos los ponían en música, y las doncellas los cantaban. De ahí nos viene la multitud de romances españoles traducidos ó imitados del arábigo, que en estilo sencillo, y á veces tierno, refieren los combates con los cristianos, las disputas entre los rivales, y los coloquios de dos amantes. Todo está en ellos descrito con exactitud: sus fiestas, sus juegos de sortija y de cañas, sus corridas de toros, que tomaron de los españoles: sus armas que eran una ancha cimitarra, la lanza muy delgada, una cota de malla corta y un escudo ligero de cuero; sus caballos, cuyas colas arrastrando iban bordadas de pedrería; sus divisas que por lo comun eran un corazón traspasado de flechas, ó una estrella que guiaba á una nave, ó la primera letra del nombre de la dama á quien amaban; sus colores, en fin, que cada uno tenía su particular significado; el amarillo y el negro espresaban la tristeza y el dolor; el verde la esperanza; el azul los celos;



el violado y color de fuego, la pasión de amor.

Esta cortesanía fina y delicada de los moros de Granada, que les dió fama en toda Europa, forma singular contraste con la natural ferocidad de todos los pueblos venidos del África. Aquellos musulmanes que en los combates ponían su gloria y habilidad en saber cortar las cabezas, que chorreando sangre, colgadas del arzon de la silla, las llevaban á esponerlas en las almenas de sus pueblos y en las puertas de sus casas; aquellos guerreros inquietos, indóciles, dispuestos siempre á rebelarse contra sus reyes, á destronarlos y decapitarlos, eran los amantes mas tiernos, mas sumisos y apasionados. Sus mujeres, no obstante de ser casi esclavas, llegaban á ser, cuando eran amadas, unas soberanas absolutas, unos dioses supremos de aquel cuyo corazón poseían. Para agradarlas buscaban ellos la gloria: para parecer bien á sus ojos, prodigaban sus riquezas y su vida, y competían en señalarse en hazañas y fiestas magníficas. Esta mezcla estrordinaria de dulzura y crueldad, de delicadeza y barbarie; esta pasión de parecer el mas valiente, el mas cons-

tante, ¿vino á los Moros de los Españoles, ó los Españoles la recibieron de los Moros? Yo lo ignoro; pero viendo que este carácter no existió jamás en el Asia, primera patria de los Árabes, que mucho menos se encuentra en el África, donde su conquista los naturalizó, y que despues que salieron de España perdieron hasta los vestigios de aquellas costumbres amables y caballerescas, me inclino á pensar que las debian á los Españoles. En efecto, antes de la invasion de los Moros, ya ofrecia de estos ejemplos la corte de los Reyes godos. Despues de esto vemos que los *Príncipes*, los caballeros de Leon, de Navarra y de Castilla, adquirieron tanto renombre por sus amores como por sus hazañas: el nombre del Cid recuerda á un tiempo las ideas de ternura y de valor; y despues de la espulsion de los Moros, han conservado los Españoles por largo tiempo la reputacion de finos amantes, muy superior á la de los Franceses, y cuyo gérmen aniquilado ya en todas las naciones modernas, subsiste todavia en España.

Como quiera que sea, las mujeres de Gra-

nada eran dignas de inspirar tanto amor, y eran y son tal vez todavia las mas halagüeñas del Universo. En un historiador árabe, que escribia en Granada en 1378 de nuestra era, en el reinado de Mahomad el *Viejo*, se lee la siguiente pintura de las mujeres del pais (a).

«Todas son hermosas; mas esta belleza que desde luego llama la atencion, recibe pronto su principal realce de su gracia y gallardía: su estatura es algo mas que mediana, y en ninguna parte se ve otra mas galana ni mas bizarra. Sus largos y negros cabellos bajan hasta el suelo: los dientes blancos como el alabastro, hermocean la boca de nacar, siempre risueña con un aire agasajador. El uso frecuente que hacen de los mas esquisitos perfumes da al cutis aquella frescura y brillo que no tienen las damas musulmanas. Su andar, su danza, todos sus movimientos, tienen tan graciosa suavidad, una negligencia natural que escede á todos sus atractivos. La conversacion es discreta y seductora, y su ingénio vivo y sagaz se espre-

(a) Abi-Abdalla-ben-Alkahilbi Alaseni. M. S. árabe del Escorial.

sa siempre con agudezas ó con palabras muy significativas.»

El vestido de las mujeres era como es en el día el de las Turcas y Persianas, una larga túnica de lienzo ceñida por la cintura, un doliman con mangas angostas, calzones anchos y pantuflas de tafilete. Todas las telas, sumamente finas y de ordinario rayadas, estaban bordadas de oro y plata y matizadas de piedras. Los cabellos trenzados caían sobre la espalda; y de un rico bonetillo colgaba un velo bordado, desde la cabeza hasta las rodillas. Los hombres iban vestidos casi de la misma manera: en el ceñidor tenían el bolsillo, el pañuelo y el puñal; la cabeza ceñida con un turbante blanco ó de color, y encima del doliman en verano una túnica blanca, ancha y al aire, y el albornoz ó mantón africano en invierno. Lo único en que mudaban esta vestimenta cuando iban á la guerra, era añadir una cota de malla y forrar de hierro el casco del turbante.

Era uso en Granada reunirse todos los años por el otoño, en los *cármenes* ó jardines amenos de que estaba rodeada la ciudad. Allí, sin pen-

sar mas que en recrearse pasaban los dias y las noches en la caza, la música y el baile. Estas danzas eran harto libres é igualmente las canciones, romances y coplas que cantaban. Si las contradicciones del espíritu humano pudieran causar sorpresa, habria motivo para estrañar tal falta de pudor, en un pueblo que conocía el amor; pero los orientales, generalmente hablando, son poco sensibles á este pudor amable: mas apasionados que amantes, mas celosos que delicados, no saben ni esperar ni ocultar los placeres que compran ó violentan.

Para referir estas particularidades que parecerán difusas, me he aprovechado del sosiego de que gozó Granada en el reinado de Abuhadjad. Este buen Rey, despues de haber ocupado el trono por espacio de trece años, dejó sus estados florecientes á su hijo Juzef, que le sucedió sin ninguna contradiccion (J. C. 1392. Eg 793).

Juzef II imitó á su padre y quiso conservar la trégua jurada con los Cristianos, hasta que un ermitaño vino á turbarla. Este fanático logró persuadir al gran maestro de Alcántara, Martin de Barbuda, portugués, que el cielo

le habia escogido para echar á los Musulmanes de España , prometiéndole en nombre de Dios que saldria vencedor de la morisma y tomaria á Granada por asalto , sin perder un solo soldado.

Creyólo el gran Maestre , y convencido de la certeza de tal promesa envió al momento embajadores á Juzef , declarándole que siendo falsa y detestable la religion de Mahoma , y que la única que debia creer el género humano era la de Jesucristo , desafiaba Martin de Barbuda al Rey de Granada á un combate de doscientos Moros contra cien Cristianos , con la condicion de que la nacion vencida habia de recibir al instante la creencia de la nacion victoriosa.

Fácil es juzgar del recibimiento que tendrian los Embajadores. Costó trabajo á Juzef contener á su pueblo , y echados los enviados vergonzosamente , volvieron al gran Maestre , quien maravillado de no haber recibido respuesta , juntó al punto mil infantes y trescientos caballos y partió á conquistar á Granada , guiándole el ermitaño.

El Rey de Castilla D. Enrique III, que deseaba conservar la paz con los Moros, en el principio de un reinado en que se hallaban poco sosegados sus propios estados, apenas tuvo noticia de la empresa del gran Maestre, le envió órdenes positivas para que no pasase á la frontera; pero Barbuda respondió que él debia obedecer á Dios y continuó su marcha. En las ciudades por donde pasaba procuraban los Gobernadores, aunque en vano, detenerle; al contrario, el pueblo le tributaba incienso y aumentaba su ejército. Componíase ya de seis mil hombres, cuando puso los piés en aquella tierra enemiga, que su loca credulidad le presentaba como conquistada. Acometió al primer castillo, perdió tres hombres y salió herido. Maravillado mas de lo que uno se puede imaginar, al ver correr su sangre y caer tres soldados, llamó al ermitaño y con la mayor serenidad le preguntó qué podia ser aquello, cuando le habia dado palabra espresamente de que no moriria un solo soldado. El ermitaño le contestó que no habia hablado sino en la inteligencia de tratarse de batallas campales. Con

esto se contentó Barbuda, y habiendo á poco llegado un ejército de cincuenta mil Moros, se trabó el combate, en que perecieron el gran Maestre y sus trescientos caballeros, después de haber hecho prodigios de valor, quedando en fin prisioneros y las reliquias, resto de sus soldados, huyeron. El silencio de los historiadores acerca del ermitaño da margen para creer que no fué de los últimos en la fuga (a).

Esta loca empresa no turbó la paz de las dos naciones. El Rey de Castilla desaprobó la conducta del gran Maestre, y Juzef continuó reinando con gloria y tranquilidad, hasta que le envenenaron, según dicen, con unas vestiduras magníficas que el Rey de Fez, su enemigo secreto, le envió por medio de sus Embajadores. Aseguran los historiadores que estas ropas impregnadas de un tósigo terrible causaron la muerte al desdichado Juzef entre tormentos espantosos, despegándosele la carne de los huesos y padeciendo este suplicio treinta días seguidos.

Mahomad IX, el segundo de sus hijos, quien

(a) Terreros, Compend. hist. tomo VII, Cardona, Historia de África, tomo III, etc.

aun en vida del padre habia fomentado bandos, usurpó la corona á su hermano mayor Juzef, y le encerró en la cárcel. Mahomad era valeroso y buen soldado. Aliado con el Rey de Tunez, que reunió su escuadra á la de Granada, rompió la tregua con Castilla y consiguió al principio algunas ventajas; pero el Infante D. Fernando, tio y tutor del Rey D. Juan II, á la sazón de menor edad, no dilató vengar á los Españoles. Murió entonces Mahomad, y antes de espirar, queriendo asegurar la corona á sus hijos, envió uno de sus principales oficiales al encierro donde se hallaba su hermano Juzef, con órden de cortarle la cabeza. Halló á Juzef jugando al ajedrez con un Iman y anunció con dolor la triste comision que allí le traia. Juzef sin turbarse le pidió que le dejára acabar la partida, cuya leve gracia no se atrevió á negarle. Entre tanto llegó otro mensagero con la noticia de la muerte de Mahomad y de la proclamacion de Juzef por sucesor suyo en el trono.

Juzef III fué un Monarca bueno; el pueblo vivió feliz durante su reinado. Lejos de vengarse de los sediciosos que ayudaron á Mahomad á

que le privase de la corona los colmó de gracias y empleos; y cuando sus consejeros le afeaban esta indulgencia estremada, que les parecia perjudicial, como la de criar á los hijos de su hermano cual si fuesen los suyos propios, les respondia: *permitidme que no deje á mis enemigos ninguna excusa de haber preferido á mi hermano menor.*

Este eminente Príncipe se vió varias veces en la precision de tomar las armas contra los Cristianos. Perdió ciudades pero conservó el respeto y amor de sus vasallos; y su muerte, al cabo de quince años de reinado, fué llorada de todo su reino (J. C. 1423. Eg. 827).

Muerto Juzef ardió el estado en guerras intestinas. Su hijo y sucesor Mahomad X Abenazar ó el *Izquierdo*, fué destronado por Mahomad XI el *Zugair* ó el *Pequeño*, que reinó dos años. Los Abencerrages (8), tribu poderosa de Granada volvieron á poner sobre el trono á Mahomad el *Izquierdo*, y su competidor pereció en un cadalso. Los Españoles acometieron á los Moros y llevaron el hierro y las llamas hasta la esplanada de su capital, quedando asolados

los campos, quemadas las mieses y destruidos los pueblos; y queriendo D. Juan II, que entonces reinaba en Castilla, añadir á los males que causaba á los Granadinos la plaga asoladora de la guerra civil, mandó proclamar Rey de Granada á un tal Juzef Alhamar, nieto de aquel Mahomad el *Bermejo*, asesinado por Don Pedro el *Cruel* de Sevilla. Todos los descontentos se alistaron en las banderas de Juzef Alhamar: los Zegríes, tribu famosa, enemiga de los Abencerrages, pasaron al partido del usurpador. Destronado otra vez Mahomad el *Izquierdo* y echado de su capital, ocupó el trono seis meses Juzef IV Alhamar; al cabo de cuyo tiempo falleció (J. C. 1432. Eg. 836). Volvió entonces Mahomad el *Izquierdo*, y despues de trece años de desgracias fué depuesto por la tercera vez, preso y encerrado en una mazmorra por uno de sus sobrinos, llamado Mahomad XII Osmin, quien luego fué tambien destronado por su hermano Ismael, y acabó sus dias en la misma mazmorra donde gemia su tio Mahomad el *Izquierdo* (J. C. 1453. Eg. 857.)

Tantas revoluciones no estorbaban que los

Gobernadores cristianos y moros que mandaban en las fronteras hiciesen continuas correrías en la tierra enemiga, ora saliendo alguna partida de infanteria ó de caballeria á sorprender un pueblo, asesinar á los habitantes, saquear las casas y llevarse los ganados, ora apareciendo de improviso en las llanuras un ejército que arrasaba los campos, arrancaba las viñas, talaba los árboles, sitiaba y asaltaba alguna plaza, y con el botin se retiraba. Este modo de guerrear era el mas perjudicial de todos para el infeliz labrador; y este mal fué tan señalado, y padeció tanto el territorio de Granada, que en el reinado de Ismael II fué preciso desmontar dilatados bosques para alimentar la capital, que nada recogia de aquella espaciosa y fértil vega, tantas veces desolada por los Españoles.

Ismael II dejó la corona á su hijo Muley-Hassem, mancebo valeroso, quien aprovechándose de los disturbios de Castilla en el reinado deplorable de D. Enrique IV, llamado el *Impotente*, llevó la guerra hasta el centro de la Andalucía. Sus primeras victorias, su talento y su ardor guerreros daban á los Moros la espe-

ranza de recobrar su antiguo poderío, cuando un suceso memorable vino á detener sus triunfos y preparó su total ruina (J. C. 1465. Eg. 870).

Doña Isabel de Castilla, hermana de D. Enrique el *Impotente*, á pesar del Rey su hermano y de obstáculos al parecer invencibles, casó con el rey de Sicilia D. Fernando, llamado el Católico, heredero presuntivo de Aragon (9). Este casamiento, reuniendo las dos Monarquías mas poderosas de España, daba un golpe mortal á los Moros, quienes hasta entonces se habian sostenido por causa de las divisiones de los Cristianos. De estos dos enemigos con quienes ahora tenian que pelear, bastaba uno solo para abrumarlos. D. Fernando, político, hábil, mañoso, dócil y firme á un mismo tiempo, prudente hasta la desconfianza, poseía el talento supremo de ver de lejos, y de una mirada, todos los caminos que guiaban á su fin. Doña Isabel, dotada de noble energía, de heróico valor y de invariable constancia, sabia seguir las empresas y sobre todo acabarlas; pareciendo siempre un gran Rey que marcha á la pelea y triunfa.

Luego que los dos monarcas tuvieron deshechas las facciones, vencidos los enemigos extranjeros, pacificadas las turbulencias interiores y recogida la dilatada sucesion que largo tiempo les disputaron, no tuvieron otro pensamiento que el de espeler enteramente á los Moros. Parecia que aquel siglo estaba señalado para la gloria española: además de la notable ventaja que daban á Doña Isabel y D. Fernando la reunion de sus fuerzas, tenían á su lado hombres superiores. El célebre Jimenez, fraile Francisco y despues cardenal, se hallaba al frente de los negocios; y este hábil Ministro gobernaba, como él decia, *toda la España con su cordon*. Las guerras civiles habian formado muchos guerreros, Generales sobresalientes, entre quienes se distinguian el conde de Cabra, el Marqués de Cádiz, y aquel famoso Gonzalo de Córdoba, á quien la Europa y la historia han confirmado el nombre de *Gran Capitan* que le dió su patria. El erario público, exhausto por las prodigalidades de D. Enrique, se habia repuesto en brevísimo tiempo con la severa economia de Doña Isabel, y con las bulas obte-

nidas del Papa para echar mano de los bienes eclesiásticos. Las tropas eran numerosas y veteranas; la emulacion entre Castellanos y Aragoneses hacia crecer el valor; y todo anunciaba la caída segura del último trono de los Moros.

Muley-Hassen, que le ocupaba, sin asustarle la vista de tantos peligros rompió la tregua y tomó á Zehra. D. Fernando se quejó por medio de sus Embajadores, quienes al mismo tiempo pidieron el antiguo tributo pagado por los Reyes de Granada á los Soberanos de Castilla. «Bien sé, les respondió Muley, que algunos de mis predecesores os han dado piezas de oro; pero en mi tiempo no se acuña moneda, y este es el único metal que puedo ofrecer á los Españoles.» Esto dijo presentándoles la punta de la lanza (J. C. 1481. Eg. 886).

El ejército de D. Fernando marchó luego sobre Alhama, plaza fortísima á pocas leguas de Granada, conocida por los baños magníficos con que la habian hermoseado los Reyes moros. Tomáronla los Cristianos, y se encendió la guerra para no extinguirse jamás.

Los triunfos fueron al principio casi iguales

por ambas partes. Muley con tropas numerosas, riquezas abundantes y artillería hubiera podido defenderse largo tiempo, si la imprudencia no le precipitara para siempre en un abismo de desdichas.

Era Muley esposo de una mora llamada Aixa, de las principales tribus de Granada, de la que tuvo un hijo cuyo nombre era Boabdil, y debía sucederle en el reino. Enamorado de una esclava cristiana que le mandaba á su antojo, repudió Muley á su esposa Aixa, y esto fué la señal de la guerra civil. La esposa ultrajada, de común acuerdo con Boabdil, sublevó á sus parientes, á sus amigos y á la mitad de Granada, y echado Muley-Hassen de la capital, tomó Boabdil el título de Rey, disputando padre é hijo con las armas en la mano la corona que D. Fernando iba á quitar á entrámbos.

Para colmo de desgracias, un hermano de Muley, llamado Zahar, se puso al frente de algunas tropas, y ganó á los Españoles una batalla considerable en los desfiladeros de Málaga, cuya victoria concilió á Zahar el amor y estimación de los Moros y le hizo concebir la

esperanza de destronar á su hermano y á su sobrino. Así se vió afligido el Estado con este tercer partido. Boabdil temió, y queriendo dar ánimo á los suyos, que ya desmayaban, con algun hecho ruidoso, salió al frente de un corto ejército con intencion de tomar por sorpresa la ciudad de Lucena, que era de los Castellanos, en cuya expedicion quedó prisionero el desgraciado Boabdil, siendo el primer Rey moro que hubiese estado cautivo entre los Españoles. D. Fernando le trató con todo el comedimiento que es debido á la desgracia, y mandó custodiarle en Córdoba.

Aprovechó Muley-Hassem este momento para recobrar la corona que el hijo rebelde le habia quitado, y á pesar del partido de Zahal entró en la capital; pero sin fuerzas para resistir con vigor los progresos de los Castellanos, que por todas partes tomaban las ciudades, marchando hácia Granada, donde peleaban entre sí propios los infelices Musulmanes. Para aumentar estas sangrientas disputas el hábil Don Fernando puso en libertad á Boabdil, y tambien formó alianza con él prometiéndole ayu-

tra su padre, con la condicion de que Boabdil habia de pagarle un tributo de mil escudos de oro, prestarle vasallage y entregarle varias plazas: todo lo que consintió y firmó Boabdil, y se fué á seguir la guerra contra su padre.

Convirtiése, pues, en horrenda carnicería el reino de Granada, donde Muley-Hassem, Boabdil y Zahal se perseguian con espada en mano, disputándose aquellos tristes restos. Entre tanto marchaban los Españoles de conquista en conquista, ya con el pretexto de socorrer á su aliado Boabdil, ya pidiendo la ejecucion del tratado hecho con aquel monarca; siempre atizando el fuego de la discordia, despojando con igualdad á los tres partidos, y dejando á los vencidos sus leyes, sus usos y el libre ejercicio de su religion.

Entre tantas turbulencias, crímenes y calamidades, acabó el anciano Muley; ó de pesadumbre ó á manos de su hermano (J. C. 1485. Eg. 890). D. Fernando se hizo dueño de toda la parte occidental del reino, y Boabdil y Zahal se concertaron y repartieron los restos de aquel Estado, quedando Boabdil en Granada y

Zahal con Guadix y Almería. No por eso se interrumpió la guerra, y perdiendo Zahal la esperanza de conservar lo que tenía, vendió aquellas plazas á D. Fernando en el precio de una pension anual. Firmóse el tratado, tomaron posesion de ellas los Reyes Católicos, y el traïdor Zahal aceptó sin rubor un empleo en el ejército cristiano para acabar con su patria y con su sobrino.

Granada era en fin la única ciudad que quedase á los Musulmanes; Boabdil reinaba en ella exasperado con las desventuras, y descargando su rabia sobre sus propios vasallos á quienes gobernaba tiránicamente. Los Reyes de Castilla y de Aragon le intimaron que entregase en sus manos la ciudad, en virtud del tratado secreto que decian estar ajustado entre ambos. Alteróse Boabdil al oirlo; mas no era ya tiempo de quejarse, sino que era forzoso pelear ó dejar de reinar. El Rey moro adoptó la resolucion generosa de defenderse, y D. Fernando al frente de sesenta mil hombres, la flor de ambos reinos, puso sitio á Granada el dia 9 de mayo de 1491 (Eg. 897).

Estaba defendida esta gran ciudad por fuertes murallas, flanqueadas de mil y treinta torreonos, y por muchas obras hacinadas unas sobre otras. Sin embargo de que las guerras civiles la habian inundado de sangre, todavia contenia mas de doscientos mil habitantes, entre los cuales se habian reunido todos los valerosos guerreros que conservaban el amor á su patria, á su religion y á sus leyes. Aumentaba sus fuerzas la desesperacion, y ella les hubiera salvado si hubiesen tenido distinto gefe de Boabdil; pero este Rey débil y feroz, por una sospecha, por un indicio descargaba la espada de sus verdugos sobre sus mas fieles defensores y era ya objeto del odio y del desprecio de los Granadinos, quienes le habian puesto el sobrenombre de *Zogoybi*, esto es de *Rey chico*. Todas las tribus de Granada, y en particular la de los Abencerrages, estaban descontentas y desanimadas. Los Alfaqués y los Imanes pronosticaban públicamente el fin del imperio de los Moros; y solamente el horror al yugo de los Españoles sostenia á aquel pueblo indignado contra sus enemigos y contra su Rey.

Por el contrario, las tropas de D. Fernando, fuera de sí con los triunfos conseguidos, mirándose como invencibles, querian y creian marchar á una conquista cierta. Veían guiarlas unos gefes á quienes adoraban: Ponce de Leon, el Marqués de Cádiz, Enrique de Guzman, Duque de Medinasidonia, Mendoza, Aguilar, Villena, y sobre todo Gonzalo de Córdoba, y otros muchos capitanes afamados, acompañaban á su Rey victorioso. Doña Isabel, cuyas virtudes obligaban á la veneracion, cuya gracia y afabilidad cautivaban el amor, habia venido al campo de su esposo con el Príncipe y los Infantes, y con la corte mas brillante que habia entonces en Europa. Esta gran Reina, acomodaba á las circunstancias su genio naturalmente severo, y sabia hermanar los festejos y los placeres con los hechos de armas. Los torneos eran el descanso de los combates: las iluminaciones, los bailes y los juegos ocupaban las hermosas y serenas noches del verano. Isabel presidia en todas partes: una sola palabra de su boca era una recompensa; una mirada suya bastaba para hacer un héroe del último de sus sol-

dados. En el campo reinaba la abundancia; la alegría y la esperanza animaban todos los corazones, mientras en Granada la desconfianza mutua, la consternacion general, la certeza de faltar las vituallas, tenian helados todos los corazones.

Duró el sitio cerca de nueve meses, sin que D. Fernando intentase asaltar aquella plaza tan bien fortificada. Despues de haber talado las cercanías, esperó con paciencia á que el hambre le entregase á Granada. Contentándose con batir las murallas y rechazar las frecuentes salidas de los Moros, no entró en ninguna accion decisiva, y estrechó cada dia mas al enemigo que no tenia por donde huir. Casualmente se prendió fuego una noche á las tiendas de Doña Isabel, y el incendio devoró todo el campo, sin que Boabdil se aprovechase de tan favorable ocasion. La Reina quiso que en lugar del campo quemado edificasen los Españoles una ciudad, para manifestar á los Musulmanes que no habia de levantarse el sitio jamas; y este pensamiento grande, extraordinario, digno de Doña Isabel, se realizó en ochenta dias.

Los Españoles se establecieron en la nueva ciudad; cercada de murallas; y en el día subsiste todavía con el nombre de *Santa Fe* que le dió la piadosa Reina.

Al fin, acosados del hambre, derrotados casi siempre en las frecuentes escaramuzas que se trababan al pié de las murallas, abandonados del África que nada intentó para salvarlos, conocieron los Moros la necesidad de entregarse. Gonzalo de Córdoba recibió de sus Reyes el encargo de arreglar los artículos de la capitulación, en que se contenia que los Granadinos reconocerian por Reyes á D. Fernando y Doña Isabel, como igualmente á sus sucesores en la corona de Castilla; que entregarían sin rescate todos los cautivos cristianos; que los Moros, gobernándose siempre por sus leyes, conservarían sus costumbres, sus jueces, la mitad de sus mezquitas y el libre ejercicio de sus cultos: que podrian conservar ó vender sus bienes y retirarse al África ó á cualquiera otro pais que eligiesen, sin que nunca los Castellanos pudiesen obligarlos á salir de España, y que Boabdil gozaria en las Alpujarras de ricas y

vastas tierras de que dispondría á su arbitrio.

Tal fué la capitulacion que no se observó rigurosamente. Boabdil la puso en ejecucion algunos dias antes del término señalado, porque supo que el pueblo á instancias de los Imanes queria romper las negociaciones y sepultarse entre las ruinas de Granada. Por eso se dió prisa á entregar á los Castellanos el Albaicin y la Alhambra, envió las llaves á D. Fernando y no volvió á entrar en la ciudad. Acompañado de su familia y de un corto número de servidores, tomó el camino del triste territorio que le habian dado por su reino. Llegado al monte Padul, desde donde se descubre á Granada, volvió á ella los ojos por la última vez, bañado en lágrimas el rostro: *Hijo*, le dijo su madre Aixa, *llora, que bien debe llorar como mujer quien no supo defender el trono como hombre*. Este desventurado no pudo sufrir vida de vasallo en el pais donde fué Rey, y á poco tiempo pasó al África donde murió en un combate (J. C. 1491. Eg. 893).

Doña Isabel y D. Fernando entraron en Granada el 2 de enero de 1492, en medio de dos

filas de soldados y del estruendo de su artillería. La ciudad parecía desierta; los Moros retirados en sus casas huían de ver á los vencedores y ocultaban las lágrimas y el despecho. Los Reyes fueron lo primero á la mezquita, que se convirtió en iglesia, donde dieron á Dios las gracias por tan señalados beneficios. Mientras cumplían este deber sagrado, el Conde de Tendilla, nuevo Gobernador de Granada, tremolaba el pendon de Castilla y el de Santiago en la mas alta torre de la Alhambra.

Así cayó esta famosa ciudad y acabó el poder de los Moros en España, despues de haber durado setecientos ochenta y dos años desde la conquista de Tarif.

En esta breve historia pueden haberse ya notado las causas de la perdicion de los Moros. La primera se hallaba en su carácter, en aquel espíritu de inconstancia, aquella aficion á novedades, aquella eterna inquietud que tantas veces les hizo mudar de Reyes, multiplicó los bandos, y dilaceró el imperio con la discordia, hasta que por último, destituidos de las fuerzas que gastaron contra sí propios, cayeron en ma-

nos de sus enemigos. Tenian además el defecto de gustar de la magnificencia, de los festejos, de los monumentos, de todo lo que agotaba el Erario público, en tanto que sus continuas guerras apenas dejaban al terreno mas fértil del mundo el tiempo de reproducir sus mieses, siempre destruidas por los Españoles. Por otra parte no tenían leyes, única base sólida de la prosperidad de las naciones; y su gobierno despótico, en el cual no tienen patria los hombres, obligaba á cada individuo á creer que sus virtudes ó sus luces eran medios de consideracion personal y no el patrimonio del Estado.

Estos defectos tan peligrosos y que les acarrearón la ruina, andaban compensados con ciertas cualidades que los Cristianos mismos no les disputaban. Tan valientes y tan sóbrios como los Españoles, aunque menos disciplinados y menos hábiles, les eran superiores en el acometer. La adversidad no les abatía largo tiempo, porque en ello veían la voluntad del cielo y se sometían sin murmurar, contribuyendo sin duda á esta virtud el dogma de la fatalidad. Fervorosos observantes de la ley de Mahoma, practi-

caban puntualmente el precepto precioso de la limosna (10), dando á los pobres no solamente pan y dinero , sino tambien parte de sus granos, de sus frutos , de sus ganados y aun de todo género de mercaderías. En las ciudades como en el campo recogian los enfermos , y los cuidaban y asistian con la mas vigilante piedad. La hospitalidad , tan sagrada en todos tiempos entre los Árabes , no lo era menos en Granada. Complacíanse en ejercitarla , de tal manera que no es posible leer sin enternecerse la accion de aquel anciano granadino , á quien pidió asilo un desconocido manchado de sangre y perseguido por la justicia. El anciano le ocultó en su casa, cuando hé que en aquel mismo punto llegan las guardias preguntando por aquel homicida , y trayendo al anciano el cuerpo de su hijo asesinado por este hombre. El infeliz padre no entregó ni descubrió al matador , y así que hubieron partido las guardias le dijo: *vete de mi casa para que yo pueda perseguirte.*

Tales fueron estos Moros célebres , poco conocidos de los historiadores , que muchas veces los han calumniado.

Después de su derrota muchos pasaron al Africa, y los que quedaron en Granada padecieron persecuciones. Violaren los Españoles el artículo del último tratado, por el cual les concedían formalmente la libertad de su religion, violentándolos para que abjurasen su creencia y empleando para ello la fuerza, el terror y todo género de medios. Irritados los Moros con este proceder quisieron levantarse, pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque D. Fernando en persona marchó contra ellos y pasó á cuchillo á los rebeldes (J. C. 1500).

Los sucesores de D. Fernando, Carlos V y en particular Felipe II, volvieron á atormentar á los Moros (a). Se estableció la Inquisicion en

(a) Los edictos de Carlos V, renovados por Felipe II, reformaban enteramente el modo de vivir de los Moros, les obligaban á usar el vestido y lengua de los Españoles, prohibían que las mujeres llevasen velo, que usasen de baños, y mandaban que todos sus hijos desde cinco hasta quince años se encabezáran para enviarlos á las escuelas católicas, etc. (Guerras de Granada por D. Diego de Mendoza: *Recherches historiques sur les Maures*, por Mr. Che-
nier).

Granada, y para convertirlos se usaba del terror, de la delacion y del castigo; quitábanles los hijos para criarlos en la fé de aquel Dios que siempre desaprobó la violencia y solo predicó la paz: se les despojaba de sus bienes y se les acusaba por leves pretextos. Desesperados al fin acudieron á las armas y tomaron cruel venganza de los sacerdotes Cristianos. El nuevo Rey que habian elegido, llamado Mahomad-ben-Ommiah, quien decia ser del linage de los Ommiadas, dió varias batallas en las Alpujarras y se mantuvo alli dos años no obstante su mala suerte. Al cabo le asesinaron los suyos, é igual fin tuvieron sus sucesores hasta que por último se vieron precisados los Moros á recibir el yugo que les hizo mas pesado su rebellion. En fin el Rey D. Felipe III los echó enteramente de España, de lo que resultó notable despoblacion en estos reinos. Mas de ciento y cincuenta mil de ellos pasaron por Francia, donde el bondadoso Enrique IV los trató con humanidad. Otros en corto número se quedaron y permanecieron ocultos en las montañas de las Alpujarras; pero la mayor parte pasó al

África , donde aquel infeliz pueblo gime en el día sujeto al despotismo del Rey de Marruecos, y todos los viernes pide á su Dios que le traiga á Granada.

FIN DE LA ÉPOCA IV.

NOTAS

A LAS NOTICIAS HISTÓRICAS, Y A LA ÉPOCA PRIMERA.

(1) PÁG. 42.

Mariana, Garibay, Ferreras, Zurita, son historiadores muy dignos de aprecio. El primero de ellos en particular, muy versado en la lectura de los antiguos, escribe frecuentemente con la elocuencia y el talento de Tito Livio, y parece que ha estudiado la manera de este admirable historiador, imitándole también en su afición á lo maravilloso. Pero el que trata de propósito de los Moros es el Arzobispo D. Rodrigo.

(2) PÁG. 43.

Parece increíble que la mayor parte de los historiadores árabes no hablen una palabra de la famosa batalla de Tours. *Hidjazi* solamente dice que Cárlos, rey de los franceses, viendo á los Árabes en medio de la Francia no quiso pelear con ellos, esperando á que sus

divisiones les destruyeran. «En efecto, añade este historiador, los Árabes de Damasco y del Yemen, los »Bereberes y los Modaritas, se dividieron en bandos, »pelearon entre sí y se malogró la conquista de la »Francia.» (*Cardona*, Historia de África, tom. I, pág. 430.)

Las lagunas que se encuentran en sus escritos proceden á veces de motivos mas poderosos que su vanidad. Algunos de sus Príncipes, y entre ellos los de la dinastía de los Almohades que reinaban en África en el siglo XII, prohibieron con pena de muerte escribir los anales de su reinado. Novairi refiere que uno de dichos Príncipes sentenció á muerte á un autor que incurrió en este delito. Esta atroz estupidez parece una especie de justicia que el despotismo se hace á sí mismo.

(3) PÁG. 43.

Las novelas dignas de alguna estimacion dan á conocer fielmente las costumbres del pueblo de que se toma el asunto. La de las *Guerras civiles de Granada* por Ginés Perez de Hita, que creo traducida ó á lo menos imitada del arábigo, aunque difusa y de mal gusto, da á conocer á los Moros mucho mejor que todo lo que se lee en los historiadores españoles. A mí me

ha servido mucho para mi obra, y no he tenido reparo en tomar de ella lo que convenia á mi asunto.

Tambien he encontrado muchas noticias sobre los Granadinos en la coleccion de romances antiguos intitulada el *Romancero General*; y sobre todo, he debido mucho á un literato español, D. Juan Pablo Forner, Fiscal de S. M. en la Audiencia de Sevilla. Este sugeto, tan distinguido por su erudicion como por su talento poético, tuvo la bondad de indicarme las fuentes á donde debia acudir y además me franqueó varias memorias, enriqueciéndome con sus luces, y evitando de esta suerte con sus consejos que incurriese en muchos errores.

He cuidado de poner siempre al lado de la fecha de la Egiira de los Musulmanes la de nuestra era. Algunos historiadores españoles como Garibay, no estan de acuerdo con los Árabes en punto á los años de la Egiira. Yo he seguido la autoridad de los Árabes y me he atenido á la Cronologia de Cardona, quien me ha asegurado varias veces que su cómputo estaba hecho con suma exactitud. Sin embargo, alguna vez la he corregido con la de Ferreras. Los nombres propios árabes, sea por la dificultad de la pronunciacion, sea por ignorar la ortografia, se hallan escritos con notable variedad por diferentes autores, y en tal caso he escogido los mas conocidos ó los mas suaves. La tabla

cronológica de los Soberanos moros que he puesto al principio de este libro podrá aclarar muchas dudas sobre el particular.

(4) PÁG. 49.

La palabra *islamismo* viene de *eslam*, que quiere decir *consagracion á Dios*. Todo este resumen de los principios de la religion musulmana se compone de frases que he reunido, pero estan tomadas literalmente del Koram, capitulos de la *vaca*, del *viage*, de las *mugeres*, del *humo*, de la *conversacion* y de la *mesa*. Estos preceptos se hallan allí nadando en un mar de absurdos, de repeticiones y de ideas incoherentes; bien que en la obra entera resplandece el sublime y la moral. En ella no habla nunca Mahoma sino el ángel Gabriel que le trae la palabra de Dios, y el Profeta escucha y repite. El ángel se estiende á todo lo concerniente no solo á la religion sino á la legislacion y policia, de manera que para los Musulmanes el Koram es el código de leyes tanto sagradas como civiles. La mitad del libro está en verso y la otra mitad en prosa poética. Mahoma era gran poeta, cuyo talento se estimaba tanto en la Arabia, que los pueblos se juntaban en la Meca para juzgar los varios poemas que sus autores ponian en las paredes del templo

de la Caaba, coronando luego con gran solemnidad al vencedor. Cuando Mahoma hizo fijar allí el segundo capítulo del Koram, el mas famoso poeta de aquel tiempo, llamado *Labid ebn rabia*, rompió la obra que habia puesto en competencia y se confesó vencido por Mahoma. (*Du Ryer*, Vida de Mahoma. *Savary*, traduccion del Koram.)

(5) PÁG. 24.

Mahoma no fué tan cruel como le han pintado muchos escritores; varias veces perdonó á los vencidos y tambien sus injurias personales. Caab, hijo de Zohair, que fué uno de sus mas acalorados enemigos, y que estaba proscrito tuvo la osadía de presentarse de improviso en la mezquita de Medina al tiempo que Mahoma predicaba al pueblo. Caab recitó unos versos que habia compuesto en loor del Profeta, quien los oyó con gran contento, abrazó á Caab y quitándose el manto vistió con él á su enemigo. Este manto lo compró despues un Califa á la familia de aquel poeta en la cantidad de veinte mil dracmas, y sirvió de ornamento de los soberanos del Asia, quienes solo lo usaban en las festividades solemnes.

Los últimos instantes de la vida de Mahoma prueban cuán lejos estaba su alma de ser cruel. El dia an-

tes de morir se levantó, y apoyado en el brazo de Ali fué á la mezquita, subió á la tribuna, hizo oracion y dijo estas palabras: «Musulmanes, voy á morir ya, y nadie puede ya temerme. Si yo he maltratado á alguno, aquí está mi espalda para que me maltrate: si le he quitado algo, aquí está mi bolsa para que se pague: si le he injuriado, que me injurie; aquí me entrego á vuestra justicia.» Al oírle el pueblo prorumpió en sollozos. Solamente un hombre le pidió tres dracmas y Mahoma al pagárselas quiso añadir los intereses. Despues se despidió tiernamente de aquellos valerosos Medinenses que tan animosamente le habian defendido: dió la libertad á sus esclavos, dispuso el orden de sus funerales, y aunque sostuvo hasta el fin su carácter de impostor, diciendo aun en la agonía que conversaba con el ángel Gabriel, no por eso dejó de manifestar su ternura y sensibilidad con Fátima su hija, con su querida esposa Ayezha, y con Ali y Omar sus discípulos y amigos. El dolor y el luto fueron universales en la Arabia; el pueblo gemia y se revolcaba en el polvo: Fátima murió de pesar. El veneno que terminó los dias de Mahoma se lo habia dado algunos años antes una judia llamada Zainab cuyo hermano habia sido muerto por Ali. Esta mujer vengativa envenenó un cordero asado y lo dió á comer á Mahoma. Apenas hubo este tomado el primer bocado, cuando

lo echó fuera, diciendo que aquel cordero estaba envenenado; pero á pesar de esta prontitud y de los remedios que tomó, era tan violento el tósigo que siempre quedó padeciendo, y de sus resultas murió cuatro años despues en el setenta y tres de su edad.

No puede esplicarse hasta dónde llega el respeto y veneracion que los Orientales tienen á Mahoma. Sus doctores han escrito que el mundo se hizo para él; que la primera cosa que Dios crió fué la luz y esta era la subsistencia del alma de Mahoma. Algunos han defendido que el Koran era increído. Otros han adoptado contraria opinion; de lo què nació multitud de Comentaradores y de Sectas, y las guerras de religion que han inundado de sangre el Asia. (*Marigny, Historia de los Árabes. Savary, Vida de Mahoma. Hesbelot, Biblioteca oriental*).

(6) Pág. 21.

Los hechos de armas de Kaled que refieren los historiadores mas auténticos se parecen á los de los héroes de las novelas. Primero enemigo de Mahoma le venció en la batalla del Ahed, la única en que Mahoma salió vencido. Luego, siendo ya celoso musulman, sujetó los pueblos que se rebelaron despues de la muerte de Mahoma; derrotó los ejércitos de Heraclio, con-

quistó la Siria, la Palestina, parte de la Persia y salió vencedor de muchísimas lides que siempre proponía á los generales enemigos. Un hecho dará á conocer su carácter. Teniendo puesto cerco á la ciudad de Bostra el Gobernador griego, llamado Roman, fingió que quería hacer una salida y formó sus tropas en batalla enfrente del ejército musulmán. Cuando se iba á dar la señal pidió hablar á Kaled. Los dos guerreros se adelantaron hácia el medio del espacio que separaba los dos ejércitos. Roman dijo al musulmán como estaba resuelto á entregarle la ciudad y aun también á abrazar el islamismo; pero añadió que temía mucho que sus soldados, de quienes no era muy estimado, quisiesen atentar á su vida y le suplicaba le diese el medio de librarse de su venganza. «El mejor de todos, le respondió Kaled, es que pelees ahora mismo conmigo. Esta señal de valor te grangeará el respeto de tus soldados y después podremos tratar de lo demás.» Diciendo esto y sin esperar respuesta de Roman sacó el alfanje y acometió al infeliz Gobernador que se defendió con mano trémula. Kaled menudeaba los golpes y Roman le preguntaba si por ventura quería matarle. «No, le respondía el musulmán, todo lo que hago es para grangearte honor, y cuanto mas te dé tanta mayor estimación ganarás.» Al fin dejó á Roman dolorido, á poco se apoderó de la ciudad, y así que vió

al Gobernador le preguntó que cómo estaba. (*Marigny*, Historia de los Árabes, tomo I.)

(7) PÁG. 24.

Los Bereberes han dado su nombre á aquella parte del África que llamamos *Berberia*. Créese con mucho fundamento que son los descendientes de los primeros Árabes, venidos con Melek Yafrik y confundidos con los antiguos Númidas. Su lengua, diferente de la de los demas pueblos, pudiera bien ser la lengua púnica corrompida como lo piensa Mr. Menier. Sea como fuere, los Bereberes existen todavia en el reino de Marruecos, divididos en tribus y errantes en las montañas, sin aliarse jamás con los Moros de quienes no gustan, sumisos al Rey de Marruecos, como gefe de su religion, pero oponiéndose á su autoridad cuando se les antoja. Temidos por su número, por su valor, y por su amor á la indepeadencia, han conservado sus antiguas costumbres que se hallan descritas siguiendo lo que han dicho *Leon el Africano*, *Mármol*, *Mr. Chénier*, etc.

(8) PÁG. 28.

Tarif abordó al monte Calpe y tomó la ciudad de Heraclea á la que los Árabes dieron el nombre de *Dje-*

bel Tárik, y de él hemos formado nosotros el de Gibraltar.

(9) PÁG. 43.

Este Califa, el IX de los Omniadas, acabó de un modo digno de compasion. Divertíase un día tirando granos de uvas á su esclava querida, llamada Hababab, quien los cogía en la boca. Por desgracia una uva, que en la Siria son mayores que en Europa, se atravesó en la garganta de Hababab y la ahogó instantáneamente. Yezid no permitió que enterrasen el objeto de su amor, y guardó el cuerpo ocho dias seguidos en su aposento, sin separarse de él un solo instante. Al fin la corrupcion le obligó á apartarse de él, y el Califa murió de dolor dejando dispuesto que le enterráran al lado de su querida Hababab. (*Marigny*, historia de los Árabes. *Herbelot*, Biblioteca oriental).



NOTAS

A LA ÉPOCA SEGUNDA.

(1) PÁG. 39.

Tres *Karegitas* (asi llamaban á cierta secta de musulmanes mas fanáticos que los demas) viendo revuelto el imperio de los Árabes con las disputas de Alí, de Moavias y de Amrú, creyeron que servirian á Dios y pondrian en paz á su patria asesinando á los tres rivales. Uno de ellos fué á Damasco é hirió por la espalda al usurpador Moavias, pero la herida no fué mortal. El que se encargó de dar muerte á Amrú dió de puñaladas por una equivocacion á un amigo de aquel rebelde. El tercero acometió á Alí al tiempo de entrar en la mezquita, y este Califa fué el único que pereció á manos de su asesino. (*Marigny*, Historia de los Árabes, tomo II).

(2) PÁG. 40.

Mervan tuvo el sobrenombre de *Alhamar*, que quiere decir el Asno, lo que en Oriente es muy hono-

rífico por la estimacion singular en que tienen á estos animales infatigables y pacientes. El Ariosto ha tomado de la historia de este Califa uno de sus tiernos episodios.

Hallándose Mervan en Egipto se enamoró de una religiosa cristiana á quien quiso violar. La casta doncella para salvar su pudor le prometió un ungüento que hacia invulnerable á cualquiera, ofreciendo hacer la prueba en sí misma: untóse con él la garganta y despues dijo al Califa que la hiriese sin miedo: el bárbaro la cortó la cabeza. (*Herbelot*, Biblioteca oriental).

(3) PAG. 40.

Harun-al-Raschild, esto es, *Harun el Justo*, alcanzó mucha gloria en el Oriente, la que así como su renombre, la debió á la proteccion que concedió á las letras. Sus victorias y su amor á las ciencias prueban que Harun no era hombre comun; pero la crueldad con que procedió contra los Barmecidas empañó el brillo de sus grandes acciones. Esta ilustre familia, descendiente de los antiguos Reyes de Persia, habia hecho señalados servicios á los Califas, y grangeándose el respeto y amor de todo el imperio. Gisfar, Barmecida, tenido por el mas virtuoso musulman, y por el mejor escritor de su siglo, era el Visir de Harun.

Enamorado ardientemente de la hermosa Abassa, hermana del Califa, la Princesa amó á Giaffar; pero el Califa que tenia con su hermana una amistad sumamente celosa, vió con disgusto estos amores. Sin embargo consintió en el himeneo, y por un capricho digno de un déspota oriental, exigió que el enamorado Giaffar jurase que jamás usaria de los derechos de esposo. Sometióse á ello el infeliz amante y largo tiempo se mantuvo fiel á su promesa. Por desgracia Abassa, dotada de singular ingenio y talento poético, le escribió un dia unos versos, citados por Abu-Agela historiador árabe, en los que manifestaba ingeniosamente su pasion. Giaffar, fuera de sí, voló á casa de su esposa y olvidó su juramento. Poco despues Abassa tuvo que disimular á los ojos de su hermano el estar en cinta, y al fin dió á luz con todo sigilo un niño, á quien enviaron á criar á la Meca. Pasados algunos años Harun fué peregrinando á aquella ciudad, y un pérfido esclavo le reveló todas las circunstancias del perjurio de Giaffar. El atroz Harun mandó echar en un pozo á su infeliz hermana, que cortasen la cabeza á Giaffar, y diesen muerte á todos los parientes del desventurado Barmecida. Su padre Jahiah, anciano respetable, adorado de todo el imperio, que habia gobernado por largo tiempo, recibió la muerte con heroica constancia. Antes de morir escribió al Califa estas pa-

labras: «El acusado va delante; el acusador le seguirá en breve; ambos comparecerán ante un Juez que no puede ser engañado.»

El implacable Harun en su demencia llegó á prohibir que se hablase de los Barmecidas. Un musulman llamado Mundir tuvo la osadía de despreciar esta ley y los elogió públicamente. El Califa le mandó venir á su presencia y le amenazó con la muerte. «Bien podrás, le replicó Mundir, obligarme á callar dándome la muerte, y no tienes otro medio de lograrlo; pero no podrás jamás obligar á callar el reconocimiento de todo el imperio á estos virtuosos Ministros, y las mismas ruinas de los monumentos que ellos levantaron y tu destruyes, hablarán á tu pesar de su gloria.» Harun mandó que le diesen un plato de oro y Mundir al recibirlo exclamó: «Tambien es esto un beneficio de los Barmecidas.»

Tal fué el famoso Harun que gozaba el renombre de *Justo*. No lo tuvo Almenon, su hijo, aunque fué virtuoso y bueno, como se puede juzgar de esta respuesta suya. Instábanle sus Visires para que castigase con la muerte á un pariente suyo que se habia hecho proclamar Califa y habia tomado las armas contra él. Almenon no quiso jamás venir en ello, y con las lágrimas en los ojos les dijo: «¡Ah! si todos supieran cuán grande es el placer que tengo en perdonar, ninguno

de los que me han ofendido dejaria de venir á confesarme sus yerros!» Este príncipe estimable protegió las ciencias y las bellas artes, y su reinado fué la época de su mayor gloria entre los Árabes.

(4) PÁG. 43.

No estan acordes los historiadores acerca del tiempo en que Carlo-magno vino á España. Parece que esto se verificó en el reinado de Abderrahman I, en cuyo tiempo aquel Emperador pasó los Pirineos, tomó á Pamplona y Zaragoza, y fué derrotado al retirarse, en las gargantas de Roncesvalles, lugar célebre en los romances por la muerte de Roldan.

(5) PÁG. 49.

De la escuela de música fundada en Córdoba por Ali-Zeriab, salió el famoso Muzali, á quien los orientales miran como el mayor de los músicos. Esta música no consistia como la nuestra en la concordancia de diferentes instrumentos, sino meramente en las tonadas dulces y tiernas que el músico cantaba acompañándose con el laud. A véces se reunian varias voces y laudes para cantar las mismas tonadas al unísono. Esta música bastaba y basta todavia á los pueblos apasionados

á la poesía, quienes al escuchar la voz gustan de entender los versos que canta. Aquel Muzali, que fué discípulo de Ali-Zeriah en Córdoba, logró despues por su talento todo el favor de Harun-al-Raschild. Cuéntase que hallándose este Califa enojado con una de sus favoritas llamada Mariah, se apoderó de él tal melancolía que se temió peligrara su vida. Su primer Visir, Gráffar el Barmecida, pidió al poeta Abbas-ben-Ahnaf que compusiese unos versos sobre este asunto, los cuales cantó Muzali en presencia del Califa, y tal impresion le hicieron los pensamientos del poeta y los acentos del músico, que al instante fué á arrodillarse ante su amada para pedir y dar el perdon. Mariah reconocida envió veinte mil dracmas de oro para el poeta y el músico, quienes ademas recibieron cuarenta mil mas de parte de Harun. (*Cardena*, Historia de África, lib. II).

. (6) PÁG. 34.

Mahomad, que miraba con horror la idolatria, prohibió á su pueblo en el Alcoran toda figura imitada, mas nunca se observó bien este precepto. Los Califas de Oriente ponian en sus monedas su efígie, como puede verse en las medallas que conservan algunos curiosos, en las cuales por un lado se ve la cabeza del Califa y en el otro su nombre y alguna sentencia del

Alcoran. En los palacios de Bagdad, Córdoba y Granada, habia muchas figuras de animales, y varias esculpidas en mármol y bronce. (*Cardona*, Historia de África, lib. II).

(7) PÁG. 56.

De esta opulencia puede juzgarse por el presente que Abderrahman III recibió de un súbdito suyo, llamado Abdulmelek-ben-Zeid, que fué elevado á la dignidad de primer Visir. Segun Yub-Kaledan, historiador árabe, consistia este presente en cuatrocientas libras de oro virgen; cuatrocientos veinte mil sequines en barras de plata; cuatrocientas veinte libras de madera de aloes; quinientas onzas de ambar gris; trescientas onzas de alcanfor, treinta piezas de tela de seda y oro; diez *forros* de marta de Korazan; otros diez mas ordinarios; cuarenta y ocho mantillas de caballo tegidas de oro de Bagdad; cuatro mil libras de seda; treinta tapices de Persia; ochocientas armaduras de hierro para caballos; mil escudos; cien mil flechas; quince caballos árabes para el Califa; otros ciento para sus cortesanos; veinte mulas con sillas y mantillas; cuarenta mancebos y veinte doncellas de singular hermosura. (*Cardona*, Historia de África, libro II).

(8) PÁG. 67.

Por este tiempo acaeció el suceso memorable de los siete Infantes de Lara. Estos siete hermanos eran hijos de Gonzalo Gustio, pariente cercano de los Condes de Castilla y señor de Salas de Lara. Ruy Velazquez, cuñado de Gonzalo Gustio, movido de los consejos de su muger Doña Lambra, que se tenia por agraviada del menor de los siete hermanos, trató de vengarse atrozmente. Primeramente dió orden para que Gonzalo Gustio fuese á Córdoba con falso motivo, pero el verdadero era para que aquel Califa le diera muerte como Ruy Velazquez se lo pedia con cartas que le escribió para esto. El Mōro no quiso hacerlo, y se contentó con poner á Gonzalo en la cárcel. Entre tanto Ruy Velazquez, cerca de Almenara, en los campos de Araviana, á las faldas del Moncayo, con muestra de hacer entrada á la tierra de los Moros metió en una celada á los siete hermanos, bien descuidados de semejante traicion. Descubierta la celada los siete mancebos pelearon como buenos, dieron la muerte á muchos, pretendiendo vencer si pudiesen, ó por lo menos vender sus vidas muy caras, pero todos ellos murieron. El alevoso y bárbaro tío envió á Córdoba las cabezas de ellos; las presentaron á su padre en una bandeja de oro,

tapada con un velo, y al verlas se desmayó. Indignado el Moro contra Velazquez, dió libertad á Gonzalo, quien no por eso podia concebir esperanzas de castigar á sugeto tan poderoso como Velazquez. Destituido de fuerzas, viejo y solo con su esposa, lloraba la pérdida de sus hijos, pidiendo al cielo le concediese la gracia de acompañarlos en el sepulcro, cuando se le presentó el vengador que no esperaba.

Mientras Gonzalo estuvo preso en Córdoba tuvo amores con la hermana del Rey, y hubo de ella despues que se vino un hijo á quien puso por nombre *Mudarra Gonzalo*. Al cumplir este los quince años fué sabedor del nombre de su padre y del agravio de Velazquez, y resolvió vengar la muerte de sus hermanos, con darla al alevoso, á quien venció en desafio, le cortó la cabeza y llevéla al viejo Gonzalo pidiendo le reconociera. La esposa de Gonzalo quiso prohijarle y la adopcion se hizo solemnemente. Doña Lambra, muger de Velazquez fué apedreada y quemada. De este Mudarra Gonzalo procedió el linage de los Manriques de Lara. (*Mariana*, Historia de España, lib. VIII, capítulo IX. *Garibay*, Compendio histórico, tomo I, lib. X.)

NOTAS

A LA ÉPOCA TERCERA.

(1) PÁG. 74.

Los tres Obispos que murieron peleando con los Moros en la batalla de Albacar, el año 4010, fueron Arnulfo, Obispo de Vich, Aecio de Barcelona, y Othon de Gerona. (*Mariana*, Historia de España, lib. VIII, cap. X.)

(2) PÁG. 75.

Rodrigo Díaz de Vivar, por sobrenombre el Cid, bien conocido por sus amores con Doña Jimena, y por su duelo con el conde de Gormaz, ha sido asunto de muchos poemas, novelas y romances en España. No es menester adoptar tantas cosas extraordinarias como se refieren de este héroe, para probar con el testimonio de los Historiadores que el Cid fué no solamente el mas temido y valiente caballero de su siglo, sino tambien el hombre mas virtuoso y generoso. Sus ha-

zañas le habian ya dado mucha fama en el reinado de D. Fernando I, Rey de Castilla, año de 1050. Cuando su hijo Sancho II quiso despojar á su hermana Doña Urraca de la ciudad de Zamora, el Cid con noble osadia le hizo presente la injusticia que iba á cometer, violando á un tiempo los derechos de la sangre y las leyes del honor. El Cid salió desterrado, pero la necesidad obligó pronto á D. Sancho á que le llamára. La muerte de este Rey, que acabó junto á Zamora á manos de un traidor, dió el trono á su hermano Alonso VI, en cuya ocasion los caballeros de Castilla convinieron en la necesidad de recibir á D. Alonso por Rey de Castilla, con tal que jurase por espresas palabras que no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano. Ninguno de los presentes se atrevia á tomarle el juramento; solo el Cid se atrevió á admitir aquel cargo, esponiéndose al riesgo de cualquier desabrimiento, y en la iglesia de Santa Gadea de Burgos tomó al Rey el juramento de no haber tenido parte en la muerte de su hermano, ni fué de ella sabedor, y que si no era así viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se espresaron. Disimuló el Rey por entonces el desacato; pero quedó en su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente lo mostraron, pues le mandó salir desterrado á pretesto de haber entrado en tierra del Rey de

Toledo, Almenon, aliado del de Castilla. Este tiempo de su destierro fué la época mas gloriosa para el Cid, pues durante él, ayudado de los caballeros que se le juntaron, hizo muchas presas y conquistas hasta que al fin se le alzó el destierro. Desterrado de nuevo se fué á conquistar á Valencia, y dueño de aquella ciudad y de otras muchas, estuvo en su mano ser Soberano, en lo que jamás quiso consentir, manteniéndose siempre fiel á su Rey, por mas que este le habia ofendido y maltratado. En 1099 murió el Cid cargado de años y de gloria. No tuvo mas que un hijo, que murió mozo en la guerra. Sus dos hijas Doña Elvira y Doña Sol casaron con dos príncipes de la casa de Navarra, y por varios enlaces han venido á ser las abuelas de los Borbones que han reinado en Francia y reinan hoy en España. (*Mariana*, Historia de España, lib. IX y X. *Garibay*, Compendio histórico, tom. II, lib. II.)

(3) PÁG. 76.

La historia de África es una cadena de homicidios, acompañados de las mas variadas y atroces circunstancias. Todas sus páginas infunden horror, y si se hubiera de juzgar de la humanidad por estos anales sangrientos, se podría pensar que de todos los animales feroces el hombre era el peor y mas cruel. Entre los

muchos malvados africanos que ciñeron la diadema se distingue un *Abu-Ishak*, de la estirpe de los *Aghlebitas*, que despues de haber mandado degollar á ocho de sus hermanos se divertia en derramar con su mano la sangre de sus propios hijos. La madre de este monstruo, aunque con trabajo, logró ocultar á su furor diez y seis muchachas que habia tenido en distintos tiempos de sus muchas esposas. Comia con su hijo Ishak un dia esta madre, quien, inquieta por una accion que juzgaba necesitar de perdon, aprovechó el momento en que su hijo se dolia al parecer de no tener ningun hijo, y temblando le reveló cómo habia salvado aquellas diez y seis hijas suyas. El tigre se manifestó enternecido y dió muestras de quererlas ver; vinieron, y su edad y sus gracias movieron el corazon del bárbaro Ishak, quien las estuvo acariciando por largo tiempo. La madre llorando de júbilo se retiró para ir á dar á Dios las gracias por tal mudanza, y al cabo de una hora los eunucos vinieron á traerla de orden del Rey las cabezas de las diez y seis hijas.

Pudiera citar otras muchas atrocidades que refieren las historias de este execrable Ishak. Su reinado fué largo, tuvo fortuna en la guerra y murió de enfermedad. (*Cardona*, Historia de Africa, lib. III).

El tiempo no ha mitigado aquella ferocidad sanguinaria que en los africanos parece propia del clima. En

nuestros dias *Muley-Abdalla*, padre de *Sidi-Mahomet*, último Rey de Marruecos ha renovado estos espectáculos de horror. Hallándose un dia cerca de ahogarse al pasar un rio, acudió á sacarle uno de sus negros, quien se alegraba de haber tenido la dicha de salvar á su amo. Oyólo Muley y sacando el alfange, *mirad*, dijo, *este infiel que cree que Dios necesitaba de él para conservar la vida de un Gerife*. Diciendo esto le partió la cabeza.

Este mismo Muley tenia un criado antiguo, confidente suyo, á quien el bárbaro Rey manifestaba mucho cariño. Un dia rogó á este antiguo servidor que aceptase dos mil ducados y se fuese de su casa, porque temia le diese gana de matarle como habia hecho con tantos. El buen viejo, postrado á sus pies, no quiso aceptar la oferta, diciéndole con mil sollozos, que preferia morir de su mano antes que abandonar á su amado señor. Aunque con repugnancia consintió en ello Muley; pero á pocos dias sin mas motivo que la sed de sangre, que en algunos dias se aumentaba estrordinariamente, le mató de un escopetazo, diciéndole que habia hecho mal en no aceptar la oferta que le habia hecho de su retiro. (*Recherches historiques sur les Maures*, par Mr. Chenier, tomo III).

Causa á la verdad dolor el referir estos hechos, pero ellos dan á conocer las costumbres, é inspiran

horror al despotismo y amor á las leyes, lo que nunca es inútil.

(4) PÁG. 82.

Averroes era natural de Córdoba, y de una de las primeras familias de aquella ciudad. Su traducción de Aristóteles se puso en latín y por largo tiempo no hemos tenido mas que esta versión. Sus demás obras de *natura orbis, de re médica*, las estiman todavía los doctos. Averroes está reputado con razón por el primero de los filósofos árabes, que no han sido muchos en aquella nación en que eran tan comunes los impostores y los conquistadores. Su filosofía le ocasionó muchos disgustos. Manifestaba grande indiferencia á todas las religiones, sin exceptuar la suya, lo cual levantó contra él los sacerdotes, allegándose á ellos las personas que estaban envidiosas de su celebridad, y le acusaron de herege ante el Emperador de Marruecos. Condenáronle á ser puesto á la vergüenza á la puerta de la mezquita, y que allí le escupiesen en el rostro todos los fieles que venian á orar por su conversión. Sufrió esta pena vergonzosa repitiendo estas palabras: *Moriatur anima mea morte philosophorum.*

(5) PÁG. 88.

Este Rey de Navarra fué D. Sancho VIII, llamado el *Fuerte*. En memoria de las cadenas que rompió en la batalla de las Navas de Tolosa, añadió á las armas de Navarra las cadenas de oro que tienen en campo de Gules.

(6) PÁG. 93.

Blanca, madre de San Luis, era hija de D. Alonso el *Noble*, Rey de Castilla, y tenia una hermana llamada Doña Berenguela, casada con el Rey de Leon y madre de D. Fernando III. Algunos historiadores, entre ellos Mariana y Garibay, opinan que Doña Blanca era mayor que Doña Berenguela, en cuyo caso San Luis hubiera sido el heredero directo del trono de Castilla, pretension que ha tenido por mucho tiempo la Francia. Otros defienden que Doña Berenguela era la mayor; y como quiera que sea no es extraño que prevalecieran los derechos de D. Fernando, cuando tenia el amor de todos los Castellanos.

NOTAS

A LA ÉPOCA CUARTA.

(4) PÁG. 444.

D. Alonso el Sabio es quien decia en chanza que si *Dios le hubiese consultado al tiempo de la creacion le hubiera dado buenos consejos*; chanza que le han censurado ágriamente los historiadores. Era D. Alonso el Sabio grande astrónomo, y sus tablas Alfonsinas le dieron gran reputacion. Su coleccion de leyes intitulada *las Partidas*, prueba que la felicidad de su pueblo llamaba su atencion tanto como el estudio. En esta obra, escrita por un Rey en el siglo XIII, se encuentran estas notables palabras: *el déspota arranca el árbol; el Monarca sabio lo poda.*

Observacion. La mencionada chanza de este sabio Rey recaia sin duda sobre el sistema del mundo; y en mi entender lo que quiso decir es, que ese sistema tal como lo esplicaban los astrónomos en aquellos tiempos, era algo disparatado, y en esto mostró su gran

talento, no siendo en realidad aquella espresion mas que la declaracion de que no podia existir semejante desórden en el sistema del mundo. Por tanto, el que no gusta de censurar defectos agenos, podrá creer que la espresion es á la verdad malsonante, mas no por eso era impia la intencion.

(2) PÁG. 443.

D. Alonso el Sabio fué electo Emperador en 1257; pero se hallaba muy lejos de la Alemania, y demasiado ocupado en sus estados para que pudiese mantener esta eleccion. Sin embargo, en 1273 partió para Leon, de Francia, donde á la sazón se hallaba el papa Gregorio X, con el objeto de defender su causa ante este Pontífice. El Papa sentenció á favor de Rodulfo de Habsburgo, descendiente de la casa de Austria.

(3) PÁG. 445.

D. Sancho llamado el *Fuerte*, que tomó las armas contra su padre, y fué alzado Rey despues de él, era hijo segundo de D. Alonso el Sabio. El mayor, D. Fernando de la Cerda, Príncipe pacífico y virtuoso, habia muerto en la flor de la edad, dejando en la cuna dos tiernos niños que tuvo de su esposa Doña Blanca hija

de San Luis, Rey de Francia. Para privar á estos niños de la corona hizo la guerra á su padre el ambicioso D. Sancho. Salió bien con su criminal intento; mas los Principes de la Cerda, protegidos por la Francia y por Aragon, y reuniéndoles todos los descontentos de Castilla, fueron la causa ó el pretesto de largas y sangrientas parcialidades. (*Mariana*, tom. I, lib. 44. *Garribay*, *Terreras*, etc.)

(4) PÁG. 423.

D. Fernando IV, hijo y sucesor de D. Sancho el Fuerte, era todavía niño cuando subió al trono. Su minoridad fué muy turbulenta; pero la prudencia y buenas cualidades de la Reina Madre lograron por fin sosegar los ánimos. Llamáronle el *Emplazado*, y hé aquí el motivo. Dos hermanos, los Carvajales, Pedro y Juan, á quienes se achacaba la muerte de un caballero de la casa de Benavides, fueron condenados sin ser confesos ni convictos en juicio. Se mandó que fuesen precipitados de lo alto de un peñasco que hay en Martos, sin que ninguno fuese parte para aplacar la saña del Rey. Al tiempo que los llevaban á ajusticiar se quejaban á voces de que morían inocentes, decían que apelaban para delante del divino Tribunal, y citaban al Rey para que en él compareciese dentro

de treinta dias. A la hora en que cumplia precisamente este plazo, como despues de comer se retirase el Rey á dormir, al cabo de un rato le hallaron muerto, y por eso le llamaron el *Emplazado*. Todos creyeron que esta muerte repentina era efecto de la divina Justicia, y hubiera sido muy útil que sus sucesores, en particular Pedro el *Cruel*, lo hubieran creído. (*Mariana*, lib. XV, cap. II.)

(5) PÁG. 424.

Luego que D. Sancho el *Bravo* tomó á Tarifa vinieron los africanos á ponerla cerco. Entonces fué cuando Alonso de Guzman, Gobernador de la ciudad, dió el ejemplo de heroismo digno de la antigua Roma, y del que no pueden juzgar sino los corazones paternales. El hijo de Guzman habia caído prisionero en una salida, y llevado por los sitiadores delante de los muros, amenazaron los moros al Gobernador con que degollarían al hijo si no se entregaba al instante. Guzman no les dió mas respuesta que tirarles un puñal y luego se retiró del muro. A breve rato oyó gritar á los Españoles, corrió á saber el motivo de aquel alboroto, y le dijeron que los Africanos acababan de degollar á su hijo. *Bendito sea Dios*, respondió, *yo creí que habian tomado la ciudad.*

(6) PÁG. 434.

Era tan grande la pasión que D. Pedro de Portugal tuvo á Doña Inés de Castro, que en algun modo puede disculpar las atrocidades que aquel Rey cometió contra los matadores de su amada. Eran estos tres principales caballeros de Portugal, llamados Gonzalez, Pacheco, y Coello, quienes la dieron de puñaladas entre los brazos de sus doncellas. D. Pedro, que á la sazón solo era Príncipe de Portugal, pareció haber perdido el juicio, y de manso y virtuoso que habia sido hasta entonces, se trocó en feroz é insensato. Tomó las armas contra su padre; llevó á sangre y fuego las provincias donde los asesinos tenian sus tierras; y luego que subió al trono, pidió al Rey de Castilla, Don Pedro el *Cruel*, que le entregase á Gonzalez y á Coello, que se habían refugiado en sus dominios. Pacheco habia huido á Francia y allí murió. Dueño el Rey Don Pedro de aquellos enemigos, mandó ejecutar en ellos todo género de tormentos, y que les arrancasen vivos el corazón, á cuya horrible ejecucion quiso asistir. Saciada así la venganza, este amante desesperado y rabioso de dolor y de amor, desenterró el cuerpo de Doña Inés, le vistió de un riquísimo traje, ciñó con su corona la frente lívida y desfigurada, y proclamándola Reina de

Portugal, obligó á los Grandes de su corte á tributarle al cadáver vasallage. (Historia de Portugal por Lequen de la Neuville, lib. III.)

(7) PÁG. 434.

Después de la toma de Granada el Cardenal Jimenez mandó quemar todos los ejemplares que se encontrasen del Alcoran. Los soldados tomaban por Alcoran todo lo que hallaban escrito en arábigo, y echaron al fuego muchas obras así en prosa como en verso.

(8) PÁG. 446.

Los habitantes de Granada y en general todos los Moros estaban divididos en tribus, las cuales se componian de los descendientes de una misma familia. De estas tribus las unas eran mas ó menos numerosas y gozaban de mayor ó menor consideracion, pero ninguna se mezclaba con las demas, ni nunca se dividian. Cada una tenia su gefe que era el descendiente en linea paterna del tronco de la familia. Habia en Granada treinta y dos tribus distintas de las cuales las principales eran las de los *Abencerrajes*, *Zegries*, *Alabeses*, *Almoradies*, *Vanegas*, *Gomeles*, *Abidbares*, *Ganzules*, *Abenamares*, *Aliatares*, *Reduanes*, *Ado-*

radines, etc. Entre ellas había frecuentes enemistades que pasaban de padres á hijos y de aquí las continuas guerras civiles.

(9) PÁG. 449.

El casamiento de D. Fernando con Doña Isabel se hizo de particular manera. Muchos y grandes Príncipes la pedían á un tiempo por mujer; pero la Infanta prefirió á D. Fernando, heredero del trono de Aragon, y entonces Rey de Sevilla. Para eludir la oposicion formal que á este casamiento hacia D. Enrique IV, Rey de Castilla, empleó su ardid y su actividad el arzobispo de Toledo, hombre diestro en partidos. Desde luego, sacando á Doña Isabel de la corte del Rey su hermano, la puso en seguro en Valladolid, donde llegó D. Fernando, disfrazado y acompañado de solos cuatro caballeros. Desposáronse al instante con poco aparato; y la falta de dinero era tal, que los dos esposos que habian de ser dueños de los tesoros del Nuevo-Mundo, tuvieron que buscarlo prestado para los gastos de la boda. Separárense poco despues, y luego que el Rey de Castilla tuvo noticia de este suceso, se suscitaron desavenencias, alborotos y guerras civiles.

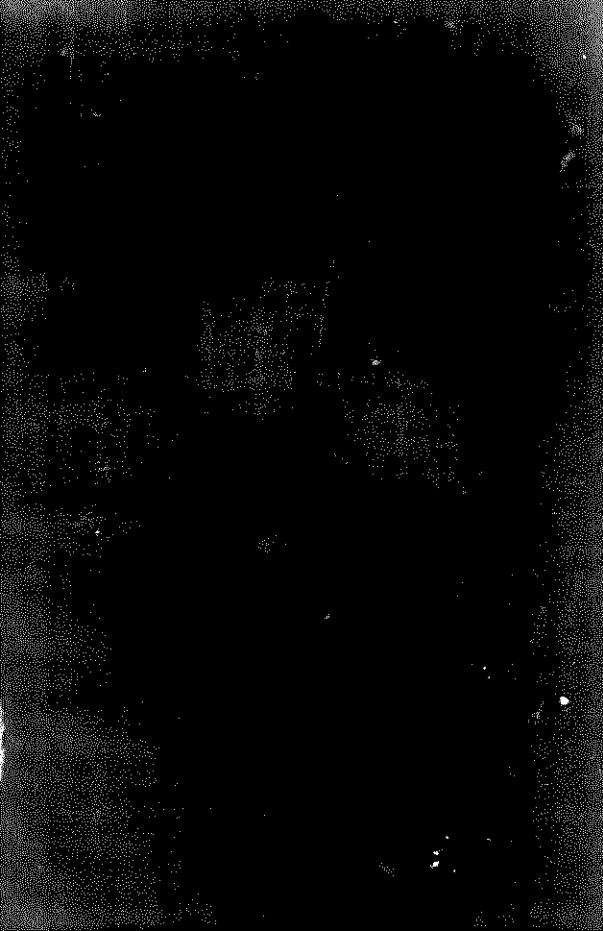
Doña Isabel era algo mayor de edad que D. Fernando; de baja estatura pero bien formada; cabellos rubios,

ojos azules y vivos, algo morena, sin que por eso dejase de tener el rostro agradable y magestuoso. D. Fernando era de buen parecer, mediana estatura, moreno, ojos grandes y vivos, y de aspecto grave y sosegado; sóbrio en extremo, pues nunca comia mas que dos platos, y solo bebia dos veces en la comida. (*Mariana Historia de España, lib. XXIII. Histoire de Ferdinand et d'Isabelle par Mr. l'abbé Megnot, etc.*)

(40) PÁG. 163.

La limosna es uno de los principales preceptos de la religion de los Mahometanos, y está recomendada en muchas parábolas, de las cuales pondré aquí una: «El »Juez supremo en el dia último ceñirá al cuello del »que no haya dado limosna una espantosa serpiente, »cuyo dardo estará continuamente picando la mano »avara que no se abrió para socorrer á los pobres.»

FIN.



A

4.000

- AN

- ARAB

- SXIX



